

Niños mayas Maestros criollos

Rebeldía indígena
y educación en los confines del trópico

054625
1



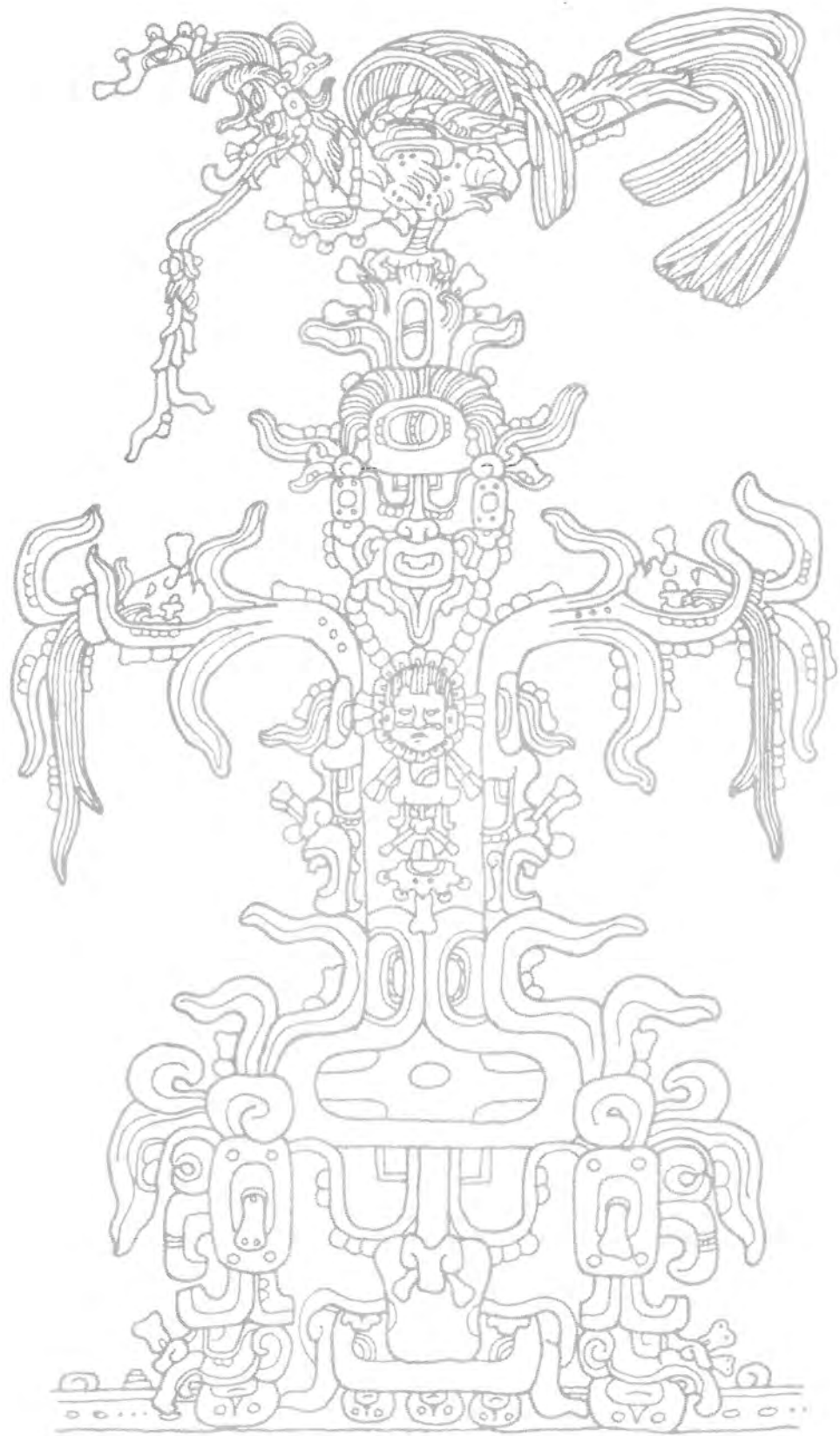
054625

UQROO

BIBLIOTECA SEC

Martín Ramos Díaz

Niños mayas, maestros criollos
Rebeldía indígena y educación en los confines del trópico



Niños mayas, maestros criollos

*Rebeldía indígena y educación
en los confines del trópico*

Martín Ramos Díaz



UNIVERSIDAD DE QUINTANA ROO
FUNDACIÓN OASIS
GOBIERNO DEL ESTADO DE QUINTANA ROO

Las imágenes de este tomo provienen del Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública, de la Fototeca del INAH en Pachuca y de la Fototeca Pedro Guerra Jordán (Mérida, Yucatán). Algunas fotografías, como se indica en los créditos respectivos, fueron reproducidas a partir de libros o periódicos citados en las cabezas de foto. Es el caso de las fotografías del príncipe Guillermo de Suecia (*Between Two Continents*, 1922), las de Thomas Gann (*In an Unknown Land*, 1924), las de Salvador Toscano (*Informe rendido por la Comisión Geográfico-Exploradora de Quintana Roo*, 1918), las de diferentes fotógrafos estadounidenses incluidas en el libro de Paul Sullivan (*Unfinished Conversations*, 1989), las de Francisco Angulo Marfil (*Revista de Yucatán*, 1913) y las de Gabriel A. Menéndez (*Quintana Roo: una interrogación nacional*, 1936). Los mapas fueron tomados de Michel Antochiw (*Historia cartográfica de la península de Yucatán*, 1994), y varios dibujos calcados de estelas y cerámicas mayas fueron tomados de Schele y Miller (*The Blood of Kings*, 1986).

Diseño del guardapolvo: Pablo Vargas/Sans Serif Editores
Fotografía del guardapolvo: Jesús Sánchez Uribe
Composición tipográfica, diseño, producción y cuidado editorial:
Sans Serif Editores, tel. 5611 37 30, telfax 5611 37 37
correo electrónico: serifed@prodigy.net.mx

D.R. © Martín Ramos Díaz
Av. Universidad, lote 3, manzana 27, col. del Bosque
Chetumal, Quintana Roo, México, 77010
ramoss@correo.uqroo.mx

ISBN 968-7864-24-9

Impreso en México
Printed in Mexico

*Para Martincillo,
escolapio festivo y retozón*

Presentación

NO ES CASUAL QUE EN EL CONTEXTO del décimo aniversario de la creación de la Universidad de Quintana Roo rememoremos también, con la publicación del libro *Niños mayas, maestros criollos: rebeldía indígena y educación en los confines del trópico*, la primera hazaña de la educación moderna en nuestra entidad, la que escenificaron los maestros rurales en las entonces inhóspitas y aún peligrosas tierras de los mayas rebeldes, de los herederos de la Cruz Parlante.

La creación del territorio federal de Quintana Roo en 1902 fue la respuesta del gobierno de Porfirio Díaz a la imposibilidad del gobierno de Yucatán de someter a los mayas rebeldes, y fue también una medida para recuperar la soberanía en esos confines y detener el ímpetu expansionista de los colonos británicos por el sur, habida cuenta de la reciente y dolorosa pérdida de Texas y California en la guerra con los Estados Unidos. A partir de entonces, el esfuerzo del gobierno federal fue la colonización de la costa oriental de Yucatán.

Sólo con el control sobre las distintas facciones revolucionarias se inicia el avance educativo en todo el país. En la región habrían de destacarse las ideas del sonorenses Salvador Alvarado (1915), quien previó que para llevar la educación a los mayas, habría de ser con gente de su propia raza, o quienes al menos hablaran y entendieran la lengua. Planteamiento que lo llevó a crear el concepto de “la Ciudad Escolar de los Mayas”, donde jóvenes indígenas recibirían adiestramiento para educar a los niños de la selva. Sin embargo, este esfuerzo precursor, que luego sería llamado la educación bilingüe bicultural, no produjo frutos a corto plazo, por lo que los líderes del movimiento revolucionario tuvieron que reclutar y habilitar profesores que respondieran al afán liberador que se había desatado con las luchas



iniciadas por Francisco I. Madero en 1910. Allí es donde entran en acción los “maestros criollos” y los mestizos, ciudadanos de procedencia diversa que, en ocasiones sin hablar o entender la lengua indígena, aceptaron los retos de adentrarse en tierras de indios rebeldes que la propaganda yucateca había etiquetado como sanguinarios, despiadados, bárbaros e incivilizados. Por ello, es notable que frente a la alternativa de penetrar en tierras donde no aceptaban a los “dzules” o extranjeros, en donde muchas veces los maestros exponían la vida, los mentores hayan aceptado ir a fundar escuelas, a impartir educación. Iban investidos de una verdadera pasión por su labor, convencidos del carácter mesiánico de su tarea educativa, y arropados por el ímpetu revolucionario de construir una nueva sociedad nacional.

Un elemento que rescata la obra *Niños mayas, maestros criollos* es el relevante papel que desempeñaron los inspectores escolares como Gregorio Torres Quintero, Claudio Cortés y Santiago Pacheco Cruz, entre otros, además de innumerables maestros cuyos nombres aparecen en las páginas del libro y que son padres o abuelos de muchos otros mentores que hoy prestan sus servicios en el sistema educativo quintanarroense. La fuente de información más valiosa de este libro son los informes de los inspectores escolares, quienes realizaban una acuciosa y profesional tarea: revisaban el avance de los niños en el proceso de adquisición de la lecto-escritura; recomendaban al profesor, si notaban fallas, métodos específicos para desarrollar las habilidades en los niños; revisaban también la documentación escolar y anotaban indicaciones que debía seguir el maestro y que luego confrontaban con posteriores visitas; alentaban el trabajo nocturno para capacitar a los adultos; la formación de las parcelas escolares y las asociaciones de padres de familia, los talleres de carpintería, las bibliotecas, la enseñanza musical, que era muy apreciada por los mayas. Eran los años (finales de la década de 1920) en que las profesoras y los profesores hacían de músicos, para ganarse la confianza de niños y adultos; de médicos, para resolver los graves problemas de paludismo, enfermedades gastrointestinales y desnutrición; de agrónomos, para introducir nuevos cultivos y nuevas técnicas de producción, y de promotores culturales, para hacer ver a los campesinos indígenas las buenas intenciones del nuevo gobierno revolucionario, y alejar a los adultos de las prácticas rebeldes como las “guardias” en el santuario de la Cruz Parlante, localizado entonces en Xcocal.

En palabras de los propios inspectores, como el profesor Claudio Cortés, quien llegó a trabajar en comunidades mayas como Xyatil, el maestro debía tener tres cualidades: “abnegado, luchador y valiente”. Ésas fueron en realidad las características de muchos de los profesores que llegaron a desempeñar su labor educativa en las primeras décadas del siglo xx. Por ello es que en ocasión de conmemorarse el décimo aniversario de la Universidad de Quintana Roo, y toda vez que nuestra casa de estudios se halla en un momento de consolidación académica e institucional, recordamos a los pioneros de la educación en nuestra entidad, abrevamos en su ejemplo de entrega apasionada y convencida de que mediante la educación se realizan los cambios más importantes para la vida de cualquier comunidad, y



ésta es también la razón por la que nuestros modernos centros de información académica, nuestras bibliotecas en las unidades de Chetumal y Cozumel, llevan los nombres de dos ilustres profesores: Santiago Pacheco Cruz y Sara Rivero Novelo respectivamente, ambos ejemplos de inspectores escolares que supieron encauzar la educación en Quintana Roo.

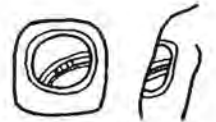
Para la edición de *Niños mayas, maestros criollos*, deseamos agradecer la generosa contribución de una noble institución que tiene actualmente varios programas a favor de la niñez y la juventud quintanarroenses, y que ha ofrecido también su apoyo a la Universidad de Quintana Roo. Me refiero a la **Fundación Oasis**, y en especial a su presidente, el señor Juan Manuel Salgueiro Ayala, quien hizo una decisiva aportación para la edición de esta obra.

Nuestro agradecimiento también al Gobierno del Estado de Quintana Roo, al licenciado Joaquín Hendricks Díaz, gobernador constitucional, y al doctor Pedro Ramón Peña Xicum, oficial mayor de Gobierno, por su interés en la difusión de estas obras que documentan una de las hazañas más importantes en la construcción del Quintana Roo moderno: la hazaña de la educación en el medio rural e indígena. Que los testimonios de todos esos maestros criollos, mestizos e indígenas, que expusieron lo mejor que tenían para llevar educación a los niños y a los adultos de la llamada zona maya, queden como un ejemplo para las nuevas generaciones de profesores de todos los niveles educativos.

“Fructificar la razón. Trascender nuestra cultura”

EFRÁIN VILLANUEVA ARCOS

Rector



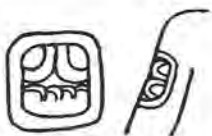
repoblar una selva interminable, dieron vida al territorio federal de Quintana Roo, un hijo del porfiriato en tierra de mayas insurrectos.

Las escuelas y los preceptores llegaron a los pueblos mayas de Quintana Roo detrás de las tropas que Porfirio Díaz envió para levantar guarniciones, aduanas, campamentos y fuertes. Educadores criollos para los indígenas mayas pareció ser el incontrovertible principio al que se apegó la conducta gubernamental en el ramo de la instrucción pública. Paternalistas, a veces intolerantes, o impedidos para comprender la conducta indígena, los maestros de escuela que improvisó el porfiriato pasaron con muchas dificultades a ser parte de la vida doméstica en los pueblos de mayas insu- misos. Debieron transcurrir varias décadas para que los indígenas los aceptaran; sin embargo, fueron los maestros rurales los que mejor pudieron asomarse a la vida de los mayas de Quintana Roo con la ventaja de la convivencia cotidiana. Fueron testigos próximos de sus discordias, árbitros en sus enfrentamientos y perspicaces observadores de las interpretaciones indígenas de la vida y la muerte, de sus códigos de honor y de sus medidas para impartir justicia.

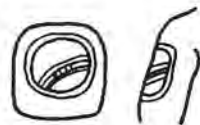
La tradición de los indígenas de mantenerse al margen de la autoridad gubernamental, las aldeas dispersas en una geografía sin caminos y la tardía llegada de los maestros y escuelas a la región maya de Quintana Roo, anunciaban el fracaso de las tareas educativas en el lugar durante el periodo que va del porfiriato al cardenismo. Las cíclicas epidemias y hambrunas que diezmaron a los mayas, la necesidad indígena de sobrevivir trabajando en la milpa o en la recolección de chicle estuvieron detrás de los altos índices de ausentismo y deserción escolar. La lucha de los primeros maestros rurales en esta región de México fue igualmente contra el rechazo de los mayas y lo inhóspito de la geografía, contra la ubicua presencia del paludismo y la precariedad de la marginación. Con locales escolares rústicos, con el suelo apisonado utilizado como mesa y silla, y con una terquedad similar a la de los indígenas, los maestros rurales lograron finalmente el milagro de erigir escuelas en un trópico arrasado por la guerra y luego por la miseria.

De los últimos años del porfiriato a los primeros del cardenismo, los mentores fueron una ayuda decisiva para incorporar las aldeas mayas de Quintana Roo a la vida institucional del país. A este periodo de la historia educativa en la frontera caribe de México se refiere el presente libro. Los nueve breves capítulos que el lector encontrará, relatan a la vez la lucha de un pueblo indígena, los macehuales, como los mayas rebeldes se llamaban a sí mismos, y la incursión de educadores criollos que pretendieron conducirlos al "camino de la civilización".

El capítulo primero recupera las etapas finales de la campaña militar de Porfirio Díaz contra los mayas rebeldes. El estruendo de los rifles máuser y de la artillería de tiro rápido arrojó un gran desprestigio sobre las cruces parlantes de los indígenas y terminó, en 1901, con la toma de Chan Santa Cruz. El capítulo segundo rememora la febril actividad de la milicia en la selva: abrir brechas, tender vías férreas, colocar postes para la comunica-

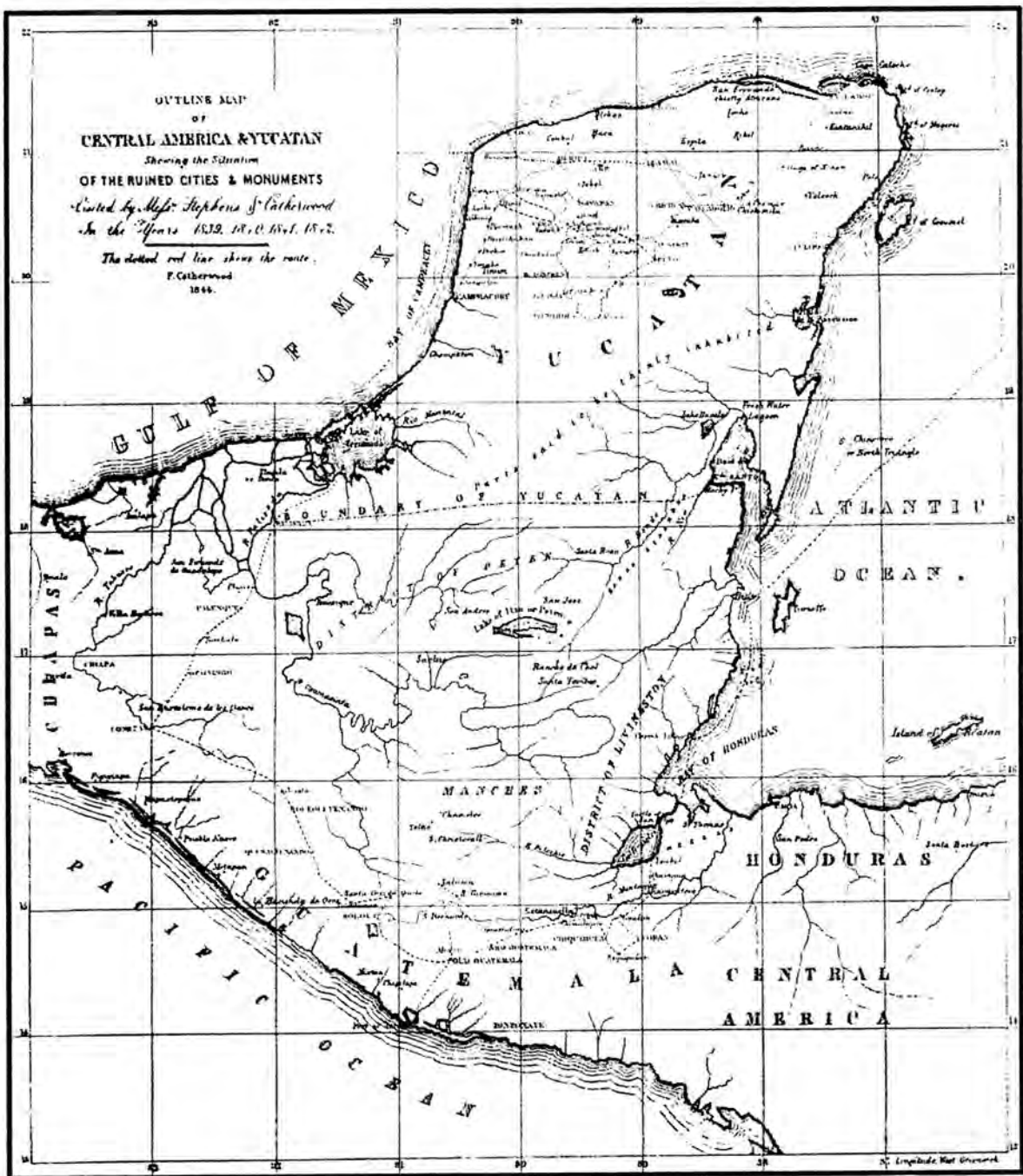


ción telegráfica y construir modestos edificios públicos, todo como inicial plataforma de colonización. Era, finalmente, una estrategia de largo plazo que minaría eso que los criollos de entonces llamaban barbarie. El capítulo tercero expone cifras sobre escuelas, maestros y alumnos en la región maya durante los primeros tres lustros de la vida del territorio de Quintana Roo; sin embargo, en este capítulo se sostiene que las primeras lecciones duraderas aprendidas por los mayas no provienen de los maestros de escuela, sino de los chicleros que comenzaron a pulular por la selva en busca de la resina de chicozapote. El capítulo cuarto traza un mapa de las alianzas y enemistades entre las aldeas mayas a la luz de la creciente industria de la explotación del chicle y de la devolución, por parte de Salvador Alvarado, del antiguo cuartel maya, Chan Santa Cruz, a los indígenas. El capítulo quinto habla de los propósitos educativos de los gobiernos revolucionarios en la región indígena. Acuerdos accidentados entre los líderes indígenas y el gobierno federal, programas sin continuidad y metas difíciles de llevar a la práctica en una alejada y desconocida frontera mexicana caracterizaron los esfuerzos educativos de los años veinte en tierra macehual. El capítulo sexto se ocupa de Francisco May Pech, el más importante jefe maya, que transitó de líder indígena a empresario del chicle y cuya influencia en la apertura de escuelas y permanencia de educadores en la región fue fundamental. El capítulo séptimo y el octavo narran la vida doméstica de los mentores en las aldeas mayas a fines de los veinte y principios de los treinta. El último capítulo recrea el viaje de un inspector escolar por distintas aldeas indígenas en 1932. Por último, el lector encontrará un apartado de conclusiones en el que se recapitula lo dicho, destacando los aspectos más importantes para la historia de la educación en la región indígena de la frontera caribe de México.



MARTÍN RAMOS DÍAZ
Chetumal, Quintana Roo, junio de 2001

OUTLINE MAP
 OF
CENTRAL AMERICA & YUCATAN
 Showing the Situation
OF THE RUINED CITIES & MONUMENTS
Visited by Mr. Stephens & Catherinewood
in the Years 1839, 1840, 1841, 1842.
 The dotted red line shows the route.
 F. Catherinewood
 1844.



La victoria de las pistolas largas, 1901



COMO NÁUFRAGOS EN LA SELVA, las tropas de Porfirio Díaz esparcieron en la vastedad del follaje recipientes de vidrio con mensajes escritos en lengua maya. Atadas a las ramas de los árboles por donde incursionó la milicia, las botellas de aguardiente contenían hojas de papel que persuadían a los rebeldes a reconocer los supremos poderes nacionales. Se les ofrecía a cambio respetar sus costumbres, darles tierra y herramientas para el cultivo, llevarles profesores que los instruyeran, darles vestido y comida si lo pedían. Mas para enojo del general Bravo, el tiempo indígena se desplazó de una manera ajena al de las tropas federales. Asíncronico y distante de la urgencia con que se sucedió en el perentorio programa de la campaña militar porfirista contra los mayas, el tiempo indígena se desplegó en un plano iritantemente más lento. Con su propio ritmo, parsimonioso, el tiempo de los mayas rebeldes fluyó con distinta prisa.

Cuando las aldeas mayas respondieron a las promesas esparcidas en botellas de aguardiente por las veredas de la selva, el siglo XIX había terminado, la Revolución Mexicana había depuesto al porfiriato, el general Bravo agonizaba de viejo en Texas y la campaña de Porfirio Díaz contra los mayas insumisos de Yucatán era historia.

Los mayas de la aldea de Chemuyil, al norte de Santa Cruz, se tomaron casi tres lustros para responder a las urgentes notas de las botellas de aguardiente. En plena Revolución Mexicana, como salidos del pasado, los mayas de Chemuyil hicieron saber al general Eguía Liz, entonces gobernador del territorio de Quintana Roo, que sí, que sí se sometían a los supremos poderes nacionales, pero que les respetaran su libertad y les aseguraran la posesión de las tierras de su aldea.¹ Dos pescadores de Cozumel, José Mercedes



¹ CAIHU, "Eguía Liz, Palau, Coldwell y la pacificación", *La Revista de Yucatán*, Mérida, Yucatán, 28

Cobá, 1891

Teobert Mahler/Fototeca de Pachuca, INAH



Asincrónico y distante de la urgencia con que se sucedió en el perentorio programa de la campaña militar porfirista contra los mayas, el tiempo indígena se desplegó en un plano irritablemente más lento. Con su propio ritmo, parsimonioso, el tiempo de los mayas rebeldes fluyó con distinta prisa.

y Tomás Tinal, padre e hijo, fueron los mensajeros que el azar y el agua acercaron a las costas de Chemuyil para convertirlos en la imposible intersección de dos nociones paralelas de los hechos, asincrónicas sin embargo.² En el equívoco no hubo sofisma. Extendido en un mismo paisaje tropical de canícula interminable, el encadenamiento de causas en ambos bandos, la tropa porfirista y las huestes mayas, tuvo una lógica impecable.

Testigo de múltiples batallas, el viejo general Ignacio Bravo intuyó en el ocaso del siglo XIX que en Okop comenzarían las hostilidades de los indios. En aquel paraje del camino que conducía a Santa Cruz hizo construir dos fortalezas con fosos, puentes levadizos y amplios galerones. El experimentado militar enviado por Porfirio Díaz no se equivocó. El furor con que combatían los mayas de los confines de Yucatán en aquella intermitente insurrección de más de cincuenta años justificó sus precauciones. Apenas unos días después de construido el fuerte de Okop, a mitad de la noche, el

de septiembre de 1912, p. 6; "Eguía Liz", *La Revista Peninsular*, Mérida, Yucatán, 16 de noviembre de 1912, p. 6; "Muerte del general maya Fermín Cab. Fue amigo del general Eguía Liz", *La Revista de Yucatán*, 7 de febrero de 1913, p. 5; "Rafael Eguía Liz", *La Revista de Yucatán*, 13 de febrero de 1913, p. 7; "Entrevista con Eguía Liz", *La Revista de Yucatán*, 25 de febrero de 1913, p. 3; "Entrevista con el general Pat", *La Revista de Yucatán*, 14 de marzo de 1913, p. 6; "La pacificación de los mayas", *La Revista de Yucatán*, 13 de abril de 1913, p. 10; "El general Pat", *La Revista de Yucatán*, 30 de septiembre de 1913, p. 5.

² CAIHY, "Los Tinal", *La Revista Peninsular*, Mérida, Yucatán, 8 de noviembre de 1912, p. 5; "Cámara Vales, los Tinal, la pacificación", *La Revista Peninsular*, 28 de noviembre de 1912, p. 6.



Camino a Chan Santa Cruz, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIHY



En aquel paraje del camino que conducía a Santa Cruz, Bravo hizo construir dos fortalezas con fosos, puentes levadizos y amplios galerones. El experimentado militar enviado por Porfirio Díaz no se equivocó. El furor con que combatían los mayas de los confines de Yucatán en aquella intermitente insurrección de más de cincuenta años justificó sus precauciones.

capitán primero Aureliano Blanquet despertó abruptamente con los disparos de los centinelas. Amparados en la espesa oscuridad de la selva, algunos mayas habían llegado hasta la barraca donde se preparaba el pan para la tropa. Atrás de ellos venía una numerosa columna de rebeldes que embistió al fuerte. Blanquet, a cargo del cuartel de Okop, rechazó como pudo a los indígenas. Con dificultad la artillería de la tropa federal hizo recular a los intempestuosos indios macehuales. Un arriero de Peto al servicio de las huestes de Bravo murió en la refriega, siete caballos fueron hurtados por los indígenas y un señor de apellido Cámara fue tomado prisionero; Blanquet lo dio por muerto.³

³ BPCRM, "La última expedición a Chan Santa Cruz. Su ocupación definitiva", *La Revista de Yucatán*, Mérida, Yucatán, domingo 26 de enero de 1913, pp. 5-6.

Okop, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAHY



Amparados en la espesa oscuridad de la selva, algunos mayas habían llegado hasta la barraca donde se preparaba el pan para la tropa. Atrás de ellos venía una numerosa columna de rebeldes que embistió el fuerte. Blanquet, a cargo del cuartel de Okop, rechazó como pudo a los indígenas.

A la orilla de una aguada, a tres kilómetros de Okop, los mayas acamparon, levantaron una trinchera y se reorganizaron. Al amanecer repitieron su ataque con mayor arrojo. En Peto, la villa mestiza más próxima, el general Bravo recibió la noticia del asalto. Partió inmediatamente para la selva y a su paso por Sabán cambió de caballo y tomó bajo sus órdenes a un centenar de hombres de la tropa estacionada en ese campamento. En una jornada llegó a Okop, algo que se hizo costumbre en Bravo aunque los caballos reventaran. Cuando cayó sobre los rebeldes indígenas que sitiaban el fuerte de Okop, aquello se convirtió en una encarnizada batalla. Entre dos fuegos, el de los soldados a cargo de Blanquet y el de la tropa que venía con Bravo, los indígenas retrocedieron llevándose a sus muertos. Desde las ramas de los árboles los vigías de la milicia de Bravo observaron a los rebeldes arrastrar a sus difuntos y cargar a sus heridos. En la rapidez de la huida y en lo tupido de la balacera dejaron el cuerpo de uno de ellos; por el arete que llevaba en la oreja se supo que aquel maya inerme era uno de los cabecillas.

La guarnición de Okop fue ariete de las tropas federales emplazadas en la villa de Peto y después retaguardia para la sucesión de campamentos militares erigidos a lo largo del itinerario que conducía a la conquista de Santa Cruz, el cuartel general de los mayas en rebeldía. Okop no dejó de poner a prueba la pericia militar de las tropas porfiristas y el denuesto de



La guardia de Xcacal

Frances Rhoads Morley/Universidad Brigham Young



A la orilla de una aguada, a tres kilómetros de Okop, los mayas acamparon, levantaron una trinchera y se reorganizaron. Al amanecer repitieron su ataque con mayor arrojo. En Peto, la villa mestiza más próxima, el general Bravo recibió la noticia del asalto.

los indios macehuales. En el fuerte levantado por Bravo, ambos bandos recibieron valiosas lecciones de distintas batallas. La siguiente vez que los mayas atacaron Okop llevaron centenares de combatientes, y el brío con que lucharon no era el de los indígenas derrotados por Blanquet en la batalla previa. Cortaron el alambre telegráfico, obstruyeron con árboles las veredas y con insolencia se parapetaron tras sólidas y numerosas trincheras a tiro de fusil del fuerte de Okop. Los rifles máuser y los cañones de tiro rápido de la milicia porfirista hicieron estragos entre los mayas. Con armamento menor y escaso, algunos con viejos fusiles de percusión y la mayoría con escopetas, los indígenas vieron que los proyectiles de los rifles máuser atravesaban los robustos troncos de los árboles tras los que se atrinchaban. La mortal herida que un jefe maya escondido tras una gruesa ceiba recibió en el pecho dejó en entredicho la eficacia de los escudos naturales de la selva. Las balas de las "pistolas largas" y de las "maquinitas", como los mayas llamaron a los rifles máuser y a la artillería de tiro rápido, mostraron la vulnerabilidad de la madera. Más aún, los relámpagos de máuser que desgarraban árboles eran premonición del desprestigio de las cruces que los indígenas adoraban.

La ceiba, el árbol sagrado de los indígenas mayas, traspasado por los proyectiles de la tropa federal, no era buen augurio. Tampoco lo era que el jefe Pol, herido por un disparo de máuser, hubiera regresado agonizante a Santa Cruz sobre una improvisada camilla.

Campamento en Santa María, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIHY



Desde las ramas de los árboles los vigías de la milicia de Bravo observaron a los rebeldes arrastrar a sus difuntos y cargar a sus heridos. En la rapidez de la huida y en lo tupido de la balacera dejaron el cuerpo de uno de ellos; por el arete que llevaba en la oreja izquierda se supo que aquel maya inerme era uno de los cabecillas.

La cantidad de rebeldes y lo prolongado de la batalla debilitó a la tropa de Bravo. En realidad, la victoria de los federales sobre el asedio indígena tuvo su momento decisivo en la oportuna llegada del teniente coronel David Knox, a cargo de un centenar de hombres del 28 batallón que venía de refuerzo. Igual que Bravo en la primera batalla, el coronel Knox atacó la retaguardia de los rebeldes. Éstos se dispersaron en la selva cargando a sus muertos. Aun así, más de una docena de los bravos mayas quedaron esparcidos en las inmediaciones de Okop.

Del furor indígena en el enfrentamiento, las tropas de Porfirio Díaz confirmaron que detrás de los ataques suicidas de los macehuales estaban un fanatismo religioso mezcla de cristianismo y creencias indígenas, la profunda aversión a los *huacho'ob* (soldados), y una costumbre salvaje de des-

trozar a machetazos al enemigo, que horrorizaba al más arrojado de los oficiales porfiristas. Entre la tropa de Bravo se sabía que los rebeldes creían ciegamente en unas cruces que hablaban, unas cruces parlantes. Hubiera sido preciso decir que los mayas de la frontera caribe de México adoraban a una cruz que escribía, porque para entonces, los últimos años del siglo XIX, cuando Bravo inició su avance a Santa Cruz, las cruces tenían tiempo de haber enmudecido y sólo se comunicaban con sus fieles mediante cartas:

A cada momento me estoy cayendo, me están cortando, me están punzando, me están espinando, me están pinchando los palos al andar por Yucatán defendiéndoles, mis queridos hombres. Por eso les doy a saber todos mis mandatos en este papel, para que lea el que sabe leer, y escuchen pequeños y grandes todo lo que estoy predicando a todas las criaturas humanas sobre la tierra.⁴

Los mayas iban a la guerra, atacaban, hacían alianzas e imponían castigos por órdenes escritas de la Cruz. Las creencias religiosas de los indígenas no impidieron las transformaciones que la práctica de la guerra exigía. Para el estallido de las pistolas largas, los mayas tuvieron respuesta: las albarradas de piedra sustituyeron con mayor frecuencia a los árboles como trinchera y las cruces de piedra comenzaron a ocupar el lugar de las de madera.



El general José María de la Vega, simultáneamente con Bravo dirigió otro regimiento de tropa que avanzó sobre Santa Cruz desde la frontera de México con Belice, en una típica operación militar de pinzas que logró cercar a los indígenas rebeldes por el norte y el sur de sus selvas. Según la opinión de este otro general del porfiriato, en Okop se decidió parte del final de la guerra. Sin embargo, el camino que faltaba para llegar a Santa Cruz aún era dilatado. A partir de las derrotas iniciales que sufrieron los mayas, la defensa indígena perdió fuerza, la ferocidad de los macehuales se debilitó.

Después de Okop, el punto siguiente fue Santa María, y para allá se trasladó el cuartel general. A la Secretaría de Guerra del gobierno mexicano le pareció que los cientos de enfermos en el transcurso de un año eran demasiados para permanecer en el mismo sitio. De insalubre calificaron los oficiales del Departamento de Guerra al lugar, pero cuando vieron que la cantidad de sus enfermos no disminuía cayeron en la cuenta de que toda la región era, en su concepto, insalubre.

Soldados e indígenas fueron igualmente diezmados por las enfermedades tropicales más que por las batallas. De Peto a Chan Santa Cruz la mitad de la tropa enfermó, y en el transcurso de los 152 kilómetros de selva que hay entre uno y otro punto muchas veces no se consiguió alimento. La dificultad para transportar víveres a aquellas selvas la sufrieron tropa y oficiales. Los indígenas no la pasaron mejor. Las fuerzas de Porfirio Díaz les quemaron sus milpas o se las confiscaron. Los dejaron sin casa y sin siembra.

⁴ *Correspondencia de la Guerra de Castas*, carta número 47 de Juan de la Cruz, Balam Nah, 15 de octubre de 1850, reunidas por Fidelio Quintal Martín, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1992, p. 87.

Cuartel y guarnición de Nohpop, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIHY



En el fuerte levantado por Bravo, ambos bandos recibieron valiosas lecciones de distintas batallas. La siguiente vez que los mayas atacaron Okop llevaron centenares de combatientes, y el brío con que lucharon no era el de los indígenas derrotados por Blanquet en la batalla previa.

Mayas con el príncipe Guillermo de Suecia en Tulum
Guillermo de Suecia, *Between Two Continents*, 1922, p. 108



Los rifles máuser y los cañones de tiro rápido de la milicia porfirista hicieron estragos entre los mayas. Con armamento menor y escaso, algunos con viejos fusiles de percusión y la mayoría con escopetas, los indígenas vieron que los proyectiles de los máuseres atravesaban los robustos troncos de los árboles tras los que se atrincheraban.

Con la hambruna de la guerra fluyó un muestrario de epidemias que mató a los más viejos y a los niños.

En un paraje conocido como Santa María, se sumaron varios batallones para emprender la embestida final hacia Santa Cruz. En ese lugar se incorporó todo el batallón 10, al mando del coronel Jesús Oliver, el batallón 22, el 8º a las órdenes del coronel Manuel Bonilla y algunas tropas del estado de Yucatán. Entre Santa María y Hobompich se libraron dos combates; de Hobompich a Tabi, tres; de Tabi a Nohpop, 22. Uno de estos últimos enfrentamientos fue tan encarnizado que requirió repetidos disparos de artillería para rechazar a los mayas. La artillería, la especialidad de Bravo con la que ascendió desde soldado de tropa hasta general,⁵ causó terribles destrozos en los contingentes rebeldes. Fieles a su costumbre, los indígenas al retirarse procuraban no dejar en el campo a ninguno de sus muertos. De Nohpop, Bravo se adelantó a Sobché, después a Chankik, y finalmente sus tropas llegaron al lugar que ya era leyenda: Chan Santa Cruz, el santuario y cuartel general de los mayas en rebeldía.

La victoria de las pistolas largas era inminente. El balance final arrojaba los siguientes saldos: Bacalar, al sur de Santa Cruz, fue tomado por las fuerzas del general José María de la Vega con el claro propósito de cerrar la línea de comunicaciones y el aprovisionamiento que los rebeldes tenían con Honduras Británica (Belice); las tropas del general Bravo estaban en las afueras de Chan Santa Cruz; el único general indígena que había logrado reunir a las distintas aldeas rebeldes había muerto con un proyectil de máuser en el pecho y tras una larga agonía; y los indígenas sobrevivientes habían sido obligados, en la operación de pinzas, a dispersarse en la selva, fraccionados en grupos reducidos que más allá de ofrecer resistencia buscaban sobrevivir a la hambruna y al exterminio de la artillería rápida. Sin encontrar resistencia, la milicia porfirista entró al cuartel general de los indígenas a las 7 de la mañana del 4 de mayo de 1901, seis años después de iniciada la campaña de pacificación contra los mayas de las selvas orientales de Yucatán. Con una enorme riqueza forestal, aquella geografía reconquistada por las tropas de Porfirio Díaz en la frontera caribe de México constituyó el futuro territorio federal de Quintana Roo.



Okop era lo que fue: una guarnición en el camino a Santa Cruz; el inicio, la definición y permanencia de un conjunto de campamentos, cuarteles y fuertes en el territorio de los mayas insumisos de Yucatán; el modelo a escala de lo que sería Quintana Roo: un enorme cuartel, una selva ocupada por la milicia porfirista. Pocos días después de la toma de Santa Cruz, el general Bravo entró, a 16 kilómetros rumbo al mar Caribe, en otro santuario de las cruces parlantes: Santo Cah Veracruz, lugar de residencia del sacerdote, el intérprete de la Cruz, el mismo que recibía el dictado de la Cruz Santa. Sin resistencia, los pocos guardianes de la aldea sagrada se replegaron al fondo de la selva.

⁵ AHMM, Fondo Cancelados, Ignacio A. Bravo, exp. XI-III-1-241, t. 2.

El prestigio de las cruces, ciertamente, se había desvanecido en el estruendo de los máuseres y en la novedad de la artillería de tiro rápido. Un mes más tarde el general Francisco Cantón, gobernador de Yucatán y veterano de la guerra contra los mayas, llegó a Santa Cruz acompañado de periodistas de *La Revista de Yucatán*, del fotógrafo Pedro Guerra Jordán y de oficiales militares de la aristocracia peninsular. La cantidad de imágenes que imprimió el fotógrafo Guerra Jordán de Santa Cruz, de las tropas porfiristas, de los fuertes y campamentos, de los caminos y del paisaje de la región, así como las crónicas publicadas en los diarios de la península y en el resto del país, reflejan el entusiasmo del régimen al término de la Guerra de Castas de Yucatán.

El general Cantón expidió allí mismo un decreto, fechado el 10 de junio de 1901, que denominaba "Santa Cruz de Bravo" a aquella población. El nombre indígena del sitio, Noh Cah Santa Cruz Balam Nah, ilegible e impronunciable para las tropas porfiristas e inusualmente extenso, cedió al elogio de la reconquista. En el mismo decreto que nombró Santa Cruz de Bravo al cuartel maya, se dispuso el nuevo trazo de la población, así como su fundo legal y sus ejidos.

Terminada la guerra, el general José María de la Vega conjeturó que la esperanza indígena de obtener la victoria se sostenía en el fanatismo construido alrededor de las cruces, en el prestigio cierto de la ferocidad indígena, y en el terror que los rebeldes inspiraban a los yucatecos, por lo que éstos se mantenían alejados de aquella vasta región. De la Vega supo que la convicción indígena de poder derrotar a las tropas de Porfirio Díaz venía del pasado. Un pasado que era presente en esa confusa asincronía de las secuencias temporales entre mayas y criollos: la victoria indígena sobre el oficial José Gálvez durante el imperio de Maximiliano era lo que alimentaba la esperanza de los rebeldes de salir victoriosos en Okop.

Vega lo dedujo de dos fuentes: de las memorias de Severo del Castillo, el jefe de la Séptima División Militar y jefe de la campaña contra los mayas rebeldes en la época de Maximiliano;⁶ y de los labios de uno de sus iletrados prisioneros que capturó durante los meses en que avanzaba de Bacalar a Chan Santa Cruz. El indígena cautivo no sólo le refirió la derrota de Gálvez. Dijo el maya capturado, con la misma convicción de saberse derrotado por las pistolas largas, que los rebeldes desperdigados en la selva sabrían esperar a que las tropas porfiristas se retiraran, como lo habían hecho tantas milicias de anteriores campañas.⁷ Cuando los militares dieran marcha atrás, ellos, los macehuales, retornarían a sus pueblos. Tan contundente le

⁶ *Guerra de Castas de Yucatán. Su origen, sus consecuencias y su estado actual, 1866*. Edición, estudio, transcripción y notas de Melchor Campos García, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1997, pp. 135-141.

⁷ Una cronología en detalle de las primeras décadas de la guerra se puede encontrar en Serapio Baqueiro, *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán desde 1840 hasta 1864*, 5 tomos, Mérida, Universidad Autónoma del Estado de Yucatán, 1990. Las memorias de Severo del Castillo relatan diversas incursiones de las milicias a Chan Santa Cruz y su posterior abandono: *Guerra de Castas en Yucatán. Su origen, sus consecuencias y su estado actual, 1866*, op. cit. Para una versión panorámica y amena véase Nelson Reed, *La Guerra de Castas de Yucatán*, México, Era, 1987; y Victoria Bricker, *El cristo indígena, el rey nativo. El sustrato histórico de la mitología del ritual de los mayas*, México, FCE, 1989.



Fuerte de Nohpop, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIHY



Entre la tropa de Bravo se sabía que los rebeldes creían ciegamente en unas cruces que hablaban, unas cruces parlantes. Hubiera sido preciso decir que los mayas de la frontera caribe de México adoraban a una Cruz que escribía.

pareció a Vega este razonamiento indígena, que una y otra vez insistió a sus superiores en la necesidad de mantener permanentemente a la tropa en la selva. Él mismo fundó casi una ciudad en medio de aquella desolada región; Campamento Vega se llamó su ilusión citadina, que duró lo que el propio general De la Vega al frente del territorio de Quintana Roo como jefe político de aquella nueva entidad.⁸

Sin la esperanza de la victoria, el prisionero de De la Vega repitió varias veces sus convicciones amparadas en los sucesos del pasado y que, incontrovertiblemente, se realizarían en el futuro: los macehuales retornarían en cuanto las tropas porfiristas se marcharan. Finalmente eso sucedió varios lustros después. En 1915, el general revolucionario Salvador Alvarado devolvió Chan Santa Cruz a sus antiguos moradores. El prisionero del general De la Vega finalmente tuvo razón. Resta saber si esa intuición del futuro era, como lo fueron la representación de los hechos de Gálvez en el pasado, un recurso desesperado en el ayuno del cautiverio, un recuerdo al que ha-



⁸ Un testimonio de la época sobre el desmantelamiento de Campamento Vega lo ofrece el escritor Marcelino Dávalos, quien por esos años era empleado del ministerio público en Santa Cruz. La obra de teatro y el relato en que se refiere a este hecho se pueden encontrar en su libro *Carne de cañón. Cuentos*, México, "publicado bajo los auspicios de la Revolución de 1913" (agradezco al eficiente personal de la División Hispánica de la Library of Congress, en Washington, D. C, que me ayudaron a localizar el ejemplar del libro de Dávalos en esa biblioteca).

Tabi, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAHY



La victoria de las pistolas largas era inminente. El balance final arrojaba los siguientes saldos: Bacalar, al sur de Santa Cruz, fue tomado por las fuerzas del general José María de la Vega con el claro propósito de cerrar la línea de comunicaciones y el aprovisionamiento que los rebeldes tenían con Honduras Británica (Belice); las tropas del general Bravo estaban en las afueras de Chan Santa Cruz; el único general indígena que había logrado reunir a las distintas aldeas rebeldes había muerto.

bía que aferrarse para no perder la cordura en las atrocidades de la guerra, o una noción común entre los mayas de un continuo presente en la cosmogonía indígena. La convicción del prisionero de De la Vega parecía pueril, se sustentaba en una derrota de las tropas de Maximiliano en las décadas previas; la propia insurrección que conocemos como Guerra de Castas de Yucatán remitía a otras rebeliones indígenas de siglos anteriores, y éstas a su vez eran eco de sucesos similares acaecidos en décadas imposibles de precisar. En todo caso se trataba de una cadena de causas interminables que desesperan porque su despliegue no se da en la temporalidad sucesiva a la que nos acostumbró la cultura occidental, sino en una confusa superposición en donde no se avanza de un antes a un después, en donde todo parece un presente continuo, una exposición de hechos que ni termina ni principia.

La derrota de Gálvez, el oficial del imperio de Maximiliano, había ocurrido seis lustros antes de que Bravo tomara Santa Cruz. Pero la memoria maya mantenía en el presente la victoria indígena sobre el oficial imperialista, acaso para decirse a sí mismos, como lo sugiere De la Vega, que la derrota de Gálvez sería la de Bravo. Como a las fuerzas del imperio, a las tropas de Porfirio Díaz les permitieron ingresar sin dificultad en sus dominios, “desconociendo los elementos [de] que hoy dispone el Supremo Gobierno, concibieron la esperanza —escribió De la Vega— de batir a nuestras tropas cuando estuvieran bien internadas dentro de sus terrenos”.⁹ Pero, como ha quedado anotado, nada detuvo a Bravo en su camino a Santa Cruz.

El problema de las campañas para la causa de la civilización —escribió Bravo años después— no se inicia cuando las hostilidades comienzan, sino cuando se han vencido. Su razonamiento se basaba en un axioma de la aristocracia militar porfirista: la guerra es pacificación. Pacificar, anotó Bravo, significa “construir, cultivar, instruir”.¹⁰ En ese orden. El veterano militar fue dueño de una privilegiada longevidad que le permitió ver transformada a Santa Cruz. Al paisaje que miró el primer día, “una maleza informe con cuatro o seis jacales abandonados”, siguió la limpieza y reconstrucción de la legendaria Chan Santa Cruz. La maleza se podó, los montículos se aplanaron y los fosos se transformaron en terreno llano. A la aparente anarquía en la disposición de las chozas siguieron el trazo de un parque y manzanas de casas regularmente alineadas. Pero la longevidad de Bravo no era tanta para alcanzar a ver plenamente los otros dos elementos derivados de su axioma: el cultivar y el instruir. Poco se podía cultivar en esa llanura extendida desde la costa a la selva, “cuya superficie presenta esas ondulaciones semejantes a un mar ligeramente agitado”, según la descripción de De la Vega recordando una metáfora de Brasseur de Bourbourg.¹¹ Poco se podía hacer también por la instrucción de los indígenas si todavía andaban huyendo en la selva.

El general José María de la Vega tenía un espíritu más afín para repoblar el territorio conquistado y más dispuesto para instruir a los escasos pobladores. Sus lecturas, y los muchos soldados que vio morir de paludismo en la campaña, lo persuadieron de que todo terreno virgen colocado en las regiones tropicales, “a las que acuden los hombres para fundar nuevas poblaciones o países”, cobran la vida de los primeros que llegan a desmontar el terreno y a preparar las tierras. Después, los que les seguían, “soste-

⁹ AGN, Dirección General de Gobierno, *Informe sobre el territorio de Quintana Roo*, José María de la Vega, jefe político, Campamento Vega, Territorio de Quintana Roo, 26 de enero de 1903, exp. 903 (5)(2), 4a. Secc., ff. 9-10.

¹⁰ AGN, Dirección General de Gobierno, *Memoria que acerca de los trabajos llevados a cabo para el abastecimiento de agua de la población presenta el general Ignacio Bravo, jefe político del territorio, a la Secretaría de Gobernación*, Santa Cruz, territorio de Quintana Roo, febrero de 1909, f. 2.

¹¹ La cita que De la Vega menciona dice así: “A la vista de este inmenso llano, tan singularmente ondulado, se creería reconocer el resultado de un trabajo volcánico interior, que en el momento de hacer erupción, había levantado la superficie de la Península, en la forma que el mar levanta sus olas”. Véase AGN, Dirección General de Gobierno, *Informe sobre el territorio de Quintana Roo*, José María de la Vega, jefe político, Campamento Vega, territorio de Quintana Roo, 26 de enero de 1903, exp. 903 (5)(2) 4a. Secc., f. 1.





Tulum, 1900

Teobert Mahler/Fototeca de Pachuca, INAH



De la Vega supo que la convicción indígena de poder derrotar a las tropas de Porfirio Díaz venía del pasado. Un pasado que era presente en esa confusa asincronía de las secuencias temporales entre mayas y criollos.

niendo con empeño el propósito de los primeros”, perdían sus capitales y muchos también la vida; sólo al tercer o cuarto contingente de pobladores es “a quienes les correspondía comenzar a obtener el fruto de los esfuerzos”. La revisión de los historiadores del siglo XIX le hizo entender con mayor claridad “las causas por las que se sublevaron los indios, la cantidad de éstos que tomaron participación en ella, las peripecias de esa larga y sangrienta lucha”.¹² Acaso por eso fue el general porfirista menos violento y el más negociador con los mayas que combatía. Acaso también por ello, al fin lector de Severo del Castillo, Serapio Baqueiro y Eligio Ancona, historiadores del Yucatán del siglo XIX, tuvo una convicción más firme sobre el repoblamiento de esa región de México y una opinión más decidida sobre la permanencia de la milicia en el lugar. Para el general porfirista la ocupación militar era una necesidad que tendría que prolongarse por varios años. Las conversaciones con sus prisioneros no fueron en vano, reforzaron lo que él intuía.

El general De la Vega creía que la educación criolla de los indígenas mayas era el camino de la pacificación duradera. Su propia vocación por la

¹² Los entrecorillados previos corresponden al informe de De la Vega de 1903 que hemos mencionado anteriormente, ff. 1-10.

enseñanza lo llevó, años después, en un acto de congruencia ideológica, a refugiarse en la cátedra cuando sobrevino la Revolución Mexicana. Al militar de la élite porfirista que quiso construir escuelas en la selva no le fue ajeno lo obvio: en la vida diaria de los indígenas que habitaban la geografía de Quintana Roo no era necesario escribir. Pero cuando las necesidades vitales los obligaron a escribir, los dirigentes mayas escribieron. Y escribieron como profetas, con apremio, con urgencia: "llegó el año, el día y la hora para que se levanten otra vez mis criaturas indígenas en contra de los blancos, así como se levantaron a pelear en otro tiempo".¹³

La victoria de los generales porfiristas sobre los mayas en 1901 fue la derrota que terminó por enmudecer a la Cruz. Empujados a permanecer en un mundo mudo y ágrafo, el icono y sus adoradores se dispersaron en lo que parecía el término de una insurrección de medio siglo. El levantamiento oficial de la campaña militar contra los mayas de Yucatán en 1904 supuso el total dominio de la región por el gobierno porfirista. A su vez, la creación del territorio federal de Quintana Roo garantizó el inicial propósito de repoblar con criollos esa orilla de México.

Acostumbrados a las cíclicas podas de la vida para dar nueva vida, como los huracanes que de vez en vez arrasan todo lo que encuentran a su paso en ese trópico indígena, como la siembra misma del maíz con su método de tumbar, rozar y quemar, como las epidemias, así la guerra. Acostumbrados a la derrota, los mayas no vieron en la victoria de las pistolas largas un suceso definitivo. Después de todo, los mayas podían mover sus pueblos de un lado a otro en un santiamén: las batallas previas, otras hambrunas y la ubicuidad del paludismo los tenían acostumbrados a crear nuevos pueblos y a desechar otros. La cerrada selva de la frontera caribe de México era, finalmente, lo bastante extensa para escapar de la educación criolla, del trabajo forzado y de las imposiciones fiscales que habían estado en el origen de la batalla.

¹³ *Correspondencia de la Guerra de Castas*, carta núm. 47, compiladas por Fidelio Quintal Martín, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1992, p. 87.



Cavernas de agua y ferrocarril a tiro de mula

I

NQUIETO, Y A RATOS COLÉRICO, EL BRIGADIER VICTORIANO HUERTA, en visita de inspección a Santa Cruz, supervisó los tramos de camino abiertos en dirección a Vigía Chico en 1902; en cartas melosas informó al general Bernardo Reyes, el secretario de Guerra, de todo lo que observó en su visita al territorio rebelde.¹ Desde la selva, los indígenas miraban el ir y venir de las tropas porfiristas, talando árboles en dirección al mar, tendiendo cables, fijando rieles, erigiendo casas.

Para los mayas, los soldados eran colmenas a las que les arrojaban humo y se removían con más fuerza. Cuando el ferrocarril comenzó a funcionar, bastaba pararse a la orilla de la vía del tren que comunicaba a Santa Cruz con Vigía Chico para que, como enjambre, los militares vinieran al lugar del incidente. Los dispersos indígenas solían tenderles trampas. Una de sus favoritas era cortar "los tubos por donde los federales hablan", el cableado telegráfico; "lo movían y lo golpeaban, así engañaban a los *uacho'ob* [soldados], porque cuando éstos escuchaban que el alambre estaba sonando, venían corriendo. Cuando llegaban, ahí quedaban, muertos".² En breve fue redituable para los indígenas atacar de esta forma, pues era complicado para las tropas de Bravo cuidar a todo lo largo de la línea telegráfica.

Para los mayas, el cable que se deslizaba en la selva se convirtió en munición de sus escasas armas. Transformado en "cortadillo" o cilindros minúsculos que sustituían a los proyectiles, el cable sustraído en amplios tramos de la línea telefónica militar regresaba a los federales en forma de



¹ Véanse las cartas de Victoriano Huerta a Bernardo Reyes, reproducidas en *Quintana Roo. Textos de su historia*, compilado por Lorena Careaga, 1990, t. 1, pp. 385-391.

² Entrevista con Juan Bautista Poot realizada por María Fernanda Jaramillo Botero en Yaxley, Quintana Roo, en junio de 1986, grabada en maya y traducida al español por Saturnino May Ek. Véase Jaramillo, 1988, p. 156.

Campamento en Santa María, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAHNY



Resta saber si esa intuición del futuro era, como lo fue la representación de los hechos de Gálvez en el pasado, un recurso desesperado en el ayuno del cautiverio, un recuerdo al que había que aferrarse para no perder la cordura en las atrocidades de la guerra, o una noción común entre los mayas de un continuo presente en la hechura del tiempo indígena.

proyectiles. Cancelada la posibilidad de seguir recibiendo armas y municiones de los comerciantes de Honduras Británica, los rebeldes entendieron que cada trozo de cable cortado era una dotación delpreciado parque; cada enemigo muerto en la emboscada era una nueva arma para los rebeldes. Porque para ellos, que miraban el miedo en los ojos de las patrullas que rondaban la selva, la guerra no había terminado y tampoco habían sido derrotados.

Las tropas porfiristas eran hormigas insolentes. Como en muchas verdaderas de la selva o en los claros de tierra seca donde se erigían las chozas, las hormigas eran prolíficas e inevitables; con la punta del machete era posible destruir sus madrigueras, pero al poco tiempo ya estaban de nuevo ahí. Así era con los *uacho'ob*: se podía matar a cien soldados y Porfirio Díaz mandaba doscientos:

Cuando los *uacho'ob* veían que muchos de sus soldados estaban muriendo, se asustaban; pero aunque los estuvieran matando, se metían a pelear; porque el presidente de la República de México decía que tenía mucha gente; que había muchos *uacho'ob* para morir. Una vez que morían unos venían otros a reemplazarlos.³

Con sus machetes enormes, amarrados a la muñeca para que no se resbalaran con la sangre en los combates, los mayas no pensaban que estuvieran vencidos. En el balance de su historia, de acuerdo con su testimonio oral, el repliegue no fue derrota, sino carencia de parque. Algunos indígenas recordaron que mucho antes, tan sólo con palos, piedras, dagas y machetes habían vencido a la milicia; ¿acaso no —se preguntaban los indíge-



³ *Idem.*



nas— con esas improvisada armas, les hicieron tragar sus perros, sus gatos y hasta las suelas de sus propias botas en el sitio de Tihosuco? Probablemente muchos de los que combatieron contra los soldados de Porfirio Díaz no estuvieron en el cerco de Tihosuco porque eso ocurrió en 1866, pero sus padres les habían transmitido esa historia y, al igual que la derrota infligida a Gálvez en 1865, ese recuerdo les agujoneaba. No era un relato que estuviera en el pasado: aparecía en una inmediatez que les proporcionaba la fuerza suficiente para seguir luchando. ¿Acaso ahora, con armas y “cortadillo” como munición, no podrían hacer tragar sus suelas a los *uacho’ob* del fuerte de Okop y de Santa Cruz?

Y aun sin fusiles ni municiones, ¿acaso los indígenas no tenían el ejemplo del temible Bernardino Cen,⁴ el gigante y avasallador jefe maya que con su enorme machete atado a la muñeca de su mano descuartizó a cientos de soldados enemigos entre 1864 y 1875? Esa especie de Cid Campeador de los mayas, aun muerto, degollado para llevar la prueba de su muerte a Mérida, y quemado hasta convertirlo en cal, vivía en la imaginación indígena como acicate para ganar batallas. Sus hazañas en la región de los confines y aun en las cercanías de Mérida estaban presentes siempre en las conversaciones y en la imaginería de los mayas dispersos en la selva.

Sin embargo, las hormigas, tenaces e insolentes, estaban aferradas a quedarse en la madriguera que habían tomado por asalto. Ignacio Bravo y sus huestes se quedaron en Santa Cruz por más de una década, hasta que las fuerzas de la Revolución Mexicana exiliaron a Texas al general. Cuando éste se fue, Santa Cruz quedó como una enorme milpa después de la quema en pleno estío.

En el silencio de la tregua, meditando lejos del aturdimiento de la artillería, del estallido de los rifles máuser y de los ataques mayas que desquiciaban con sus embestidas de animal de monte, Ignacio Bravo se dio tiempo para escribir. Es el suelo lo que sostiene la vida y es el agua lo que fecunda la tierra, recordó a sus superiores en uno de sus informes;⁵ ambos factores son capitales en un lugar poblado, pero es el agua, el agua, insistió Bravo, lo que decide el repoblamiento o el repliegue. Ictérico y seco, más envejecido que cuando combatió en Okop y con la huella de recurrentes enfermedades tropicales, el militar hizo notar que a su llegada a Santa Cruz sólo tenía el suelo y no el agua. Ni el aseo personal, ni el de la tropa, podrían hacerse con agua de lluvia. Los pobladores perforaron diversos pozos en los que, a la mala calidad del agua, se sumó el escaso caudal. El líquido almacenado en depósitos provisionales tuvo trágicos resultados para la tropa y la población civil alojada en Santa Cruz. Las enfermedades gastrointestinales provocaron muchas muertes.

⁴ Véase el amplio artículo dedicado a la biografía de Bernardino Cen en Paul Sullivan, *¿Por qué lucharon los mayas? Vida y muerte de Bernardino Cen*, Chetumal, Quintana Roo, Universidad de Quintana Roo, 1998.

⁵ AGN, ramo Gobernación, *Memoria que acerca de los trabajos llevados a cabo para el abastecimiento de agua de la población, presenta ante la Secretaría de Gobernación el C. general Ignacio A. Bravo, jefe político del territorio*, 23 de febrero de 1904, exp. 903(5).

A fuerza de pensar en un problema, los sentidos se afinan para dar a conocer en detalles mínimos la solución de la cosa buscada; eso fue precisamente lo que le ocurrió a Bravo con el problema del abasto de agua en Santa Cruz. Caminando por la orilla oriente de la población, como a doscientos metros de las últimas casas construidas en el límite del antiguo cuartel maya, una depresión circular llamó la atención del general porfirista. Los quince o veinte metros de diámetro de una hondonada entre los matorrales le recordaron los primeros años de avance en la campaña contra los mayas. Más de una vez Bravo había comprobado que las depresiones con esas características señalaban la existencia de cavernas de agua, de cenotes como se les nombra en Yucatán: recipientes naturales de agua comunes en el suelo calcáreo de la península. Tomando algunas precauciones, el jefe militar ordenó la excavación. A menos de cuatro metros el agua apareció. Era preciso vivir en la selva de Quintana Roo para entender lo que el descubrimiento significaba. Bravo mandó analizar el agua antes de continuar los trabajos. Además de conocer las características del líquido, necesitaba saber el caudal. Quería asegurarse de que aquel depósito de agua no fuera como muchos pequeños pozos de Santa Cruz, de afluencia escasa y de sabor salitroso. El 28 de agosto de 1905, Bravo reunió en la proximidad del cenote a sus hombres de confianza. El coronel Gonzalo Luque, los tenientes

El general Bravo y oficiales en Chan Santa Cruz, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAHY



La derrota de Gálvez, el oficial del imperio de Maximiliano, había ocurrido seis lustros antes de que Bravo tomara Santa Cruz. Pero la memoria maya mantenía en el presente la victoria indígena sobre el oficial imperialista.



La guardia de Chumpón en Tulum con Sylvanus G. Morley, 1922
Karl Ruppert/Museo Peabody, Universidad de Harvard



El general De la Vega creía que la educación criolla de los indígenas mayas era el camino de la pacificación duradera. Su propia vocación por la enseñanza lo llevó, años después, en un acto de congruencia ideológica, a refugiarse en la cátedra cuando sobrevino la Revolución Mexicana.

coroneles Manuel Zozaya y Aureliano Blanquet, el escritor Marcelino Dávalos (quien por entonces redactaba *Carne de cañón*, una colección de vívidos relatos ambientados en el Santa Cruz del porfiriato), Francisco Barajas y Baltazar Velásquez, otro par de civiles al servicio del jefe político. Bravo les ordenó permanecer dos horas en el lugar para poder calcular cuántos litros eran sacados por las bombas de reloj colocadas expresamente para el experimento. Según las anotaciones de Bravo, el sabor del agua del cenote se parecía al de la llamada "agua gorda", en el interior de la caverna el líquido tenía una corriente de este a oeste, pues ése fue el rumbo que tomó la basura ligera que cayó sobre la superficie del agua cuando excavaron. Después del tiempo fijado, Bravo y sus subalternos observaron que no había disminuido en una sola línea el nivel del agua, a pesar de que durante ese tiempo se habían sacado casi cincuenta mil litros. Bravo decidió entonces aprovechar el cenote para el abastecimiento de agua en la población. Compraron la caldera, las bombas y la tubería necesarias. Al mes siguiente, el servicio de abastecimiento de agua potable se introdujo en Santa Cruz. Con gran solemnidad, el 15 de septiembre de 1905 se inauguró el sistema de agua potable.

Medio siglo atrás, un depósito similar de agua, quizá el mismo cenote, había sido el punto de partida para el culto a la Cruz Parlante. Hija de la adversidad y del ingenio, la Cruz santa que dio cohesión a los desbandados grupos de combatientes mayas apareció no muy lejos de donde Bravo inició sus excavaciones. En 1850, en una gruta de unos cuatro metros y medio de profundidad, en cuyo fondo había "varios metros de agua, siempre con el mismo nivel a pesar de lo que la utilizaban",⁶ apareció la Cruz de los

⁶ Reed, 1987, p. 139.

Tropas federales en Chan Santa Cruz, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIHY



La victoria de los generales porfiristas en 1901 sobre los mayas fue la derrota que terminó por enmudecer a la Cruz. Empujados a permanecer en un mundo mudo y ágrafo, el icono y sus adoradores se dispersaron en lo que parecía el término de una insurrección de medio siglo.

Artilleros en Chan Santa Cruz, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIHY



Acostumbrados a la derrota, los mayas no vieron en la victoria de las pistolas largas un suceso definitivo. Después de todo, los mayas podían mover sus pueblos de un lado a otro en un santiamén; las batallas previas, otras hambrunas y la ubicuidad del paludismo los tenían acostumbrados a crear nuevos pueblos y a desechar otros.

Guardia de Xcalal en procesión, 1936
 Frances Rhoads Morley/Universidad Brigham Young



Para los mayas, los soldados eran colmenas a las que les arrojaban humo y se removían con más fuerza. Cuando el ferrocarril comenzó a funcionar, bastaba pararse a la orilla de la vía del tren que comunicaba a Santa Cruz con Vigía Chico para que, como enjambre, los militares acudieran al lugar del incidente.

indígenas. Sobre un tronco de madera, a orillas del cenote, se grabaron pequeñas cruces. Promovida por un mestizo de nombre José María Barrera, la leyenda de la Cruz Parlante se extendió tan rápidamente por la selva como la maleza durante los meses lluviosos.⁷ Todo aquello contra lo que Bravo había combatido en la finisecular campaña de pacificación se afincaba en la fe indígena de ser los elegidos de la Cruz o, propiamente, los elegidos de Dios, como los nombraría Alfonso Villa Rojas en su ya clásico estudio de los mayas de Quintana Roo.⁸ El propio pueblo en el que Bravo se alojaba, con su iglesia cuyo nombre era Balam Nah en lengua indígena, y que se parecía más a un fuerte que a un lugar de culto, había sido construido en un momento de indudable certeza de ser los protegidos de la Cruz Parlante.

Resignados a vivir dispersos, en los parajes de la selva adonde las tropas de Bravo no penetraban, los indígenas sabían que Santa Cruz ya no volvería a ser la misma. Paralelamente a la introducción de servicios como el abasto del agua se trabajaba en empresas de mayor envergadura, como el tendido de vía entre Vigía Chico y Santa Cruz para comunicar por ferrocarril al que fuera cuartel rebelde con un pequeño muelle situado en el Cari-

⁷ Bricker, 1989, pp. 201-227.

⁸ Alfonso Villa Rojas, *Los elegidos de Dios. Etnografía de los mayas de Quintana Roo*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1978, 579 p.

Hospital de la milicia federal en Chan Santa Cruz, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIH



Ignacio Bravo y sus huéspedes se quedaron en Santa Cruz por más de una década, hasta que las fuerzas de la Revolución Mexicana lo exiliaron a Texas. Cuando Bravo se fue, Santa Cruz quedó como una enorme milpa después de la quema en pleno estío.



be. Los indígenas mostraban muchas señales de debilidad, según el informe del general Luis Curiel, el subsecretario de Guerra y Marina que después de Victoriano Huerta inspeccionó los campamentos militares de Quintana Roo: "los sublevados no dan señales de vida... Parece se han resignado a vivir en la parte del territorio en que no se les ha perseguido... Es de suponerse que los indios permanecerán como están..." Antes de llegar a Santa Cruz, Curiel pasó por Cozumel. Había viajado con Bravo desde Veracruz y en el muelle de la isla más extensa de Quintana Roo fue enterado de que en un rancho, alejado del puerto de San Miguel de Cozumel, pero en la misma isla, vivía un grupo de mayas prisioneros. Supo que el jefe del partido de las islas (cuya jurisdicción era Isla Mujeres, Holbox y Cozumel) le pidió a Bravo que dejara a ese grupo de mayas vivir en el poblado. De esa forma los indígenas, que eran unos cuantos, podrían proporcionarse recursos por medio de su trabajo personal: "los vecinos y autoridades creen que los indios están bien en el poblado, porque tendrán trabajo y se acomodarán sin violencia a la vida tranquila de sociedad que allí se lleva".⁹ Este suceso, y el hecho de no haber tenido novedad alguna de ataques rebeldes en tierra continental, lo llevaron a pensar que los indígenas estaban resignados a vivir en la espesura de la selva o en la docilidad de villas profusamente más pobladas como Cozumel. Sin embargo, los testimonios de la época dan cuen-

⁹ AGN, ramo Gobernación, *Informe del general Luis Curiel a propósito de su visita al territorio de Quintana Roo*, México, D.F., 31 de diciembre de 1903, f. 2.

ta de las emboscadas a grupos de tropa, arrieros y comerciantes. Corría la versión, fundada, de que todo aquel que se alejara más allá de los principales campamentos militares era víctima de los macehuales. ¿Por qué mataban a todos los que caían en su poder?, preguntaría Salvador Toscano en 1918 a un guía que lo acompañó en su exploración científica por Quintana Roo. "Porque los pelones [soldados] hacían lo mismo con los mayas",¹⁰ respondería lacónico Jorge Pérez, viejo y curtido morador de Santa Cruz que guiaba parte de la expedición. De manera abrupta, entre 1910 y 1914, los mayas rompieron una tregua mantenida a medias. Regresaron a poner sus albarradas sobre el camino que venía de Okop y desde esa trinchera siguieron emboscando a los federales y cortando cables de teléfono y telégrafo.

De los trabajos de tendido de vía para el ferrocarril entre Vigía Chico y Santa Cruz, Curiel observó que hasta entonces (1904) se habían construido 46 kilómetros y faltaban sólo 11 para llegar a Santa Cruz de Bravo. Una locomotora francesa Decauville y una alemana, "muy pesada para los rieles que la soportan",¹¹ transitaban por la vía inconclusa. Buscando economizar la operación del tren, un grupo de mulas ayudaba al movimiento de las plataformas:

yo creo que esa ayuda debería constituir el único medio de tracción, porque las locomotoras no pueden contener vapor suficiente para mantenerse en movimiento en la distancia que recorren y con las detenciones que sufren cada vez que se agota el vapor, para reponerlo, se pierde un tiempo mayor del que al final de la carrera se perdería si se comparara el que invierten respectivamente las locomotoras y las mulas.¹²

Mientras no hubiera en Santa Cruz un ferrocarrilero experimentado, según Curiel, las mulas eran lo más conocido, lo más económico y lo de más fácil manejo para la tropa. Los rieles de acero colocados sobre el terraplén llamaron la atención de Curiel. Le sorprendió que no se hubiera considerado la proximidad del mar; la humedad ya había hecho estragos sobre la estructura de hierro de los durmientes. La vía se trazó sobre una brecha abierta en la espesa selva, y los enormes árboles tirados, de los que se pudieron sacar los durmientes, quedaron a la vera del camino:

¹⁰ AHFST, *Relato de Jorge Pérez al ingeniero Salvador Toscano referente a la salida de Santa Cruz de Bravo en 1915*, caja 14, exp. 53.

¹¹ AGN, ramo Gobernación, *Informe del general Luis Curiel a propósito de su visita al territorio de Quintana Roo*, México, D.F., 31 de diciembre de 1903, ff. 6-8.

¹² *Idem.*

Plaza de Chan Santa Cruz, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIH



En el silencio de la tregua, meditando lejos del aturdimiento de la artillería, del estallido de los rifles máuser y de los ataques mayas que desquiciaban con sus embestidas de animal de monte, Ignacio Bravo se dio tiempo para escribir.



Victoriano Ek
Gabriel A. Menéndez, *Quintana Roo. Una interrogación nacional*, 1936, p. 21



Todo contra lo que Bravo había combatido en aquella finisecular campaña de pacificación tenía su fuerza en la fe indígena de ser los elegidos de la Cruz o, propiamente, los elegidos de Dios, como los nombraría Alfonso Villa Rojas en su ya clásico estudio de los mayas de Quintana Roo.



Pero ya que no se aprovecharon esas ventajas con que brindaba la naturaleza en el terreno en que se operaba, me parecería oportuno que se reforzaran los durmientes de acero, ya bastantes averiados, con otros de madera intercalados entre los primeros...¹³

La vía del tren militar entre Vigía Chico y Santa Cruz se concluyó también en 1905.

Ferrocarril, aljibe, reloj público, casas comerciales y tendido de cables telegráficos y telefónicos parecían dar cuenta de lo expresado por Bravo: "pacificar significa construir". La presencia de la tropa federal en el cuartel general de los mayas era también la continuación de la educación criolla sobre los pueblos mayas.¹⁴ Era el "instruir" la tercera etapa del axioma expresado por Bravo respecto a la guerra.

Como había observado el general De la Vega, los mayas jamás habían permitido al estado de Yucatán ejercer jurisdicción más al Sur del camino abierto por las tropas federales entre Peto y Santa Cruz, ni más al oriente del camino entre Ixmul, Chemax y Xcan.¹⁵ Pero, durante el gobierno de Bravo, la capital del nuevo territorio federal mexicano, bajo el control directo del gobierno central, se había emplazado en el mismísimo santuario de

¹³ *Ibid.*

¹⁴ AGN, ramo Gobernación, *Comunicado de la Dirección de Instrucción Primaria y Normal a la jefatura política de Quintana Roo*, México, D. F., 14 de marzo de 1903, vol. 903(5), exp. 2, f. 1.

¹⁵ AGN, ramo Gobernación, *Informe de José María de la Vega, jefe político de Quintana Roo*, Campamento Vega, 30 de noviembre de 1903, caja 767 s/s, exp. 1, f. 2.

Los generales Cantón y Bravo con sus oficiales en Chan Santa Cruz, 1901
 Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIHV



La presencia de la tropa federal en el cuartel general de los mayas era también la continuación de la educación criolla sobre los pueblos mayas.

los rebeldes. En su primer informe como jefe militar y civil de Quintana Roo (1904), Bravo reconocía que el territorio a su mando no presentaba un estado floreciente, pero sí se ufana de que la pacificación era completa y, por lo tanto, en lo sucesivo “serán prósperos y fructíferos todos los esfuerzos que se emprendan en el bien de la civilización”.¹⁶

Hasta mayo de aquel año la declaración de campaña contra los indígenas y el estado militar de la selva se mantenían sobre la región maya. Pero al mes siguiente, al menos en el papel, se levantó la campaña militar y la vigencia de la vida constitucional tomó curso en el territorio de Quintana Roo. Se procedió a efectuar elecciones para la renovación de los poderes públicos y, según el informe de Bravo, las fuerzas armadas del gobierno federal permanecerían en las guarniciones sólo como medida preventiva.

El servicio de agua potable y el ferrocarril en 1905 fueron la cara de la civilización criolla en tierras indígenas. Autopsia del progreso para la propaganda oficial, ambas mejoras merecieron ser mencionadas en los informes presidenciales de Porfirio Díaz. Ciertamente, fueron plataforma de la colonización en mitad de la selva. Además de los enlaces telegráficos, la apertura de brechas, el trazo de poblados y el levantamiento de pequeños muelles, faros y modestos edificios públicos, las obras en Santa Cruz y sus alrededores parecían ser, finalmente, el inicio de una estrategia de largo plazo que socavaría aquello que los criollos de entonces llamaban barbarie. Era la antesala, aún lejana, del ingreso de los maestros rurales a la región maya.



¹⁶ AGN, ramo Gobernación, *Informe de Ignacio Bravo, jefe político de Quintana Roo*, Santa Cruz de Bravo, 7 de diciembre de 1904, caja 775 s/s, exp. 4, f. 2.

DIVISION VEGA

Grupo especial de Plano Mayor

CARTA DE YUCATAN

Elaborada con datos adquiridos sobre el terreno en la campaña que hizo el Sr. General de Brigada Benarmino del Estado de Yucatán, Com. en Jefe del de Yucatán, y en jefe de la División de su nombre

D. ROMULO DIAZ DE LA VEGA

Arreglada y editada por Manuel Hernández Teniente Coronel jefe de la Oficina del CUERPO ESPECIAL DE PLANO MAYOR.



Educación en la selva del chicle



LA UNIFORMIDAD DE LA MILICIA PORFIRISTA sucedió la heterogeneidad de recolectores de resina de chicle y taladores de caoba. Los *chicleros* eran asalariados del más diverso origen que estaban bajo la tutela de una gavilla de coléricos capataces. De esos hombres, de los chicleros, más que de los maestros de escuela, los mayas de Quintana Roo recibieron lecciones duraderas, pragmáticas, útiles en la circunstancia de miseria a la que los confinó la guerra y mucho más comprensibles que el sumar, escribir o leer en un idioma que no era el suyo. De los trabajadores yucatecos de cara redonda como la luna, de los campechanos de risa fácil, de los tabasqueños con fama de rijosos, pero sobre todo de los veracruzanos de Tuxpan, de pelo encrespado y caminar de gato, los indígenas aprendieron el negocio del chicle. Nadie como ellos para recolectar la resina del árbol de chicozapote. De Tihuatlán, Cotzintla o Tuxpan, pueblos veracruzanos donde ya había una experiencia de medio siglo en la recolección de la goma, venían los trabajadores más hábiles. Por las mañanas, muy temprano, durante la época de lluvia, los chicleros se internaban en la selva, elegían un árbol, y casi en el nacimiento del tronco hacían una incisión. Era la hendidura que recibía la resina de una red de canales hechos sobre la corteza. Conectados entre sí, los minúsculos arroyos de resina descendían de la copa al pie del árbol. La picadura se hacía de abajo hacia arriba a filo de machete. Cuando el brazo ya no alcanzaba, los hombres iniciaban el ascenso con ayuda de una cuerda, la "lazadera", que los unía al tronco. En ese precario equilibrio de aflojar y tensar la cuerda, los chicleros trepaban hasta la copa de los árboles. Los mayas pronto aprendieron que si la corteza del chicozapote no era dura, las cortadas debían hacerse en forma de escalón. Años después, centrada su atención en aquella actividad, los mayas comenzaron a conocer la diferencia entre los árboles que picaban: el chicozapote morado, de corteza gruesa y resina abundante; el

Oficiales del sexto batallón en Santa Cruz, 1901
Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIH



El servicio de agua potable y el ferrocarril fueron en 1905 la cara de la civilización criolla en tierras indígenas. Autopsia del progreso para la propaganda oficial, ambas mejoras merecieron ser mencionadas en los informes presidenciales de Porfirio Díaz.

Dos mayas en Tulum, 1922
Karl Rupert/Museo Peabody, Universidad de Harvard



De los trabajadores yucatecos de cara redonda como la luna,
de los campechanos de risa fácil,
de los tabasqueños
con fama de rijosos, pero sobre todo de los veracruzanos
de Tuxpan, de pelo encrespado y caminar de gato,
los indígenas aprendieron el negocio del chicle.
Nadie como ellos para recolectar la resina
del árbol de chicozapote.

Casa del general Bravo en Santa Cruz, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAHY



Imperceptible, como el rumor de la misma resina en su obligado descenso por los árboles "picados", el chicle terminó por convertirse en motor de la economía de la región y por obtener victorias más duraderas que las tropas porfiristas en la aún inconclusa pacificación de los mayas.

chicozapote rojo con su cáscara delgada, muchas veces resbalosa y siempre de magra resina; el chicozapote blanco, tan abundante en resina como el morado. En la hendidura al pie del árbol, primero fluía el agua, luego la blanca goma. La cantidad dependía no sólo de la tonalidad del árbol: la determinaba el número de veces que el chicozapote había sido tocado por el filo del machete.¹ En tanto, por las tardes los mayas atestiguaban cómo bajo la panza de grandes peroles, aquel nuevo ejército de trabajadores, esparcido en pequeños hatos a lo largo de la selva que en otros tiempos les perteneció, hacía crepitar un fuego alimentado de ramas y troncos humeantes. Dentro de los recipientes, los chicleros vaciaban la resina recolectada durante el día. Con un ritmo que cada vez reclamaba mayor esfuerzo, batían aquella resina lechosa que, burbujeante dentro de los peroles, se tornaba oscura. Mientras los hombres se derretían en el esfuerzo de batir, la resina se endurecía al perder humedad al calor de las crecientes llamas. Colocada en moldes, el chicle seco y endurecido se enviaba a los pequeños puertos de bahía de la Ascensión, Puerto Morelos, Isla Mujeres, Cozumel, Xcalak o Payo Obispo. Como a los tuxpeños, a los mayas de Quintana Roo se les miró cargar en la cintura el "chivo", esa gruesa bolsa de lona usada

¹ Entrevista de María Fernanda Botero Jaramillo con Marcelino Ek, Tepich, Quintana Roo, abril de 1985, grabada en maya y traducida al español por Saturnino May Ek. Véase Botero, 1988, p. 174.

Iglesia de Santa Cruz, 1901

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIHY



Las escuelas establecidas en los pueblos mayas naufragaron rápidamente entre el autoritarismo del régimen que las imponía y la insumisión de los macehuales.

para guardar el chicle crudo. La venta de este producto significó la sobrevivencia indígena después del término oficial de la Guerra de Castas (1904). Imperceptible, como el rumor de la misma resina en su obligado descenso por los árboles "picados", el chicle terminó por convertirse en motor de la economía de la región y por obtener victorias más duraderas que las tropas porfiristas en la aún inconclusa pacificación de los mayas.

El arribo de los chicleros se originó en las concesiones para la explotación de maderas y resinas en el nuevo territorio federal. Emprendedores empresarios, cercanos al régimen de Porfirio Díaz, iniciaron la tala y la recolección de la goma apenas decretada la creación del territorio, levantada la campaña de pacificación y refrendadas sus viejas concesiones, algunas de las cuales databan del siglo XIX, como la de Faustino Martínez. En 1905, un periódico de Honduras Británica (hoy Belice) se quejaba de la cantidad de cuadrillas de chicleros mexicanos que pasaban por su territorio: "fácilmente se distinguen por los enormes sombreros de paja, como campanarios, que usan".² La explotación de madera y resina comenzó en el sur y el norte del territorio, en las zonas alejadas de los mayas de Santa Cruz. Por eso los primeros indígenas en incorporarse a esta forma de vida fueron los mayas de Icaiché y los de Kantunilkín, pueblos en los extremos de Santa Cruz. Sin embargo, los mejores árboles de chicozapote pronto quedaron en



² AHSRE, exp. 15-15-9, periódico *The Clarion*, 16 de noviembre de 1905, p. 3.

la región central, donde los macehuales merodeaban y a donde poco a poco los capataces con sus cuadrillas de chicleros entraron con mayor éxito que las milicias porfiristas, y los maestros de escuela. En todo caso, las primeras lecciones permanentes que los indígenas recibieron de aquellos criollos tenían que ver con la recolección y el cocimiento del chicle, más que con el arte de leer y escribir; pero también con el trato de los nuevos amos de la selva. En una carta recibida por el cónsul mexicano en Belice se puede leer lo siguiente:

en el trayecto del campamento Chacchoben y Bacalar se encuentran restos de cadáveres que se han comido los zopilotes, de hombres mexicanos chicleros de la Compañía Colonizadora que representa D. Faustino Martínez... y dichos muertos son hombres enfermos que corren de los campamentos y hatos chicleros.³



El régimen de Porfirio Díaz había iniciado el servicio de instrucción pública en Quintana Roo con 13 escuelas primarias en 1903. Las instaladas en Cozumel, Isla Mujeres y Holbox desde el siglo XIX, así como las nuevas escuelas de Payo Obispo y Calderitas, en la frontera de México con Belice, tuvieron una vida institucional permanente, interrumpida sólo por los desastres naturales de cíclicos huracanes que más de una vez devastaron las villas erguidas en islas y costas; otras veces, en menor cantidad, la vida escolar fue interrumpida por los ánimos levantiscos de asonadas y rebeliones durante los años de la Revolución. En cambio, las escuelas establecidas en los pueblos mayas naufragaron rápidamente entre el autoritarismo del régimen que las imponía y la insumisión de los macehuales.

Sin maestros rurales que atendieran a niños que sólo hablaban en maya, sin alumnos que voluntariamente quisieran asistir, las escuelas para instrucción pública entre los indígenas no prosperaron. En ese contexto los militares ocuparon el lugar de los maestros: "algunas escuelas permanecen cerradas temporalmente, por falta de personal que las sirva, y en el Territorio de Quintana Roo ha habido necesidad de aprovechar los servicios de los militares".⁴ El jefe político y militar, el general Bravo, se encargó de la educación: "El delegado [de educación] en Quintana Roo es al mismo tiempo el General en Jefe del Ejército

Acantilados de Tulum, 1910

Teobert Mahler/Fototeca de Pachuca, INAH



Finalmente la premonición del prisionero del general De la Vega a principios de siglo había resultado cierta: cuando los soldados se retiraran, los macehuales retornarían. En efecto, retornaron en 1915 a recuperar la vieja Chan Santa Cruz.

³ AHSRE, exp. 15-15-9, Carta anónima fechada en Línea Sur, territorio de Quintana Roo, 25 de diciembre de 1905.

⁴ Informe anual..., en Boletín de Instrucción Pública, t. 3, 1904, p. 546.

Bravo al frente de sus tropas en Santa Cruz

Pedro Guerra Jordán/Fototeca CAIH



Con percepciones distintas de la militarización y del repoblamiento del territorio, los pueblos indígenas del actual estado de Quintana Roo fueron bastión de resistencia maya en la faja oriental de Yucatán.

en campaña, y así continuará mientras no pueda regularizarse allá un gobierno civil".⁵

Con un inventario de 326 alumnos, el servicio de instrucción primaria de Quintana Roo fue, en 1903, el más pequeño y desorganizado del país. Sin inspección escolar, como las instaladas en otros territorios federales mexicanos,⁶ la vida estudiantil en Quintana Roo tomó un cauce más formal en 1906. Aunque con el mismo número de escuelas, en aquel año se definieron las zonas escolares siguiendo la división política de la entidad: distrito norte o de las islas, distrito centro o zona de los mayas insumisos, y distrito sur o área colindante con Honduras Británica.⁷ Sin avances significativos en la alfabetización de los pobladores de Quintana Roo y sin reportes sobre la castellanización de los indígenas, el número de escuelas ascendió en los últimos años del porfiriato. Más allá de las cabeceras municipales habitadas por criollos, esto es, en los campamentos militares y en las aldeas mayas, las escuelas fueron una extravagancia. La falta de preceptores en el ámbito de la instrucción pública fue sólo el eco menos estridente de lo que en otras áreas pasaba al tratar de conseguir empleados: "se han presentado serias dificultades para integrar el personal de la administración de justicia en el territorio de Quintana Roo". En un territorio naciente, por "las condiciones del clima y por la falta de elementos para la vida de una nueva población civilizada, no se encuentran fácilmente ciudadanos que aspiren a desempeñar los cargos respectivos en aquellas regiones".⁸



⁵ *Ibid.*, p. 559.

⁶ No la hubo sino hasta 1905. Véase *Informe rendido...*, en *Boletín de Instrucción Pública*, t. 5, 1905, p. 859.

⁷ "División escolar del Territorio de Quintana Roo", en *Boletín de Instrucción Pública*, t. 6, 1906, p. 585.

⁸ *Informe presidencial de Porfirio Díaz*, en *Boletín de Instrucción Pública*, t. 7, 1907, p. 8.

José María de la Vega, el primer jefe político que tuvo Quintana Roo en los inicios de su vida administrativa (1902), probablemente hubiera logrado erigir algunas escuelas en los pueblos de indígenas pacíficos (como Icaiché al sur de Santa Cruz y Kantunilkín al norte), pero la brevedad de su mandato aplazó esa posibilidad. Su ímpetu constructor dejó un contundente testimonio en Campamento Vega, una población completa fundada en Punta Allen, a pocos kilómetros de Vigía Chico, emplazada entre una inexpugnable cortina de vegetación y una parte poco navegable de la bahía de la Ascensión. En el presupuesto del territorio de Quintana Roo para 1903, el general De la Vega pensó en dos escuelas para Santa Cruz y una para Icaiché.⁹ Sin embargo, el ascenso de Bravo al frente de la administración del territorio sepultó no sólo el proyecto de Campamento Vega como futura ciudad: fue también un viraje en el método para repoblar Quintana Roo y un aplazamiento en la apertura de escuelas en las aldeas mayas. En la década que Bravo permaneció en el santuario de la Cruz Parlante, Santa Cruz y sus alrededores se convirtieron en una colonia penal.

En 1910 el delegado de Quintana Roo en el Congreso Nacional de Educación Primaria dijo que la organización de las escuelas en el territorio, como todo lo que se inicia, era aún deficiente.¹⁰ A ocho años de haber sido creada, la entidad continuaba siendo un refugio para los mayas insumisos. Hasta esa fecha, la del Centenario de la Independencia, celebrado a todo lujo por el gobierno de Porfirio Díaz, no se tenía registrado un solo alumno con su primaria elemental concluida en Quintana Roo.¹¹ Bravo siguió como encargado de organizar la instrucción pública hasta 1911, cuando el presidente interino, Francisco León de la Barra, remedió la inconveniencia de que el jefe político de un territorio fuera a la vez inspector general de educación, por lo que "en los Territorios de Tepic y Quintana Roo se han independizado estos dos servicios públicos encomendando la inspección escolar a profesores experimentados".¹² Poco después, los maderistas tomaron el mando de Santa Cruz y el viejo general se retiró de aquellas selvas donde comenzaba la explotación del chicle. Al anciano general Bravo todavía se le vio combatir a las tropas villistas en el norte de México.

La severa evaluación de Francisco Torres, el nuevo inspector general de educación que llegó con el maderismo, dice que los años de 1902 a 1912 fueron, para la educación de Quintana Roo, años perdidos: "...es muy natu-

Niñas mayas de la aldea de Muyil en visita a la isla de Cozumel, 1913
Florencio Angulo Marfil, corresponsal/ *Revista de Yucatán*, edición del 13 de abril de 1913



En 1913 Francisco Palau, un sacerdote católico que ocasionalmente recorría la intrincada selva de Quintana Roo bautizando niños y casando parejas amancebadas, pasó por Icaiché y recogió un cuadro desconsolador.

⁹ AGN, Dirección General de Gobierno, *Informe sobre el territorio de Quintana Roo*, José María de la Vega, jefe político, Campamento Vega, Quintana Roo, 26 de enero de 1903, exp. 903 (5) (2), 4a. Secc., f. 135.

¹⁰ *Informes presentados al Congreso Nacional de Educación Primaria por las delegaciones de los estados, del Distrito Federal y territorios en septiembre de 1910, al celebrarse el Primer Centenario de la Independencia Mexicana*, 1911, p. 28.

¹¹ *Idem.*

¹² *Informe presidencial de Francisco León de la Barra*, en *Boletín de Instrucción Pública*, t. 18, 1911, pp. 339-340.

General José Siurob, 1914

Serie personajes/Fototeca de Pachuca, INAH



Primero las autoridades mexicanas convencieron a Francisco May de abrir más escuelas. Después, durante varios años trataron de convencer a Evaristo Zuluub y Florentino Cituk.

ral que el dinero invertido en educación popular (entre 1902 y 1912), que moderadamente puede calcularse en doscientos mil pesos, haya sido un desperdicio lamentable... porque los resultados obtenidos han sido nulos".¹³ El número de escuelas apenas llegaba a quince, los alumnos sumaban poco más de quinientos y en la nómina figuraban casi cuarenta maestros. Algunos locales escolares eran propiedad privada y otros propiedad municipal, pero "no hay ninguno que sea, desde el punto de vista de la higiene o de la pedagogía, adecuado para el objeto a que está destinado".¹⁴ La población escolar, en lugar de ascender, disminuyó. De la totalidad de los preceptores sólo había un maestro titulado, un preceptor de origen español apellidado Trinchán que daba clases en la isla de Cozumel.

Santiago Pacheco Cruz, maestro de escuela, quien trabajaba desde 1914 para el gobierno carrancista en Yucatán como traductor de maya¹⁵ y que

¹³ *Informe sobre el estado...*, en *Boletín de Instrucción Pública*, t. 22, 1913, p. 217.

¹⁴ *Ibid.*, p. 216.

¹⁵ El profesor Santiago Pacheco Cruz explica que en 1914 fue llamado para prestar sus servicios de manera provisional como escribiente de la Sección de Inmigración y Trabajo del gobierno de Eleuterio

El teniente Zuluub
Helga Larsen/Biblioteca de la Universidad de Chicago



El caudillaje de Francisco May y la primacía del santuario de Santa Cruz se pusieron en entredicho en 1929, cuando Evaristo Zuluub y Concepción Cituk se separaron de May. El primero se estableció en la aldea de Dzulá, desde donde enfrentó a los militares que quisieron aprehenderlo y a los maestros rurales que quisieron abrir una escuela en su comunidad.

posteriormente se convirtió en uno de los que mejor conocían la región indígena de Quintana Roo, relata que a tres meses de que Alvarado se instalara en el palacio de gobierno de Mérida, comenzó a buscar profesores que hablaran la lengua de los indígenas, con la intención de divulgar entre los mayas de la península los propósitos de la Revolución.

Necesito —dijo Salvador Alvarado a Santiago Pacheco Cruz— que vaya a uno de los Partidos para propagar entre los habitantes de cada lugar, ya sea pueblo, ranchería, paraje o vivienda, pero fundamentalmente entre los indígenas, las ideas y finalidades de la revolución.¹⁶

En un encuentro posterior, el general Alvarado les dictó el instructivo que cada agente de propaganda llevaría consigo. Las instrucciones de difundir los ideales de la Revolución y dar a conocer sus beneficios prácticos en la vida cotidiana eran lo más importante; el agente de propaganda debía exhortar a sus oyentes a “que procuren mandar a sus hijos a la escuela y que se quejen cuando el maestro no sea bueno”.¹⁷ También tenían que levantar un censo en el que se detallaba: “cuántas escuelas hay en cada pueblo y cuántas en las haciendas; qué número de alumnos de uno y otro sexo concurren y en qué lugares se necesitan nuevas escuelas”.¹⁸

Ávila en Yucatán. Fue contratado “para traducir y contestar documentos que en este idioma [maya] recibía el Gobierno del Jefe principal de las tribus mayas que pueblan la parte central del Territorio de Quintana Roo... que reclamaba la devolución de tierras de sus dominios, considerando que con el triunfo de la Revolución podría lograr sus pretensiones”. Véase Pacheco, 1953, p. 19.

¹⁶ *Ibid.*, p. 117.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 122-123.

¹⁸ *Ibid.*, p. 123.



General Octaviano Solís con un jefe maya
Thomas Gann, *In an Unknown Land*, 1924, p. 20



Los maestros de la región suponían que la conducta de los indígenas del norte de Santa Cruz se debía a que los comerciantes y súbditos de Honduras Británica alimentaban la insurrección de los mayas en beneficio de su actividad comercial.

Las últimas noticias de la escuela de Santa Cruz, antes de que Salvador Alvarado entregara, en nombre de la Revolución, el santuario maya conquistado por Bravo, provienen de *La Revista de Mérida* y están fechadas en septiembre de 1913 y agosto de 1914. La primera es una instrucción del coronel Morón para que todos los niños que llegaron a la colonia penal de Santa Cruz (procedentes de Morelos y otros lugares de la república, "por zapatistas") acudieran a la escuela porque "todos son analfabetas".¹⁹ La segunda es a propósito del arribo del joven profesor Edgardo Argáez a la población y la reapertura de la escuela mixta número 13 de ese lugar.²⁰ Sin embargo, la reapertura de la escuela y la presencia de Argáez en Santa Cruz no duraron mucho tiempo. Al año siguiente, el general Alvarado entregó a sus antiguos pobladores la mítica Noh Cah Santa Cruz Balam Nah, el símbolo del porfiriato en esa orilla de México y, finalmente, una población poco útil al nuevo régimen. Ese mismo año de 1915, el revolucionario buscó darle un impulso sin precedentes a la educación rural. En un telegrama a su superior decía: "me propongo en un corto plazo: que no exista una sola hacienda, aldea o villorrio en el Estado que no cuente con un plantel de enseñanza, a cuyo efecto se trabaja febrilmente".²¹ Más aún, en Mérida fundó la Ciudad Escolar de los Mayas, "establecimiento para formar maestros normalistas exclusivamente de la raza indígena", con el propósito de enviarlos a las escuelas de la región maya.²² En algo se benefició la instrucción pública de Quintana Roo con la voluntad de Alvarado. Un informe de 1916 indica la existencia de cuatro nuevas escuelas, en total 21 escuelas nacionales primarias elementales,²³ 717 alumnos y 31 profesores se registraron en un vacilante Quintana Roo, desaparecido y vuelto a restituir, decreto de por medio, en los avatares de la Revolución. Sin embargo, la queja del inspector que redactó el informe fue la misma que a principios de siglo: "escasean [residentes] para la enseñanza primaria, en donde se necesita más que mucho saber y preparación especial, solamente no ser analfabeto y mucha buena voluntad".²⁴

¹⁹ "Fiestas patrias y escuelas", *La Revista de Yucatán*, miércoles 24 de septiembre de 1913, p. 6.

²⁰ "De Santa Cruz de Bravo", *La Revista de Yucatán*, martes 11 de agosto de 1914, p. 6.

²¹ AHMM, serie Revolución, caja 1, leg. 65, *Telegrama de Salvador Alvarado al presidente Carranza*, 19 de marzo de 1915.

²² AHMM, serie Revolución, caja 1, leg. 81, *Carta de Salvador Alvarado al presidente Carranza*, Mérida, Yucatán, 28 de julio de 1917.

²³ Agrupadas en la forma siguiente: ocho mixtas, cinco para niños, siete para niñas y 3 suplementarias para obreros. Véase AGN, ramo Gobernación, *Informe rendido por A. M. Treviño, inspector general de educación pública en Quintana Roo*, Payo Obispo, 15 de junio de 1916, vol. 145, exp. 14, f. 1.

²⁴ *Ibid.*, f. 2.

Alianzas y disidencias

E

N EL NUEVO SIGLO, EN 1915, en un contexto de alianzas y disidencias indígenas, agravadas por las concesiones para explotar madera y resinas en la región maya, Salvador Alvarado, el gobernador carrancista de Yucatán, ordenó devolver el pueblo de Santa Cruz a sus antiguos dueños. El acto revolucionario del general Alvarado fue sin querer una revitalización de los viejos antagonismos (entre Santa Cruz, Chemuyil, Chichanhá y Kantunilkín), así como semilla de futuras escisiones (Dzulá a finales de los veinte).

Finalmente la premonición del prisionero del general De la Vega a principios de siglo había resultado cierta: cuando los soldados se retiraran, los macehuales retornarían. En efecto, retornaron en 1915 a recuperar la vieja Chan Santa Cruz y, según una leyenda negra hoy puesta en duda,¹ a destruir todo lo que era vestigio del porfiriato, como el aljibe público construido por Bravo, el cableado telefónico y algunas plataformas y tramos de la vía del tren militar.

Los mayas de Chan Santa Cruz, los de Icaiché y Chichanhá en la frontera de México con Belice, los de San Antonio Muyil en la proximidad de Tulum y los de Kantunilkín frente a la isla de Holbox, fueron algo más que empobrecidas aldeas emplazadas en puntos geográficamente opuestos de una misma orilla deshabitada de México. Fueron también percepciones distintas de la militarización y del repoblamiento del territorio de Quintana Roo. Encarnación de añejas y a veces sutiles rivalidades, los pueblos indígenas de Quintana Roo fueron, en todo caso, bastión de resistencia maya en la faja oriental de Yucatán.

Icaiché y Chichanhá en el sur, Kantunilkín en el norte y Chemuyil en la costa, fueron por distinto motivo aldeas en disputa para los rebeldes de



¹ Carlos Macías Richard, 1997, pp. 248-253.

Pom, 1933

Santiago Pacheco Cruz/ Archivo Histórico SEP



Hasta el inicio de los años cuarenta, las aldeas más importantes de la región indígena de Quintana Roo tuvieron escuela, bajo la misma divisa que pocas veces varió desde el porfiriato: maestros criollos para niños mayas.

Clase de bordado en Kantunilkín, 1932

Archivo Histórico SEP



El cambio de guardia en el templo de la Cruz Parlante era presenciado por varios mayas, adultos y niños, con una especie de curiosidad fervorosa que el inspector llamó fanatismo.

Los frutos de la huerta escolar de Pom, 1933 Santiago Pacheco Cruz/ Archivo Histórico SEP

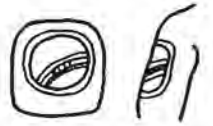


El inspector ordenó al maestro adscrito a la escuela local que, de manera sutil, fuera introduciendo actividades que disminuyeran el culto a la Cruz entre los indígenas.

Chan Santa Cruz y para las tropas del gobierno mexicano. Para los mayas sublevados, las aldeas de pacíficos (Icaiché, Kantunilkín) y las comunidades que poseían su propia Cruz Parlante (San Antonio Chemuyil o Tancáh de Redentor, que estaban bajo la influencia de la Cruz de Tulum) y quienes por su cuenta quisieron negociar con la autoridad mexicana, representaban la vulnerabilidad de los mayas de Chan Santa Cruz en la guerra y eran la pérdida de eventuales refugios durante los asedios de las tropas mexicanas. Para la milicia del gobierno federal, las aldeas de mayas pacíficos eran aliadas valiosas para aislar a los rebeldes. Finalmente, Icaiché y Chichanhá estaban en la ruta de la pólvora y los víveres provenientes de la colonia inglesa (Belice), los mismos que habían permitido la sobrevivencia de los de Chan Santa Cruz y alimentado la guerra tan largo tiempo. Chemuyil era una salida al mar Caribe y Kantunilkín lo más próximo, después de la destrucción de Tihosuco, a la frontera de los pueblos criollos de la península.

De Icaiché poco se preocuparon las fuerzas federales, pues los indígenas de esa aldea no combatieron contra las tropas mexicanas. Los mayas pacíficos del sur, como se les conoció, tomaron un camino más sinuoso de resistencia; o, si se prefiere, no tuvieron más remedio que seguir un proceso de aniquilamiento más lento que el del resto de la región maya de Quintana Roo. Eso sugiere la ambigüedad hacia el ejército porfirista que percibió el general José María de la Vega en Icaiché; en eso se puede traducir la indiferencia y el alcoholismo en que los encontró sumidos el cura Palau durante la Revolución Mexicana, cuando visitó su aldea. Finalmente, el abandono del pueblo de Icaiché en los años treinta, según lo describió el maestro rural adscrito a Botes, el poblado del río Hondo a donde llegaron los últimos sobrevivientes de los pacíficos del Sur, quizá tenga mayor conexión con una larga historia de presiones internas por entablar alianzas y negociaciones con el gobierno mexicano que con un ataque directo de los mayas de Santa Cruz a quienes durante décadas habían resistido.

En sus informes iniciales de 1903, el general José María de la Vega informó a sus superiores que percibía cierta desconfianza entre los mayas de Icaiché. En realidad se trataba de un escondido encono hacia las tropas porfiristas que en el fragor de la batalla no distinguieron entre mayas de Santa Cruz y mayas de Icaiché. Con todo, esta última fue la única aldea maya en la que Vega pudo establecer una escuela a principios de siglo, después de que Santa Cruz fuera convertida en un cuartel de tropas porfiristas. El material escolar, con cuadernos de trabajo, métodos de lectura, pizarrones y hasta manuales de geografía ¡del Distrito Federal!, lo recibió el secretario del general Tamay, jefe de la aldea.² En esa época, De la Vega recomendó a sus superiores ser cauto con Tamay y mantenerlo como aliado; esto se traducía en el hecho de dar mayor margen de libertad a esa aldea para que se organizara internamente; significaba también nombrar a Tamay autoridad municipal. Como Icaiché estaba en la ruta que surtía pól-



² AGN, ramo Gobernación, *Informe administrativo rendido a la Secretaría de Gobernación por el jefe político general José María de la Vega*, 30 de noviembre de 1903, anexo 33, caja 767.

Alumnos de la isla de Cozumel, 1932

Archivo Histórico SEP



En la isla de Cozumel estaba la oficina de la inspección escolar del norte, que incluía la región indígena.

vora y municiones a los rebeldes, se justificaba dar un cuidadoso trato a los mayas de ese pueblo, antes y después de terminada la campaña.

Una década después, en 1913, Francisco Palau, un sacerdote católico que ocasionalmente recorría la intrincada selva de Quintana Roo bautizando niños y casando parejas amancebadas, pasó por Icaiché y recogió un cuadro desconsolador. Los mayas de la aldea habían abandonado sus milpas y descuidado sus corrales de aves. Ni granos ni gallinas ni cerdos se podían conseguir fácilmente en Icaiché. Más aún, la mayor parte del tiempo que los indígenas permanecían en la aldea se dedicaban a beber "anisado", un alcohol de maíz revuelto con agua y esencias que terminaba por matar a los adultos. Atraídos por los altos salarios de la recolección de chicle, los mayas de Icaiché se abandonaron a la búsqueda de la valiosa resina y al aturdimiento del alcohol. Palau registró los detalles. Los quince días de perpetua embriaguez que duraron las fiestas de mayo en Icaiché le parecieron excesivos, así como los 120 garrafones de "anisado" que se bebieron y el precio de la bebida. Era además notorio el número de muertos que Palau registró. El sacerdote comprobó que la escuela, un amplio local construido por órdenes de José María de la Vega diez años atrás, estaba abandonada.³ La extracción del chicle comenzaba a afianzarse en las selvas de Quintana Roo. Aunque el mayor esplendor de la explotación de la resina sería en la década de 1920, la transformación que el religioso encontró en Icaiché era parecida a la que después se repitió a lo largo de la región indígena, cuando la bonanza chiclera alcanzó la parte selvática de la península de Yucatán. Finalmente Icaiché fue abandonada por los indígenas. El inspector escolar, José S. Villa, anotó en sus registros de 1933 que los mayas que quedaban de Icaiché se habían pasado a vivir a Botes, un campamento maderero de las riberas del río Hondo.⁴

³ La entrevista con el padre Francisco Palau sobre su encuentro con los indígenas de Icaiché apareció en un periódico regional de aquellos años: *La Revista de Yucatán*, y los datos recogidos por Palau aparecieron en primera plana en la edición del sábado 30 de agosto de 1913, pp. 1-2.

⁴ AHSEP, *Informe de José S. Villa, inspector escolar, Botes, Quintana Roo, 14 de noviembre de 1933, f. 2.*



Homenaje a la bandera en la isla de Holbox, 1928

Archivo Histórico SEP



Sin lograr su propósito de cambiar al abúlico maestro rural de Santa Cruz porque May Pech, al enterarse, lo impidió, el inspector Ayala abandonó la población sin abrigar muchas esperanzas sobre el futuro de la escuela en ese lugar.

Al mismo tiempo que Palau visitaba en el sur a los mayas de Icaiché y reprobaba su perpetua embriaguez con "anisado", en las playas de Chemuyil dos pescadores, sin proponérselo, eran testigos de la falta de maíz y de sal entre los mayas de San Antonio Muyil, una aldea en la costa caribeña que mantenía una vieja rivalidad con Chan Santa Cruz, debido a su cercanía con Tulum, adoratorio de otra Cruz Parlante con influencia en las aldeas de la costa como Muyil o Tancáh. El más notorio intento de San Antonio Muyil de sujetarse a la jurisdicción del Estado mexicano fue entre 1912 y 1914, cuando entablaron comunicación con el general Eguía Lis, por medio de dos pescadores de Cozumel que accedieron a escuchar el llamado de los indígenas. El relato de las negociaciones entre los mayas de Muyil y las autoridades de México se puede reconstruir con las notas periodísticas de la época y el escaso material de archivo que se conserva sobre el general Eguía Lis, entonces gobernador del territorio de Quintana Roo.⁵

La súbita remoción del general Rafael Eguía Lis en 1912 del cargo de gobernador del territorio de Quintana Roo interrumpió parcialmente los acercamientos con los indígenas de Muyil. Pero, finalmente, Eguía Lis sólo fue destituido del cargo de gobernador del territorio, pero no como jefe de la guarnición militar. A su regreso de la ciudad de México, Eguía retomó las conversaciones con los indígenas de San Antonio Muyil. Al parecer el presidente Madero le había autorizado dar concesiones a los mayas para la explotación de maderas y resinas. Los planes de Eguía incluían entablar pláticas con los mayas del pueblo de Tulum, Santa Cruz Chico y Pom.⁶ La muerte del general Fermín Cab y el ascenso de Pablo Pat como nuevo jefe de los indígenas de San Antonio Muyil fue otro suceso que interrumpió la inicial relación con el gobierno. Tomás Tinal, por encargo de Eguía Lis, se internó hasta San Antonio Muyil, y allí se reunió con unos doscientos in-

⁵ El relato se puede encontrar en Martín Ramos, *Cozumel. Vida porteña, 1920*, México, Uqroo/Conacyt, 1999, pp. 106-114.

⁶ *Revista Peninsular*, 18 de diciembre de 1912, p. 6.

Escuela de Isla Mujeres, 1928

Archivo Histórico SEP



Meses difíciles para el comercio del chicle por la caída de precios de ese producto en los mercados internacionales, el último año de la década de 1920 fue poco propicio para la presencia escolar.

Mayas de San Francisco con indumentaria tradicional, 1932
 Archivo Histórico SEP



A fuerza de insistir, las escuelas se arraigaron sin necesidad de abolir la Cruz.



dios; les hizo saber que el general Fermín Cab había fallecido el 27 de enero de 1913. Una viuda, cuatro niños y una última recomendación hecha en su lecho de muerte de que su aldea continuara con las pláticas de pacificación, fue lo que Cab dejó. Por primera vez un criollo enviado por el gobierno entraba hasta San Antonio Muyil. Dos cosas más le hicieron saber a Tinal: que los de Muyil estaban dispuestos a cumplir la última recomendación del general Cab acerca de continuar el acercamiento con el general Eguía Lis y que Ponciano Pablo Pat, un prestigiado jefe indígena entre los de Muyil, ocuparía el lugar del general Cab.⁷ Al poco tiempo, Rafael Eguía Lis llevó a Chachalal varios artículos que los de Muyil pidieron por conducto de Tinal. Los indígenas manifestaron nuevamente su deseo de mantener buenas relaciones con los gobiernos federal y local. Pidieron que se afincara un destacamento militar en el mismo pueblo de San Antonio, pues temían que los de Tulum o Santa Cruz los atacaran por las relaciones que habían establecido con Eguía. Este general había mantenido la esperanza de lograr la

⁷ *La Revista de Yucatán*, viernes 7 de febrero de 1913, p. 5.

Alumnos de San Francisco, 1932

Archivo Histórico SEP



El año del "gran fuego", como se recuerda a los meses en que la viruela los diezmo, fue decisivo para el ascenso del joven May.

pacificación en aquella zona de la costa y al norte de Santa Cruz de Bravo, y el hecho de que los indígenas de la aldea de Chun Ox se hubieran presentado espontáneamente a la administración de la Compañía del Banco de Londres y México, en las ruinas de Santa María, para trabajar en el chicle, "habiendo obtenido ya su primera raya de 400 pesos", le hacía suponer que poco a poco la pacificación en aquella zona se iría materializando. Los de Muyil solicitaron a Eguía Lis, con la misma insistencia que el destacamento militar, la apertura de una amplia brecha que comunicara a San Antonio Muyil con la costa.⁸

En septiembre de 1913, en la canoa *Esperanza*, procedente de Puerto Morelos, arribó Pablo Pat a Cozumel. El jefe maya había hecho parte de su viaje por tierra, de su aldea a Puerto Morelos, en tres días, caminando por la playa. En este poblado, el administrador de la compañía chiclera del lugar lo trató con cortesía. Acompañado de su hijo Manuel y de su cuñado Eugenio Canché, Pat permaneció en el puerto hasta que pidió ser conducido a Chachalal, un punto costero en tierra continental. En aquella ocasión, el reportero de *La Revista de Yucatán* escribió:

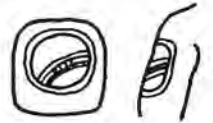
El consabido general Pat fue invitado hace tiempo por el Ministro de Gobernación a dar un paseo a México y todavía no olvida la invitación, diciendo que tiene deseos de tratar personalmente con el presidente Huerta todo lo que concierne a la pacificación maya.⁹

No serían ni Pat ni Huerta los que se entrevistaran en el Castillo de Chapultepec, la casa oficial del presidente de México. Santa Cruz, pueblo donde se originó el culto de la Cruz Parlante, ganaría la partida; el general indígena Francisco May fue quien conversó con Carranza en el Castillo de Chapultepec.

En 1919, el jefe de la aldea de Chumpón, recordando los tratos de los de Chemuyil con Eguía Lis, pero sobre todo la reciente sumisión de Francisco

⁸ *La Revista de Yucatán*, martes 25 de febrero de 1913, p. 3.

⁹ *La Revista de Yucatán*, martes 30 de septiembre de 1913, p. 5.



Xpichil, 1933

Santiago Pacheco Cruz / Archivo Histórico SEP



Los ancianos y niños fueron las primeras víctimas de abrasadoras fiebres. Después ya no hubo quien enterrara a los muertos, y los perros comenzaron a comérselos.



May a las disposiciones gubernamentales, tomó prisioneros a los de la aldea de Chemuyil. Los acusaron de ser los culpables de que el general May, el general de Santa Cruz, hubiera cedido ante el gobierno y acudido a la capital del país para entrevistarse con el presidente de México. En realidad, tras el ataque a los de Muyil se escondía una nueva disputa: las concesiones de chicle y, ciertamente, viejas rencillas originadas en los intentos de negociación con las distintas administraciones del gobierno mexicano.

En Kantunilkín, otra pacífica aldea maya en el extremo norte de Quintana Roo, los indígenas se integraron sin dificultad a la naciente economía chicleira. La cercanía con las tierras otorgadas en concesión a la hacienda El Cuyo, administradas por el Banco de Londres y México, los mantuvo empleados desde que el chicle se convirtió en el nuevo producto forestal extraído en el territorio federal. Las escuelas también se establecieron con facilidad. Distantemente de Santa Cruz, en dirección a Yalahau, la aldea de Kantunilkín apareció en el mapa quintanarroense como un asentamiento indígena pacífico, sólo que del norte. Su lejanía de Santa Cruz y su proximidad con El Cuyo la eximieron del escarmiento que los rebeldes de Santa Cruz infligieron a los de Icaiché y a los de Muyil. Receptivos y con mayor grado de sumisión a las autoridades federales, los mayas de Kantunilkín, a diferencia de los de Icaiché, sobreviven hasta nuestros días en la misma aldea que fundaron en el siglo XIX.

En el siglo XIX, no sólo Icaiché, sino también Chichanhá, una aldea cercana a Bacalar, firmó tratados de paz con el gobierno mexicano (1851 y 1853). Chemuyil, con menor suerte, también buscó una salida pacífica con el gobierno desde fines del siglo XIX. Si en ese siglo llegó a Chichanhá un aristó-

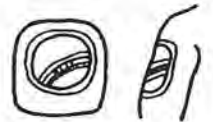
crata yucateco que convenció a los jefes indígenas de viajar a México para entrevistarse con el emperador Maximiliano, a la playa de Tancáh arribó otro aristócrata, culto y quizá loco, que llegó para convencer a los de Muyil de dos cosas que ningún peninsular cuerdo hubiera hecho en esa época: anunciarles la llegada del Mesías, Jesús, y convencerlos de entrar en tratos con el gobierno de Yucatán cuando la Guerra de Castas parecía languidecer. El primero se llamaba José María Arredondo, quien con el permiso del delegado imperial en Yucatán, se internó sin armas hasta Chichanhá en 1865 para llevar a dos cabecillas indígenas frente al emperador Maximiliano y mostrar que esos indígenas eran aliados del imperio mexicano de los Habsburgo. Logró su objetivo, pero queda la duda de con qué argumentos convenció a los indígenas de viajar a la ciudad de México y qué tan fiel fue la traducción que hizo durante el diálogo de los mayas con Maximiliano en el Castillo de Chapultepec. En todo caso, a su regreso a Chichanhá fue destrozado a machetazos por los indígenas de la aldea.¹⁰ El segundo se llamaba José Peón Contreras y su aventura ocurrió en 1887 en la proximidad de Tulum. Con el único permiso de su propia voluntad, Peón Contreras se internó en territorio indígena y desembarcó en Tulum. A punto de morir, como Arredondo, bajo el machete indígena, comenzó una elocuente arenga en maya que conjuró su inminente muerte. Los indígenas guardaron sus machetes y escucharon a aquel hombre que con un báculo y un crucifijo en plena playa de Tancáh, les anunciaba el regreso de Dios. Él mismo se había trastocado, ya no era José Peón Contreras Elizalde, miembro de una de las familias más conocidas de Mérida. Era, en su delirio, Juan Bautista, el anunciador de Cristo. Un Cristo que, por cierto, era de Honduras, se apellidaba Rosales y había andado predicando por las ciudades de la península de Yucatán, en donde conoció y convenció al yucateco. Con esa convicción, Contreras Elizalde penetró en una de las comunidades vedadas a cualquiera que no fuera indígena, trabajó algún tiempo con los mayas de los alrededores de Tulum, y probablemente hubiera conseguido acercarse a esa aldea con el gobierno. Sin embargo, a pesar de que no tuvo un fin como Arredondo, sus últimos días los pasó en Barcelona, al lado de una de sus hermanas convertida en monja, quien lo cuidó hasta su muerte. La huella de su paso quedó en el nombre de la población, en Tancáh del Redentor, tal como el propio Contreras Elizalde bautizó al lugar en una carta a Porfirio Díaz.¹¹

Escuela de Kantunilkín, 1928

Archivo Histórico SEP

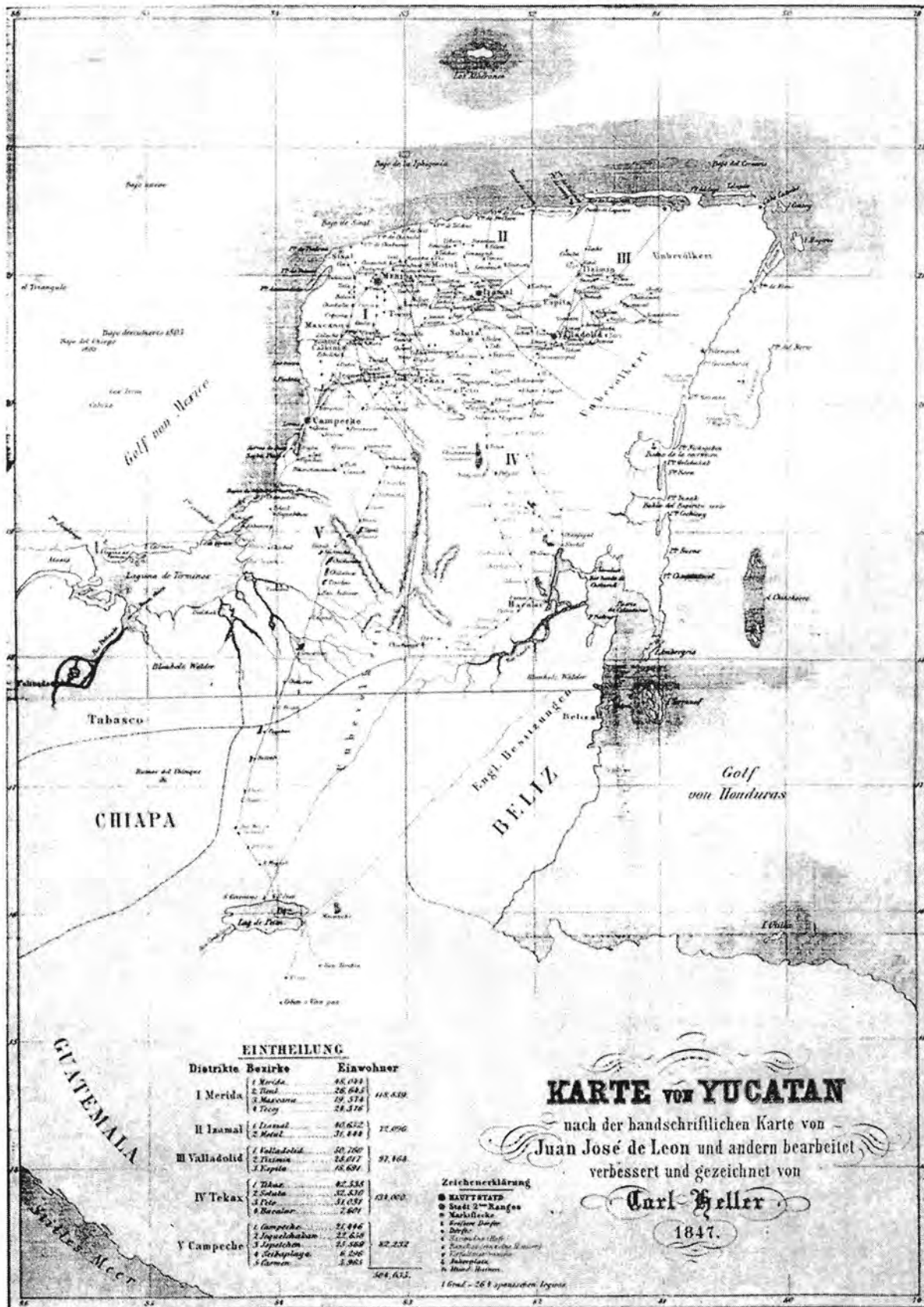


Enloquecidos, muchos enfermos huyeron de sus aldeas y terminaron muertos en pantanos, en aguadas, o en las fauces de alguna fiera.



¹⁰ Memorias atribuidas a Severo del Castillo, editadas bajo el título de *Guerra de Castas en Yucatán. Su origen, sus consecuencias y su estado actual, 1866*, transcrita y anotada por Melchor Campos García, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1997, pp. 138-141.

¹¹ APDUIA, caja 6, leg. 12, f. 2844.



KARTE VON YUCATAN

nach der handschriftlichen Karte von
 Juan José de León und andern bearbeitet
 verbessert und gezeichnet von

Carl Heller

1847.

El arribo de los preceptores

U

NA MISIVA DEL JOVEN GOBERNADOR DEL territorio de Quintana Roo, Librado Abitia, traza la intención de los hombres de la Revolución Mexicana en la selva del chicle. Dirigida a Plutarco Elías Calles, la carta dice: "Muy respetable y estimado jefe: ...tengo la satisfacción de informarle que he estado haciendo cuanto ha sido posible a fin de lograr un acercamiento entre los indios mayas y el gobierno para hacerlos entrar en el camino de la civilización".¹ Fechada en julio de 1921, la carta informa al secretario de Gobernación sobre Santa Cruz y el jefe indígena Francisco May, sobre el proceso de acercamiento con otras aldeas y sobre las negociaciones con distintos jefes indígenas, especialmente los asentados al norte de Santa Cruz, en el abanico de nuevas y viejas aldeas formado después de que Salvador Alvarado ordenó la entrega de Chan Santa Cruz. Abitia confió estar "preparando el terreno a fin de que en el próximo año escolar pueda introducir maestros en sus poblaciones, pues la instrucción, creo, es uno de los medios más eficaces para lograr que se civilicen".²

De los aproximadamente siete mil habitantes del territorio de Quintana Roo registrados por el censo de 1921, sólo 8.67% iban a la escuela.³ Así que la retórica revolucionaria sobre la educación como evangelio cayó en un campo fértil, lo mismo que la creación de la secretaría del ramo en 1921. Sin

¹ Carlos Macías Richard (comp.), *Plutarco Elías Calles. Correspondencia personal*, 1993, t. II, p. 356.

² *Idem.*

³ En 1921 el censo general de habitantes de Quintana Roo fue de 6 967 y el censo escolar de 823 niños. Véase AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Oficio de Carlos Arana M., delegado de Educación, dirigido a Lauro Aguirre, secretario del Departamento Escolar, Payo Obispo, Quintana Roo, 21 de octubre de 1924, f. 1.* Quintana Roo registraba 31 escuelas, todas oficiales y ninguna privada (9 de niños, 5 de niñas y 17 mixtas), 947 estudiantes (372 mujeres y 575 varones), 58 profesores (41 hombres y 17 mujeres) y un gasto anual de \$145 293.50. Véase el cuadro "Estadística nacional escolar primaria", *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, núm. 2, 1922, pp. 304-305.



Vecinos de Solferino, 1932

Santiago Pacheco Cruz / Archivo Histórico SEP



Francisco May Pech decidió quedarse con todos sus pequeños hijos para que no cupiera la menor duda de que él estaba dispuesto a reconstruir el reino macehual.

embargo, en la frontera caribe de México la socialización de la educación no tuvo mayor consecuencia que el arribo de un comisionado de la nueva Secretaría de Educación Pública. Lisandro Calderón, el enviado, observó a su arribo: “habrá que despertar en él [el profesor] las [ideas] de la Revolución que hasta hoy no son una realidad aquí, probablemente por el aislamiento casi absoluto en que se vive por esta región”.⁴ Al comisionado le consternó el paludismo que imperaba en Quintana Roo, especialmente en la región maya y en los pueblos situados en la ribera mexicana del río Hondo, “en donde los maestros apenas si pueden estar bien por dos o tres meses, teniendo que venir con frecuencia a esta población [Payo Obispo] en busca de cuidados médicos”.⁵ En sus notas escribió que “los niños, atacados por el paludismo, faltan con frecuencia o bien asisten pálidos y demacrados”.⁶

Las enfermedades de la selva que antaño diezmaron a la tropa porfirista ahora lo hacían con los educadores y sus pupilos. La ubicuidad del paludismo no fue asunto nuevo en Payo Obispo, mucho menos en los campamentos madereros y chicleros que proliferaron en las riberas del río Hondo y en la región indígena. En la zona maya y en la frontera con Belice cobraron mayores víctimas. En Santa Cruz de Bravo y sus alrededores, en Payo

⁴ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Oficio de Lisandro Calderón, comisionado de la SEP, dirigido a Roberto Medellín, jefe del Departamento Escolar, Payo Obispo, Quintana Roo, 26 de diciembre de 1922, f. 1.*

⁵ Con un total de 28 escuelas, 727 alumnos, 47 profesores y un gasto anual de \$104 850.50 en operación, el territorio registró en 1922 un porcentaje de 6.65% de población que acudía a la escuela, una cantidad menor a la registrada el año previo. Cuadro “Estadística nacional primaria”, *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, núm. 3, 1923, pp. 492-493.

⁶ Otro visitante, también ciudadano como Calderón, que llegó a Payo Obispo al inicio de los veinte, escribió un vívido pasaje sobre el problema que representaban las enfermedades del trópico: “Otro gran obstáculo [en el levantamiento topográfico del río Hondo] fueron las enfermedades, aunque se contrató al médico de Payo Obispo para que visitara el campamento una vez al mes, llegó época en que tuvo que permanecer con nosotros por 15 días consecutivos y se suspendieron las labores en vista de que la mayoría del personal estaba enfermo. No bastaron las inyecciones, ni los preventivos; el ejército de moscos era innumerable y uno de nuestros trabajadores murió en el término de 24 horas, sin que los facultativos del Hospital Militar en Payo Obispo pudieran diagnosticar el mal que lo llevó a la tumba”. Véase Herrera, 1946, p. 15.



Cooperativa agrícola La Rica Palma productora de copra, Xcalak, 1929

Archivo Histórico SEP



Si fracasaron las brigadas que Felipe Carrillo Puerto envió en 1922 a Payo Obispo para impulsar la educación racionalista, no se podría decir lo mismo de las que envió a Santa Cruz para fomentar las cooperativas.

Obispo y puntos circundantes, el paludismo y otras enfermedades tropicales fueron constantes, un verdadero obstáculo al repoblamiento y, por supuesto, a la apertura y permanencia de escuelas. Al revisar los expedientes de la región indígena es posible encontrar los reportes de las enfermedades que aquejaron a los mayas. Naturalmente, durante la época de lluvias los informes de los preceptores daban cuenta de cómo el paludismo se extendía.⁷ En esos meses los maestros procuraban visitar casa por casa, les hablaban de higiene a los indígenas, de las precauciones que debían tomar en los meses de lluvia, pero no era mucho lo que los mentores podían hacer.⁸ Cuando no fue la tosferina,⁹ el paludismo o una epidemia desconocida, fue "debido a la gripa se observa poca asistencia".¹⁰ Algunas veces el gobierno enviaba brigadas de salud a algunas aldeas mayas, pero las condiciones de la región y los conflictos con los líderes indígenas impedían el acercamiento a las comunidades. Sabemos por el informe de un inspector escolar que en 1932, en el pueblo de San Pedro, en las proximidades de Komché, una epidemia desconocida diezmó a los indígenas y la escuela tuvo que cam-

⁷ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de J. Salinas González, director de la escuela de Santa Cruz, Santa Cruz, Yucatán, 22 de julio de 1932, f. 1.*

⁸ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Gonzalo Peña Ortega, encargado de la escuela de Santa Cruz, Santa Cruz, Yucatán, 2 de julio de 1933, f. 2.*

⁹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Sara Aguilar, directora de la escuela de Santa Cruz, Santa Cruz, Quintana Roo, 31 de diciembre de 1929, f. 1.*

¹⁰ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Jesús Salinas González, director de la escuela de Santa Cruz, Santa Cruz, Yucatán, 31 de marzo de 1933, f. 1.*

Cooperativa maderera de Santa Lucía, en la ribera del río Hondo, 1929

Archivo Histórico SEP



Por su propio testimonio, sabemos que el general de Santa Cruz constituyó en 1922 la Cooperativa Maya para la explotación de resinas y maderas.

biarse a otro sitio.¹¹ En Yoactún, otra aldea indígena, el inspector describió así a los enfermos: “las enfermedades reinantes que vi en mi visita son horribles erupciones en todo el cuerpo que hacen aparecer a los enfermos como leprosos; llagas provenientes de piquetes de moscos o garrapatas, enfermedades gástricas u orgánicas derivadas del paludismo”.¹² Con constantes enfermos y enfermedades no era posible mantener la asistencia de los niños a la escuela ni las escuelas trabajando durante todo el año escolar en las aldeas asoladas por epidemias.

El establecimiento de escuelas y la permanencia de preceptores en las aldeas mayas fue posible por las negociaciones entre los sucesivos gobernadores del territorio y los jefes mayas. Primero las autoridades mexicanas convencieron a Francisco May de abrir más escuelas. Después, durante varios años trataron de convencer a Evaristo Zuluub y Florentino Cituk. Pero, según indica una nota del encargado de la Dirección de Educación del territorio en 1922, más allá de Santa Cruz no fue fácil abrir escuela alguna; de los pueblos mayas en donde se proyectaba instalarlas, el encargado se limitó a decir: “Ya se dan los pasos necesarios para abrir las escuelas de Muyil, Nohaltún, Dzúlá y Tulum”.¹³ Lo único que se pudo conseguir, dos años después, fue inaugurar una efímera escuela en Chumpón a cargo de Juan Bautista Vega,¹⁴ jefe de la misma aldea. Cuando fue gobernador de Quintana Roo, el general Amado Aguirre no pudo mandar cuatro alumnos a la Escuela de Agricultura de México “porque ningún joven ha llenado el re-



¹¹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Juan I. Flores, inspector escolar*, Komchén, Campeche, 24 de marzo de 1932, f. 2.

¹² AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Juan I. Flores, inspector escolar*, Yoactún, Campeche, 16 de diciembre de 1932, f. 2.

¹³ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Censo escolar de las poblaciones en que hay escuelas instaladas y relación [de] poblados en que es necesario establecerlas*, Payo Obispo, Quintana Roo, 6 de diciembre de 1922, f. 1.

¹⁴ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Personal en activo servicio al terminar el año de 1924*, Payo Obispo, Quintana Roo, 24 de diciembre de 1924, f. 2.

Habitantes de Chunbalché, 1933

Santiago Pacheco Cruz/Archivo Histórico SEP



La rivalidad maya que en el pasado se asoció con la sede de la Cruz Parlante, tuvo en la extracción de resina un motivo perdurable de encono.

quisito de haber cursado los 6 años de enseñanza elemental".¹⁵ El señalamiento de Aguirre probablemente influyó en el gobierno federal, pues al poco tiempo llegó a Santa Cruz el coronel Juan M. Carrasco con "instrucciones del señor Presidente de la República, para proceder al establecimiento inmediato de escuelas y bibliotecas para educar a los indios de Quintana Roo".¹⁶ El enviado convenció a May de la instalación de más escuelas y de la apertura de caminos. Las escuelas se abrirían, según la versión escrita de la conferencia entre Carrasco y el jefe indígena, en Santa Cruz, Chumpón, Chanchah, Santa María, Filomeno Mata, Chendzul y Dzúlá.¹⁷ Pero el proyecto no se realizó; aparte de Santa Cruz, sólo en Chumpón se reabrió la escuela, aunque después Juan Bautista Vega, el jefe indígena del lugar, expulsó al maestro.¹⁸ Un logro que parecía definitivo lo alcanzó el gobernador Siurob en 1929, mediante un acuerdo con May que decía: "el Gobierno establecerá escuelas en los poblados mayas, por ser ésa la base de la cultura de ellos mismos, de su adelanto y bienestar".¹⁹ En el documento May se comprometió a facilitar el ingreso de los maestros a las aldeas bajo su mando. Sin embargo, el constante cambio de gobernadores en el territorio no ayudó a mantener vigentes los acuerdos de este tipo. En las aldeas indígenas del norte de Santa Cruz fue donde los preceptores hicieron acopio de paciencia y gala de tenacidad. A las autoridades educativas les tomó mayor tiempo establecer escuelas en las aldeas mayas escindidas de Santa Cruz y fuera del dominio de May. Dirigidas por Evaristo Zuluub y Concepción Cituk, las aldeas del norte rivalizaron con Santa Cruz. Los maestros rurales pudieron entrar a esas aldeas apenas en los últimos años de la década de 1930, en el ocaso del cardenismo. El caudillaje de Francisco May y la prima-

¹⁵ Careaga Viliesid (comp.), 1990, t. 2, pp. 125-126.

¹⁶ "Escuelas y bibliotecas en Quintana Roo", *Diario de Yucatán*, 24 de enero de 1926, p. 8.

¹⁷ Ávila Zapata, 1974, pp. 98, 101 y 102.

¹⁸ *Ibid.*, p. 103.

¹⁹ *Ibid.*, p. 78.

Cooperativa de consumo de Kantunilkín, 1928

Archivo Histórico SEP



Los nuevos tiempos trajeron una batalla ajena que involucró a los adoradores de la Cruz; motivo de rivalidad entre las casas comerciales o los contratistas que pululaban en Quintana Roo fue, por añadidura, la rivalidad entre los mayas.

cía del santuario de Santa Cruz se pusieron en entredicho en 1929, cuando Evaristo Zuluub y Concepción Cituk se separaron de May. El primero se estableció en la aldea de Dzúlá, desde donde enfrentó a los militares que quisieron aprenderlo y a los maestros rurales que quisieron abrir una escuela en su comunidad. De la misma manera procedió Cituk en Xmabén; un inspector escolar escribió que “efectivamente, no quieren maestro ni quieren escuela”.²⁰

En una tan fortuita como temeraria visita a Dzúlá, el director de educación de Campeche censó 150 vecinos, y en su informe describió amplias casas de palma con paredes de barro, mujeres con largos collares de cuentas, abalorios y grandes monedas inglesas de plata.²¹ Los maestros de la región suponían que la conducta de los indígenas del norte de Santa Cruz se debía a que los comerciantes y súbditos de Honduras Británica alimentaban la insurrección de los mayas en beneficio de su actividad comercial.²² La rebeldía de las aldeas capitaneadas por Zuluub y Cituk desplazaba a May como el interlocutor más importante entre el gobierno mexicano y los mayas de Quintana Roo. Fueron los años en los que su autoridad disminuyó tanto que tuvo que vivir en el exilio. En la región indígena el inspector escolar recogió el rumor de que Zuluub “parece aspirar a la jefatura suprema del rumbo, en sustitución de May”.²³ El beneficio de las concesiones para explotar maderas y resinas en la región era lo suficientemente atractivo para despertar la codicia de otros jefes indígenas y de uno que otro criollo que intentó ocupar el vacío de autoridad dejado por May.²⁴



²⁰ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de labores presentado por el inspector escolar, Juan I. Flores, Payo Obispo, Campeche*, 2 de marzo de 1932, f. 1.

²¹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe que el director de Educación Federal, Claudio Cortés, rinde de su visita al municipio de Quintana Roo, Campeche, Campeche*, 10 de marzo de 1932, ff. 5-6.

²² AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Plan de trabajo para la zona indígena del ex territorio de Quintana Roo que presenta Claudio Cortés, director de Educación Federal, Campeche, Campeche*, 15 de octubre de 1932, ff. 1-2.

²³ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe mensual de labores presentado por el inspector escolar, Juan I. Flores, Santa Cruz de Bravo*, 30 de abril de 1932, f. 4.

²⁴ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Propuesta para la creación de la zona indígena única presentada por el inspector escolar, Juan I. Flores*, 24 de noviembre de 1932, ff. 2-3.

Actividades escolares matutinas en la isla de Cozumel, 1930

Archivo Histórico SEP



La cooperativa de May vendía el chicle a Padio Cámara, el gerente de la Negociación Chiclera Mexicana, con oficinas en Cozumel.

Vecinos de Yaxché, 1932

Archivo Histórico SEP



Una acusación recurrente que hicieron a May Pech en los años de la Cooperativa Maya fue la del monopolio del comercio en Santa Cruz.

En tanto, los maestros rurales que se acercaban a las aldeas dominadas por Zuluub no dejaban de informar sobre las dificultades de su tarea, como el parcial abandono de los pueblos a la llegada de los maestros.²⁵ En 1933, cuando el ejército trató de capturar a Zuluub, la situación de los maestros se hizo más difícil. Luego de un enfrentamiento con un saldo de varios muertos y la quema de Dzulá, el recelo entre los indígenas creció y tuvo consecuencias desalentadoras en la instalación de escuelas y la permanencia de los educadores. En Xiatil y Xpichil el temor a la venganza de Zuluub se propagó rápidamente con justificada razón, pues algunos vecinos de esas aldeas fueron los que sirvieron de guía a las fuerzas federales que atacaron la guarida de Zuluub. El maestro rural de Xpichil, Pastor Avilez, informó

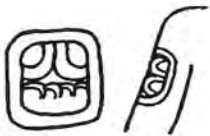
²⁵ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe del inspector federal, Santiago Pacheco Cruz, Poom, Campeche*, 6 de febrero de 1933, f. 1.

Indígenas de Xcán

Archivo Histórico SEP



La Cooperativa Maya terminó por extinguirse en la crisis de los precios del chicle de 1929 y en la escisión de los mayas de Santa Cruz.



que la mayoría de los indígenas estaba abandonando sus hogares.²⁶ El jefe de la brigada militar federal de la región indígena se comprometió a enviar un grupo de 20 militares que resguardaran Xiatil y Xpichil, pero como el destacamento se demoró en llegar, los indígenas comenzaron a abandonar su comunidad para no ser castigados. Se sintieron abandonados por los criollos quienes, además de que no les enviaron el destacamento prometido, tampoco les dieron beneficio económico alguno en la temporada chicle-ra siguiente: "no les había tocado parte de las compras que van a hacer los concesionarios; por esta circunstancia, al estar en Santa Cruz hablé con el Sr. Emilio Pacheco y conseguí que les compren 54 quintales de chicle".²⁷

Próximo a inaugurarse, el internado indígena pospuso su apertura por la refriega en Dzulá entre el ejército y los mayas.²⁸ La mísera vida escolar terminó por desaparecer y algunos mentores recibieron amenazas de los mayas: "seguramente —escribió el inspector Pacheco Cruz— un día u otro tendré la pena de comunicar la muerte de uno o más maestros asesinados..."²⁹ Afortunadamente eso no ocurrió. La zozobra rondó en varias aldeas, los indígenas temían una nueva militarización de la selva o bien la inminente venganza de Zuluub. Algunas aldeas se dividieron. En San Diego, obligados a elegir bando, algunos indígenas pasaron a vivir a Chunhuás, para evadir la escuela,³⁰ y otros se fueron a vivir al norte de Santa

²⁶ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Acta de reunión entre los profesores de la 5a. zona escolar, el personal docente del internado indígena y el inspector Santiago Pacheco Cruz, Santa Cruz de Bravo, 30 de abril de 1933, f. 1.*

²⁷ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe sobre la visita practicada a la escuela de Xpichil por el director de Educación Federal, Luis G. Ramírez, Mérida, Yucatán, 3 de octubre de 1933, f. 6.*

²⁸ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe del inspector federal, Santiago Pacheco Cruz, Santa Cruz de Bravo, 1 de mayo de 1933, f. 1.*

²⁹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Comunicado del inspector general de educación, Claudio Cortés, Campeche, Campeche, 25 de mayo de 1933, f. 1.*

³⁰ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe sobre la visita practicada a la escuela de San Diego por Luis G. Ramírez, Mérida, Yucatán, 4 de octubre de 1933, ff. 1-2.*

Clase de educación física en Puerto Morelos, 1932

Archivo Histórico SEP



Con el auge de la extracción del chice, nuevos e influyentes concesionarios llegaron a la región.

Cruz para engrosar las filas del rebelde Zuluub y enfrentar directamente al gobierno local.³¹

Aún años después encontramos a los maestros rurales batallando con Zuluub. De Chanchén se informó que los mayas “están acatando una consigna del jefe de la Guardia, el llamado teniente Evaristo Zuluub, con el fin de que, no teniendo alumnos, el maestro se fastidie y se vaya a otra parte”.³² Rubén Novelo Gil, el maestro rural que inspeccionaba las escuelas indígenas, informó a sus superiores que las aldeas influidas por las prédicas subversivas de Evaristo Zuluub no estaban dispuestas a permitir que funcionaran las escuelas, y agregaba que “la despoblación de Yokdznot y Chanchén, donde tenemos escuela, obedece a la labor de Zuluub”.³³ Entre enero y febrero de 1936, Novelo recorrió las aldeas indígenas en los alrededores de Santa Cruz, lugar que para entonces ya era conocido con el nombre de Felipe Carrillo Puerto, el prócer yucateco que alguna vez envió a sus militantes a esparcir la educación racionalista en Quintana Roo.³⁴ En su visita a Chunhuás, X-hazil y Komchén, Novelo intentó aumentar la asistencia platicando directamente con los adultos con hijos en edad escolar, les pidió que mandaran a sus hijos a la escuela, cuando menos por las tardes; un indígena le ofreció la respuesta que ya había escuchado antes: “no podemos pensar en mandar a nuestros hijos a la escuela, necesitamos que nos ayuden a buscar el sustento”.³⁵



³¹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Comunicado del inspector federal de la 5a. zona, Santiago Pacheco Cruz, al director de Educación, Santa Cruz de Bravo, 1 de marzo de 1934, f. 1.*

³² AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Comunicado del director de Educación, Florentino Guzmán, al gobernador del territorio, Payo Obispo, 23 de enero de 1936, f. 1.*

³³ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Oficio de Francisco Zarco, encargado de la Dirección de Educación, dirigido al secretario de Educación Pública, Payo Obispo, Quintana Roo, 4 de marzo de 1936, f. 1.*

³⁴ Según un escritor que entonces vivía en Payo Obispo, los maestros, “imposibilitados de esparcir en aquel reducido medio sus doctrinas impactas de socialismo yucateco, se vieron precisados a abandonar el lugar en el que no pudieron difundir las teorías”. Véase Lizama Escofié, 1927, p. 150.

³⁵ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Rubén Novelo Gil, inspector de la zona indígena, Felipe Carrillo Puerto, 31 de marzo de 1936, f. 2.*

Sociedad de Padres de Familia en Kantunilkín, 1928

Archivo Histórico SEP



El nombre de la Cooperativa Maya, encabezada por el jefe indígena de Santa Cruz, aparecía de tiempo en tiempo, durante los litigios o en los reclamos y las solicitudes de tierras que Francisco May dirigía al gobierno federal.



Las escuelas consiguieron formar parte de la vida doméstica indígena sólo cuando Zuluub y Cituk lo permitieron. Eso se desprende de la información que el profesor José A. Xiu remitió, en febrero de 1937, a las oficinas centrales de educación rural: "el jefe de tribu, capitán Concepción Cituk, me dijo que por el momento no podía aceptar dicha escuela mientras tanto no vea que el Gobierno del Territorio le cumpla el ofrecimiento que le hizo de dotarlo de tierras".³⁶ Cituk había solicitado, además de ejidos, la construcción de algunos locales.³⁷ Finalmente, en mayo de 1938 se estableció la escuela de Xmabén. Cituk cedió y su última condición fue "que el maestro que vaya a Xmabén sea casado, que no se le remueva pronto y que se cumplan los ofrecimientos de dotación de ejidos".³⁸ Eran los años en que finalizaba el periodo del presidente Lázaro Cárdenas, la época dorada de los ejidos y las escuelas.³⁹ Hasta entonces, el inicio de los años cuarenta, las aldeas más importantes de la región indígena de Quintana Roo tuvieron escuela, bajo la misma divisa que pocas veces varió desde el porfiriato: maestros criollos para niños mayas.

³⁶ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Oficio de Leopoldo Aguilar Roca, inspector encargado de la Dirección de Educación Federal, dirigido al gobernador del territorio, Chetumal, Quintana Roo, 2 de febrero de 1937, f. 1.*

³⁷ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Comunicado de Luis Chávez, subsecretario de Educación, dirigido al gobernador del territorio, México, D. F., 4 de marzo de 1937, f. 1.*

³⁸ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Comunicado de Leopoldo Aguilar Roca, director de Educación Federal, al secretario de Educación Pública, Chetumal, Quintana Roo, 7 de mayo de 1938, f. 1.*

³⁹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Acuse de recibo del informe de la escuela de Xmabén correspondiente al bimestre marzo-abril de 1940, Chetumal, Quintana Roo, 18 de mayo de 1940, f. 1.*

La Cooperativa Maya

F

RANCISCO MAY PECH salió de Yokdzonot cuando era un niño, probablemente a causa de la muerte de su padre en batalla. Apenas adolescente, opuso resistencia a las fuerzas del general Bravo, y muchas veces fue testigo de la crueldad del ejército federal con los indígenas. Durante largo tiempo, al lado de su padrastro, se obsesionó por atacar el tren que corría entre Santa Cruz y Vigía Chico, el mismo ferrocarril que años después ocupó para sacar de Santa Cruz el chicle de la Cooperativa Maya y para introducir mercancías a la población. Su rápido ascenso a jefe de los mayas rebeldes fue una combinación de sus méritos como combatiente y de la mortandad desatada por una epidemia de viruela en 1915. El año del "gran fuego", como se recuerda a los meses en que la viruela los diezmo, fue decisivo para el ascenso del joven May. Un testigo de esos años, Mauricio Baas,¹ relató que la epidemia tuvo su origen en la aldea de Chuncunché. Cuando los indígenas comenzaron a morir, los de la aldea más próxima, llamada Yaaxkak, acudieron a enterrarlos; los viajes de uno a otro sitio se hicieron tan frecuentes como los difuntos que había que sepultar. Contagiados, los de Yaaxkak también comenzaron a morir. Pronto la enfermedad se extendió. Los ancianos y niños fueron las primeras víctimas de abrasadoras fiebres. Después ya no hubo quien enterrara a los muertos, y los perros comenzaron a comérselos. Enloquecidos por este espectáculo, muchos enfermos huyeron de sus aldeas y terminaron muertos en pantanos, en aguadas o en las fauces de alguna fiera. Temerosos, los mayas dejaron de transitar por las veredas de la región; encerrados en sus chozas, sin maíz, sin agua y sin esperanza, creyeron estar recibiendo un castigo divino por haber permitido que las tropas federales se estacionaran por tantos años en Santa Cruz, mancillando el templo de la Cruz Parlante.



¹ Alfonso Villa Rojas recoge el testimonio de Baas en *Los elegidos de Dios*, p. 123.

Celebración cívica del 5 de mayo en Xcalak, 1930

Archivo Histórico SEP

Se puede decir que la fantasmal Cooperativa Maya sintetizó una tenue e incolora influencia de la Revolución Mexicana y un refugio para la sobrevivencia y el aprendizaje de los indígenas en los modos de vida del México posrevolucionario.



De esta época aciaga para los mayas surgió el joven sargento Francisco May Pech; "ya recibimos el pueblo, ¿son ustedes tan hombres como para quedarse aquí?"² preguntaría retador a sus hombres cuando Alvarado les devolvió Chan Santa Cruz. Francisco May Pech decidió quedarse con todos sus pequeños hijos para que no cupiera la menor duda de que él estaba dispuesto a reconstruir el reino macehual. En un sueño se miró a sí mismo abrir un cofre en el que había unas llaves, y este sueño fue interpretado como señal para que asumiera el poder. May Pech se convirtió en el jefe, en el *tatich*. Comenzó por establecerse en la antigua Chan Santa Cruz y a participar activamente en la explotación del chicle y en el comercio de la región. La Negociación Chiclera Mexicana y su gerente Carlos Pardío Cámara fueron mentores de May Pech en esta etapa que finalmente lo hizo transitar de dirigente indígena a empresario chiclero.³ Antes de la década de los veinte, con la mediación de Pardío Cámara, Octaviano Solís comenzó a ganarse la confianza del jefe indígena. Esto trajo dificultades al joven dirigente maya, pues muchos macehuales nada querían saber de los mexicanos. Finalmente, Octaviano Solís llevó a May Pech a la ciudad de México, donde el presidente Venustiano Carranza reconoció al de Yokdzonot el grado de general. A principios de los años veinte, May regía ya la vida de Santa Cruz y sus alrededores. En lo sucesivo el funcionamiento de escuelas y la aceptación de maestros criollos en Santa Cruz y lugares aledaños dependería de los acuerdos del gobierno federal con May. Una fotografía del general maya en esos años lo captura al lado del gobernador Librado Abitia y del empresario Pascual Coral. Tomada en 1921, esa imagen recoge un aire de candidez en la mirada fija de May; el rostro aperado y la tez aceitunada que años más tarde describió Moisés Sáenz están ahí;⁴ su pie regordete



² Testimonio recogido en abril de 1985 en una entrevista con un anciano milpero en Tepich, Quintana Roo, por María Fernanda Jaramillo Botero. Véase Jaramillo Botero, 1988, pp. 166-168.

³ Ramos Díaz, 1999, pp. 172-193.

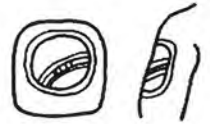
⁴ Sáenz, 1939, p. 65.

Alumnos de la escuela nocturna de Xiutil, 1933

Archivo Histórico SEP



En Chunon, los mayas prometieron no permitir el regreso de ningún maestro de escuela.



Enseñanza del español en Chunchalché, 1933

Archivo Histórico SEP



El comandante del pueblo emprendió un largo viaje para entregar en mano al director local de Educación la carta en la que pedían no enviar más maestros.

calzando la sandalia del mestizo yucateco, su camisa sin cuello y el pantalón blanco también aparecen en la fotografía. Lo que aún no figura es esa imagen de "general en pantuflas" con su pistola 45 en la cintura y bien provisto de cartuchos que Moisés Sáenz, el pedagogo y alto funcionario de la Secretaría de Educación Pública, vio en su visita a Santa Cruz al final de los años veinte.

Si fracasaron las brigadas que Felipe Carrillo Puerto envió en 1922 a Payo Obispo para impulsar la educación racionalista, no se podría decir lo mismo de las que envió a Santa Cruz para fomentar las cooperativas. Los encendidos discursos de los socialistas yucatecos debieron de llamar la atención del jefe May. Por su propio testimonio, sabemos que el general de Santa Cruz constituyó en 1922 la Cooperativa Maya para la explotación de resinas y maderas.⁵

⁵ Véase la carta enviada a Plutarco Elías Calles el 11 de febrero de 1926, en Felipe Nery Ávila Zapata, *El general May, último jefe de las tribus mayas*, Mérida, Yucatán, Ediciones del Gobierno de Yucatán, 1974, pp. 57-64.

Juramento a la bandera mexicana en X-hazil, 1933

Archivo Histórico SEP



Los niños eran muy útiles en la milpa, en la caza de venado y pavo de monte, en la recolección de leña y en las tareas de extracción y cocimiento del chicle.

En 1925, tres jefes dominaban la región indígena: Juan de la Cruz Ke, al mando de los mayas de Icaiché, en el sur de Quintana Roo; Francisco May, el de mayor influencia y con quien el gobierno solía tener mayor trato en el centro del territorio; y Paulino Caamal, secundado por Juan Bautista Vega, al frente del pueblo de Tulum, en el norte de la entidad. Los tres grupos mayas extraían y comercializaban chicle en las imprecisas demarcaciones de sus aldeas. Los enfrentamientos entre los propios indígenas no fueron cosa rara. En ocasiones propiciada por los mismos compradores de chicle, la rivalidad maya que en el pasado se asoció con la sede de la Cruz Parlante, tuvo en la extracción de resina un motivo perdurable de encono. La controversia del siglo previo entre mayas pacíficos y mayas insumisos, entre quienes buscaron la alianza con los distintos gobiernos mexicanos y quie-

Función de títeres en Yoactún, 1933

Archivo Histórico SEP



Con su teatro de títeres, Gaspar García se plantaba en el lugar más visible del poblado; cuando conseguía reunir a los curiosos indígenas, les enseñaba algunas palabras básicas del español.

Escuela de Pom, 1933

Santiago Pacheco Cruz / Archivo Histórico SEP



El regalo de algunas cápsulas de quinina, siempre escasas, en una tierra donde el paludismo era endémico, permitía entrar de nuevo a las aldeas mayas.

nes la rechazaron, dio paso a un antagonismo originado en la riqueza chicle-
ra de la región. Los nuevos tiempos trajeron una batalla ajena que involucró
a los adoradores de la Cruz; la rivalidad entre las casas comerciales o los
contratistas que pululaban en Quintana Roo fue, por añadidura, motivo de
rivalidad entre los mayas. Las disputas nacieron de la necesidad de ocupar
mayores extensiones de bosque, o bien, de los compromisos contraídos con
los intermediarios de chicle para reunir determinada cantidad del producto.

La cooperativa de May vendía el chicle a Pardío Cámara, el gerente de
la Negociación Chiclera Mexicana, con oficinas en Cozumel. Después del
cierre de esa empresa por una supuesta asociación con el levantamiento
delahuertista, May Pech no tuvo más remedio que venderle al concesiona-
rio Ramoneda, su contrincante en la concesión del ferrocarril militar y de
las tierras que tradicionalmente trabajaban los mayas de Santa Cruz. Por su
parte, la gente de Juan Bautista Vega lo mismo recolectaba chicle para la
empresa de Pardío que para empresarios como el cozumeleño Coral, el li-
banés Baduy o el súbdito británico Turton. Con mayor relación con Hondu-
ras Británica, la gente de Juan de la Cruz Ke, en Icaiché, recolectaba gran
cantidad de resina para el empresario Turton, que había extendido su em-
porio desde Belice hasta Payo Obispo, con ramificaciones en Cozumel,
Mérida y Campeche. Era común que May Pech interceptara los cargamen-
tos de chicle de Bautista Vega destinados a Baduy, Coral o Turton; Bautista
Vega hacía lo mismo con los de May, y después se acusaban mutuamente
de invasión de concesiones. Por su lado, los gobernadores que llegaban
procuraban conciliar a los indígenas con un doble propósito: no perder la
precaria relación pacífica entre el gobierno federal y la dirigencia indígena,
ni permitir una abierta contienda entre las diferentes aldeas mayas. A Juan
de la Cruz Ke lo nombraron comisario de policía en Icaiché, a May lo hicie-
ron por algún tiempo recaudador de impuestos en el centro del territorio, y
a Juan Bautista le asignaron una plaza de maestro de escuela en su aldea.⁶

⁶ AGN, Dirección General de Gobierno, *Informe del gobernador del territorio de Quintana Roo*, Payo Obispo, 24 de agosto de 1925, vol. 2.00 (725.3).

Escuela de Petcacab, 1933

Archivo Histórico SEP



Todos, adultos y niños, caían en la tentación de ver las películas mudas que el profesor Gaspar García proyectaba.



De manera tácita, los sucesivos encargados de la administración de Quintana Roo respetaron el acuerdo del presidente Carranza sobre la exención de impuestos a los mayas en la comercialización del chicle. Mientras que a los concesionarios se les cobraba la expedición de permisos para la explotación de resina y un porcentaje por cantidad de chicle obtenido, para los mayas ambas cosas eran gratuitas. Sin embargo, la mayor parte de la ganancia quedaba en los intermediarios que concentraban la goma de diferentes zonas para venderla a las grandes compañías norteamericanas. Antonio Ancona Albertos, quien gobernó la entidad entre 1926 y 1927, informó a sus superiores que los compradores de la goma llegaban a dominar y a manipular a los indígenas. La relación de May Pech durante varios años con la Negociación Chiclera Mexicana, cuyo gerente fue el verdadero artífice de la entrevista entre Carranza y May, es el hecho a que se refiere la velada alusión de Ancona. Paradójicamente, lo que Ancona distinguió con agudeza en el entorno del negocio del chicle, no lo pudo distinguir en su propia administración. Un colaborador suyo, Alfredo Cámara Vales, se convirtió a su sombra en un intermediario del chicle que utilizó el *Alicia* (barco decomisado a la Negociación Chiclera Mexicana) y el *San José* (barco de Francisco May) para contrabandear resina y mercancía. Sus tropelías contribuyeron a la destitución del gobernador Ancona Albertos. En asociación con May, hizo de los chicleros de Santa Cruz sus principales abastecedores. Probablemente Cámara haya persuadido más de una vez a May para que expulsara de los alrededores a otros concesionarios.

Un expediente gubernamental registra que de 1925 a 1928 la gente de May decomisó chicle en varios hatos. A Baduy le fueron confiscados, entre chicle, herramientas y mulas, 40 000 pesos en 1926. Al contratista Sánchez, 45 000 en 1927. Al concesionario Pedro Ascencio, 50 000 en 1925. Al mismo ex gobernador Pascual Coral le decomisaron alrededor de 40 000 en 1926 y al comerciante Cercedo, en marzo de 1928, 20 000 pesos en mulas, comestibles, aperos y chicle. Intempestivas como los asaltos al tren y los cortes de

Escuela de Kopchén, 1933

Santiago Pacheco Cruz/ Archivo Histórico SEP



A veces, después de la función, los indígenas dejaban que les cortaran el pelo.



cables telegráficos en los viejos tiempos, estas apariciones mayas eran dirigidas por los tenientes Poot, Cahuich, Sóstenes Mendoza y Eligio Rivas, todos ellos gente de Santa Cruz bajo la férula de May. Los dueños de los bienes requisados informaron que el argumento que se exponía para dejarlos sin la resina colectada era que los concesionarios no pagaban a los mayas los impuestos que las aldeas cobraban en la extensión selvática que reclamaban suya y que era la base de la cooperativa fundada por May.⁷

Una acusación recurrente que hicieron a May Pech en los años de la Cooperativa Maya fue la del monopolio del comercio en Santa Cruz. El general indígena vivía una etapa de progreso económico, pero su prestigio entre muchos mayas, especialmente los más radicales y tradicionalistas, comenzaba a ser cuestionado. Que el jefe indígena sumara poder económico al poder político fue visto con recelo por las autoridades del territorio. Con el inicio de la administración del general Siurob, terminaron las comisiones políticas y administrativas otorgadas a May. Desde Payo Obispo, Siurob procuró disminuir la creciente figura de May lo mismo que poner coto a un influyente grupo de hombres de negocios de Cozumel que creció con la bonanza chiclera y que comenzaba a tener demasiado peso en las decisiones del gobierno territorial.⁸ La Cooperativa Maya terminó por extinguirse en el miasma de la crisis de los precios del chicle de 1929 y en la escisión de los mayas que comandaba. El jefe indígena terminó por exiliarse de Santa Cruz.

Con el auge de la extracción del chicle, nuevos e influyentes concesionarios llegaron a la región. Personajes como Manuel Pardío —ligado al ministro de Fomento del presidente Carranza— o Miguel Ramoneda —amparado por altos funcionarios gubernamentales— fueron moneda corriente

⁷ AGN, Dirección General de Gobierno, *Informe confidencial sobre los procedimientos seguidos por el general May*, Payo Obispo, 5 de junio de 1928, exp. 2-310(32)5.

⁸ AGN, Dirección General de Gobierno, *Acta de la reunión celebrada en Santa Cruz de Bravo, entre el gobernador y los jefes mayas*, Payo Obispo, 4 de marzo de 1929, exp. 310(32)5.

Escuela de Yoactún, 1933

Archivo Histórico SEP



Sin embargo, muchas veces los mentores debieron dormir fuera de la aldea, en la selva, a la intemperie, porque los indígenas se rehusaron a admitir a los maestros en su comunidad.



cuando la economía chiclera tuvo sus mejores años. El joven Miguel Ramoneda Carrillo llegó a Payo Obispo en 1927, con las concesiones para explotar madera y resina en grandes extensiones de selva localizadas en el centro de Quintana Roo. Su permiso incluía las tierras otorgadas anteriormente a los hermanos Zubarán Capmany y a Carlos Pardío (el conjunto de estas concesiones dio origen a la Negociación Chiclera Mexicana), además de sustanciales extensiones de selva adjudicadas a los mayas desde la época de Carranza. Más sorprendente para el mismo Francisco May y los empresarios locales fue saber que Ramoneda era también el nuevo concesionario del ferrocarril militar que cubría la vital ruta de salida del chicle y el no menos importante camino de ingreso para víveres y herramientas

de la intensiva actividad forestal.⁹ Las concesiones de Ramoneda tenían todos los ingredientes necesarios para suscitar un conflicto con May Pech e incluso con la autoridad pública local. Para los indígenas el agravio no podía ser mayor: un desconocido les quitaba la tierra que les pertenecía. Además, tendrían que trabajar para él en la recolección de resina y en la tala de madera. La Cooperativa Maya se sintió traicionada.

Por su parte, los otros concesionarios locales conjeturaron que detrás de los privilegios de Ramoneda se hallaba Luis León, el secretario de Fomento del general Calles. Con un respaldo así, a los empresarios locales sólo les quedaba el tortuoso camino de los reclamos a la autoridad local, que a su vez los transmitía a la autoridad federal en un lentísimo y exacerbante proceso. Los perjuicios que provocó la extensa concesión se sintieron más allá de la selva, entre los trabajadores del muelle de Cozumel. Al encargarse del ferrocarril de Santa Cruz, Ramoneda fijó un precio mayor al transporte del chicle. La reacción de los contratistas fue transportar su producto por Bacalar y Payo Obispo a la vieja usanza, es decir, con mulas que transportaban el producto hacia Belice. En Cozumel, el movimiento de naves que transportaban chicle de Vigía Chico y el consabido alijo en el muelle de los fardos de resina que procedían de la región indígena se paralizaron temporalmente. Urgentes telegramas de la Federación Obrera de Cozumel dan cuenta de ello: Ramoneda "pretende cobrar cinco pesos el quintal [en el transporte ferroviario] y esto hace que los compradores saquen su producto por Belice o Yucatán y no en dirección al puerto de Cozumel".¹⁰ De esos comunicados se deduce además que las mercancías envia-

⁹ AGN, Fondo Obregón-Calles, *Memorandum de Antonio Ancona Albertos*, México, D.F., 17 de septiembre de 1927, exp. 104-Q-1.

¹⁰ AGN, Dirección General de Gobierno, *Telegrama de la Federación de Obreros de Cozumel al presidente Calles*, Cozumel, Quintana Roo, 10 de agosto de 1928, vol. 121-A-M.

das a Vigía Chico desde Progreso, Cozumel o Campeche tenían que pagar un nuevo impuesto. Si la ruta de salida del chicle había cambiado temporalmente, la del ingreso de mercancías también, por lo que a May y otros contratistas les resultaba más económico introducir bastimento y herramientas por Bacalar.¹¹ Por primera vez en muchos años, Francisco May Pech y Juan Bautista Vega estuvieron de acuerdo en algo: luchar juntos contra los altos costos que Ramoneda cobraba por el uso de la vía.¹² El mayor reclamo de ambos estuvo centrado, naturalmente, en la invasión de sus tierras por parte de la inusual concesión de Ramoneda. Los reclamos tanto de los jefes mayas como del gobierno de la entidad consiguieron que los permisos de Ramoneda se modificaran en lo referente a las tierras explotadas por los mayas; la concesión finalmente respetó las tierras indígenas. Pero en cuanto al ferrocarril, no hubo cambios, de modo que los empresarios locales e indígenas tuvieron que adaptarse a los nuevos precios del transporte de mercancías.

Al término de los años veinte, encontramos a May y su Cooperativa Maya en asociación con Mac y Cía., comerciantes establecidos en Cozumel. De esta casa que le compraba el chicle, y a la que también afectaba la reducción de tierras del jefe de Santa Cruz, recibió apoyo en las nuevas controversias sobre tierras y decomisos de chicle. Cuando un libanés de apellido Baduy consiguió 20 permisos para explotar chicle, May no dudó en tratar de decomisarle el producto e invadir las tierras incluidas en los permisos. Baduy a su vez compraba chicle a Bautista, un motivo más para avivar el encono entre ambos jefes. May actuó contra Baduy respaldado por Mac y Cía., y, a su vez, respaldado por Baduy, Juan Bautista Vega se enfrentó con May.¹³ El nombre de la Cooperativa Maya encabezada por el jefe indígena de Santa Cruz aparecía de tiempo en tiempo, durante los litigios o en los reclamos y las solicitudes de tierras que Francisco May dirigía al gobierno federal. Se puede decir que la fantasmal cooperativa sintetizó una tenue e incolora influencia de la Revolución Mexicana y un refugio para la sobrevivencia y el aprendizaje de los indígenas en los modos de vida del México posrevolucionario.

Tixcacal, una comunidad rebelde, 1932

Santiago Pacheco Cruz/Archivo Histórico SEP



El sargento de Pom ordenó a su comunidad no dar alimentos al maestro rural; además, amenazó con quemar el local que el mentor pretendía usar como escuela.



¹¹ AGN, Dirección General de Gobierno, *Telegrama de la Federación de Obreros de Cozumel al presidente Calles*, Cozumel, Quintana Roo, 19 de septiembre de 1928, vol. 121-A-M.

¹² AGN, Dirección General de Gobierno, *Extracto para acuerdo presidencial*, México, D.F., 14 de mayo de 1928, exp. 2.310(32)5; AGN, Dirección General de Gobierno, *Telegrama de Juan Bautista Vega al presidente Calles*, Payo Obispo, Quintana Roo, 20 de septiembre de 1928.

¹³ AGN, Dirección General de Gobierno, *Telegrama de Mac y Cía.*, 2 de octubre de 1928, clasificación 427-Q-2.

Entre la lealtad y la apertura

E

L ÚLTIMO DÍA QUE EL INSPECTOR ESCOLAR de la región indígena permaneció en Santa Cruz asistieron diez niños a la escuela. Era el final de noviembre de 1928, una época del año fresca y propicia para las lecturas escolares, nada comparable al calcinador verano o al sopor de los meses lluviosos. De todos modos, el inspector Leónides Ayala percibió cierta indolencia y desgano entre los pocos infantes de pies descalzos, ojos intensamente negros y pelo hirsuto. Cuando los niños mayas lo dejaron solo en el local escolar, Ayala anotó una nueva instrucción para el maestro rural asignado a Santa Cruz: "urgentemente promueva el aumento de la asistencia pues el número de diez a doce alumnos que han estado asistiendo desde la semana pasada no justifica, siquiera, el sostenimiento de una Escuela Rural".¹ Días antes, el inspector había visto a esos mismos niños en los alrededores de la iglesia del poblado; el cambio de guardia en el templo de la Cruz Parlante era presenciado por varios mayas, adultos y niños, con una especie de curiosidad fervorosa que el inspector llamó fanatismo. La siguiente instrucción que dejó anotada en el cuaderno de inspección escolar le pudo haber costado la vida; ordenó al profesor Santana, el maestro adscrito a la escuela local, que de manera sutil fuera introduciendo actividades que disminuyeran el culto a la Cruz entre los indígenas. Detalladamente anotó a Santana cómo debía proceder en este asunto: en la última hora de la tarde, o por la noche, así como los domingos, el maestro rural debía hacer venir a la escuela a los indígenas que estaban en la guardia en el templo, y distraerlos con canciones, recitaciones, bailes, juegos, eventos, dramatizaciones, diálogos, historias y cuentos amenos; cuadros plásticos, concursos o lo que se le ocurriera,



¹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Acta levantada en el cuaderno que se usa como Libro de Visitas de Inspección de la Escuela de Santa Cruz*, Santa Cruz, Quintana Roo, 19 de noviembre de 1928, f. 1.

Patio escolar de Tixacal, 1932

Santiago Pacheco Cruz / Archivo Histórico SEP



Bajo la sombra de una frondosa ceiba, los mayas de San Ignacio expusieron lo mismo que los de Chunon: no más escuelas.

con tal de "irlos familiarizando con actitudes y manifestaciones propias de la civilización, para que cuando los maestros visiten sus pueblos no prosigan con las desconfianzas y reservas que hoy demuestran". Para su fortuna, nadie más que el maestro Santana y la esposa de éste podían leer sus instrucciones. Por último, el inspector Ayala pidió al maestro rural que observara cuidadosamente la vida y las costumbres de los mayas de Santa Cruz.

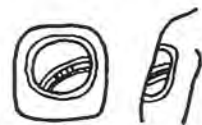
El profesor Ramón Santana había llegado a Santa Cruz meses antes, enviado por el propio Ayala desde Cozumel, isla donde estaba la oficina de la inspección escolar del norte, que incluía la región indígena. Con una carta como presentación, Ramón Santana se presentó en la oficina del general Francisco May Pech en los primeros días de marzo de 1928. La carta, leída por el secretario de May, informaba al general de Santa Cruz que la anterior maestra, Gregoria Gómez, ya no trabajaría en el poblado; la inspección escolar a cargo de Ayala designó a Juan M. Basulto en el lugar de la maestra Gómez; pero como Basulto no se presentó, la autoridad educativa nombró a Santana y a su esposa maestros de Santa Cruz. La misiva no incluyó las peripecias del inspector para encontrar un maestro que voluntariamente quisiera adscribirse a la escuela de Santa Cruz, ni las instrucciones que desde Cozumel dio a Santana el inspector escolar: preparar un terreno como área de cultivo, limpiar y emparejar un campo para colocar juegos de madera, construir un salón para actos cívicos y, de ser posible, un foro para el teatro escolar al aire libre; reunir libros para la biblioteca escolar y buscar entre los habitantes de Santa Cruz instructores para los talleres de carpintería, tejido o cultivo.

Meses después, cuando llegó el inspector Ayala, encontró no sólo la indolencia infantil; Santana prácticamente no había realizado una sola de las instrucciones recibidas. Además de la mínima población escolar, diez alumnos de primer año y dos de segundo, la escuela seguía sin campo de cultivo ni patio de juegos, las sillas y mesas para escribir estaban inservi-



Dzulá, 1941

Archivo Histórico SEP



Datos de los años treinta indican que en la zona central del territorio de Quintana Roo vivían aproximadamente cuatro mil indígenas mayas esparcidos en cincuenta poblados.

bles y Ayala no encontró siquiera una docena de libros para justificar el inicio de la biblioteca escolar; "el aspecto general que presenta la escuela es triste",² escribió. Para mala suerte del profesor Santana, el día en que la inspección comenzó no asistió la profesora ayudante, esto es, la esposa de Santana. Eso terminó con la paciencia del inspector Ayala y aquella misma víspera decidió remover al profesor Santana de la escuela. Sin embargo, Ayala no consideró que el general May se opondría a su determinación. A la mañana siguiente la profesora ayudante tampoco acudió a la escuela y los niños fueron tan pocos como el día previo. El inspector creyó percibir inconsistencias en la enseñanza de la lectura y recomendó al maestro rural que dedicara algún tiempo a estudiar el método de Gregorio Torres Quintero.³ Al revisar el archivo de la escuela, Ayala encontró los expedientes desorganizados y la documentación descuidada; el cuaderno utilizado para visitas de inspección y el de la matrícula estudiantil estaban deteriorados. Notó que los legajos más antiguos correspondían al año de 1920, fecha en que algunos estudiantes inscritos en el año escolar de 1928 habían comenzado a asistir a la escuela.⁴ En el acta que levantó ese fin de semana, se ordenó al maestro rural obtener del general Francisco May libretas en buen estado para sustituir las existentes y organizar de mejor manera la administración escolar; pidió a Santana levantar un plano de la escuela de Santa Cruz y le recordó su anterior instrucción de construir el foro para teatro al

² *Idem.*

³ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Acta levantada en el cuaderno que se usa como Libro de Visitas de Inspección de la Escuela de Santa Cruz*, Santa Cruz, Quintana Roo, 20 de noviembre de 1928, f. 1.

⁴ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Acta levantada en el cuaderno que se usa como Libro de Visitas de Inspección de la Escuela de Santa Cruz*, Santa Cruz, Quintana Roo, 24 de noviembre de 1928, f. 1.

Juan Bautista Vega, jefe de la aldea de Chumpón

Archivo Histórico SEP



La comunicación con la región indígena fue prácticamente inexistente. Señalado con el número 1, Juan Bautista Vega, dirigente maya de Chumpón; con el 2, el director de Educación Federal.

aire libre y tener mayor vigilancia sobre los libros escolares utilizados por los indígenas.

En la última acta del periodo de inspección escolar de Ayala se advierte un creciente enojo que comenzó el mismo día en que llegó a la escuela de Santa Cruz. Ya no sólo la escuela con sus expedientes desorganizados era un caos: el pueblo mismo era un desorden total, nada comparable al puerrecito de San Miguel de Cozumel, la isla donde residía el inspector, con sus calles limpias y bien trazadas, su brisa constante, su muelle lleno de naves y sus pobladores urbanizados. Instruyó a Santana para que convenciera al general May Pech de reinstalar la línea telefónica de Santa Cruz a Vigía Chico, arreglar las calles de la población y reconstruir algunas construcciones en ruinas. El "enchiqueramiento de los cerdos" en Santa Cruz le pareció tan importante como reparar la línea telefónica, el emparejamiento de las calles o la reconstrucción de las secciones de la iglesia en ruinas.⁵ Sin lograr su propósito de cambiar al abúlico maestro rural de Santa Cruz porque May Pech, al enterarse, lo impidió, el inspector Ayala abandonó la población sin abrigar muchas esperanzas sobre el futuro de la escuela en ese lugar. Sin embargo, no se embarcó a Cozumel con las manos vacías. Le sirvieron de consuelo algunas cosas que pudo obtener de May: un acuerdo que cedía la propiedad del local escolar a las autoridades de Educación;⁶ un niño maya (era un adolescente huérfano), de dos que le había solicitado al jefe de Santa Cruz, para el internado indígena de Cozumel; madera, cal y piedras para construir el foro del teatro escolar, y el compromiso del mismo May Pech de "obligar a los padres de familia de su tribu para que no se 'llevaran al chicle' a sus hijos y los dejaran asistir a la Escuela".⁷ Finalmen-



⁵ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Acta levantada en el cuaderno que se usa como Libro de Visitas de Inspección de la Escuela de Santa Cruz*, Santa Cruz, Quintana Roo, 26 de noviembre de 1928, f. 1.

⁶ Un galerón en una parte del edificio que estaba construyéndose para mercado cuando Santa Cruz fue la capital del territorio y que era reclamado por un cubano de nombre Julio Martín, "pero May, el jefe indígena que en realidad es y ha sido el amo de esta región, no le reconoce derechos, habiéndole cedido definitivamente, por su parte, para la escuela". Véase AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Leónides Ayala, inspector de la zona indígena*, Cozumel, Quintana Roo, 2 de diciembre de 1928, f. 1.

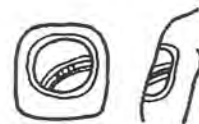
⁷ *Idem.*

Fiesta cívica en Dzulá

Archivo Histórico SEP



Una arracada de oro de cuatro o cinco centímetros de diámetro en la oreja izquierda distinguía a los indígenas de mayor jerarquía.



te, terminada su inspección anual, Leónides Ayala abandonó el poblado más importante de la región indígena, pero no abandonó la idea de disuadir a los mayas de su culto a la Cruz.

Ni los cinco pesos mensuales que May ofreció a Santana, ni el aumento de alumnos registrados en la escuela, fueron suficientes para arraigar al profesor en el pueblo. Como sucedió con muchos otros mentores, la difícil vida en los pueblos mayas terminaba por hacerlos desertar. Humberto Magaña fue el siguiente maestro rural en hacerse cargo de la escuela de Santa Cruz. Las órdenes que había recibido de la oficina del inspector escolar muestran que Leónides Ayala mantenía firme su propósito de contrarrestar el culto a la Cruz entre los indígenas.⁸ Tómese en cuenta, le dictó el propio Ayala en su oficina de Cozumel, "fundamentalmente que el trabajo es con los individuos de la guardia del templo y adultos en general".⁹ Las instrucciones que ya había dado a Santana las repitió y aumentó con Magaña; ordenó nuevamente que se construyera el teatro escolar y que se instalaran los talleres de curtiduría y de hacer jabón.¹⁰ Al nuevo mentor le pidió

⁸ Villa Rojas escribió que el culto de la Cruz Parlante entre los mayas quedó convertido en el centro directriz de toda actividad. "Otro aspecto importante de este culto a la Cruz, fue la institución de un sistema de vigilancia que tuviese a su cargo la custodia del Santuario, y también la custodia del grupo en caso de ataques sorpresivos de parte de las tropas gubernamentales. Esta institución recibió el nombre de "La Guardia del Santo'..." Véase más información en Villa Rojas, 1978, pp. 104-111 y 277-311; Bricker, 1989, pp. 201-227.

⁹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Pliego de instrucciones y sugerencias concretas dadas al profesor Humberto Magaña para desarrollar trabajos de incorporación indígena en Santa Cruz*, Payo Obispo, Quintana Roo, 25 de diciembre de 1928, f. 1.

¹⁰ Esta instrucción no se cumplió. Un oficio dirigido a Sara Aguilar, la profesora que al año siguiente sustituyó a Magaña en Santa Cruz, dice: "En virtud de que en el inventario de esa escuela, remitido a esta Dirección por el profesor Humberto Magaña a cuyo cargo estuvo últimamente, aparece una gran existencia de material para curtiduría, lo que demuestra que el citado Magaña hizo poco o nada en trabajos de esa materia, estimaré a usted haga lo posible por utilizar ese material pues de lo contrario resultaría un dinero mal invertido". Véase AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Oficio de Miguel Medina Avilés, encargado de la Dirección de Educación Federal, dirigido a Sara Aguilar, encargada de la escuela de Santa Cruz*, Payo Obispo, Quintana Roo, 31 de julio de 1929, f. 1.

Escuela de Yokdzonot, 1932

Santiago Pacheco Cruz / Archivo Histórico SEP



La dieta alimenticia tenía al maíz como base.

Komchén, 1933

Archivo Histórico SEP



En el festejo de bodas se bebía alcohol con agua o un licor preparado con la corteza de un árbol llamado pitarrilla y fermentado con panela o miel de abeja.



limpiar el campo de deportes y promover competencias públicas, así como una participación más directa en la vida social de Santa Cruz.¹¹ También Humberto Magaña siguió el camino de Santana. Una nueva directora de la escuela de Santa Cruz retomó las labores en octubre de 1929, y al iniciar las clases tuvo que visitar a cada familia para que los infantes volvieran a la escuela. Primero regresaron siete niños mayas, después doce, cuando la profesora volvió a tocar las puertas de cada casa en el pueblo. Pero sólo cuando consiguió el permiso del jefe de la aldea para que los niños fueran a la escuela, el número de estudiantes ascendió a 43.¹² A los 23 niños y a las 20 niñas la maestra los colocó en dos grupos mixtos: "los que entienden un poco el español y los que no lo entienden". Con los primeros pudo hacer trabajo básico: identificación de vocales y consonantes; con el segundo grupo, por medio de dibujos, trató de que retuvieran algunas palabras en español. El nutrido grupo disminuyó en diciembre por un contagio de tosferina. Para entonces la profesora Aguilar ya había puesto en marcha la escuela nocturna para adultos destinada a los guardias de la Cruz. Comenzó con clases de música impartidas por Emilio Pacheco, un vecino de la población; los iniciales ocho alumnos nocturnos se multiplicaron con mayas provenientes de Chunhuás y San Ignacio: "están muy satisfechos y prometieron asistir con puntualidad cuando les toque otra vez hacer la guardia".¹³

El informe de enero de 1930 señala que la falta de alumnos era aún efecto del contagio de tosferina.¹⁴ Las clases nocturnas se reducían a la enseñanza de música, pues los adultos que habían comenzado a acudir a las clases diurnas de lectura, escritura y sumas se retiraron con el cierre temporal de la escuela. Desde Cozumel, el inspector pidió a la maestra Sara Aguilar conseguir un nuevo local para la escuela; la profesora hizo las gestiones al mismo tiempo que recorría las casas de los personajes cercanos a May Pech.¹⁵ El cabo Apolonio Dzib, Encarnación Flores, Evaristo Hau, Paulino Rosado, Loreto Chan, Luis Chang y Sabino Tamayo, todos ellos le prometieron enviar a sus hijos a la escuela con puntualidad, incluido el general May; "sin embargo —se quejaba la mentora—, hasta la presente fecha, el General May no ha enviado a

Una familia de Xiatil, 1933
Santiago Pacheco Cruz/ Archivo Histórico SEP



Una boda también era propicia para fumar los cigarillos que previamente se repartían entre los concurrentes y para bailar al ritmo de un violín, una tambora y un cornetín.

¹¹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Pliego de instrucciones y sugerencias concretas dadas al profesor Humberto Magaña para desarrollar trabajos de incorporación indígena en Santa Cruz*, Payo Obispo, Quintana Roo, 25 de diciembre de 1928, f. 1.

¹² AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Sara Aguilar, directora de la escuela de Santa Cruz*, Santa Cruz, Quintana Roo, 31 de octubre de 1929, f. 1.

¹³ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Sara Aguilar, directora de la escuela de Santa Cruz*, Santa Cruz, Quintana Roo, 31 de diciembre de 1929, f. 1.

¹⁴ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Sara Aguilar, directora de la escuela de Santa Cruz*, Santa Cruz de Bravo, Quintana Roo, 31 de enero de 1930, f. 1.

¹⁵ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Oficio de Leónides Ayala, inspector de la zona indígena, dirigido a Sara Aguilar, directora de la escuela de Santa Cruz*, Cozumel, Quintana Roo, 4 de febrero de 1930, f. 1.

Chunhuás, 1933

Archivo Histórico SEP



En la muerte, el cadáver se lustraba, y en el nacimiento conducían a la criatura al poblado de Chancáh para que se le bautizara.



sus hijos a la escuela".¹⁶ Y es que la tosferina en Santa Cruz parecía no querer concluir. Sara Aguilar también se fue, pero en abril de 1930 la escuela primaria de Santa Cruz ya tenía un nuevo maestro y la región indígena un nuevo inspector, quien por esos días realizó una visita para emprender actos de propaganda con los indígenas que continuamente llegaban a Santa Cruz provenientes de las aldeas más impenetrables y tradicionales de la región.¹⁷

Meses difíciles para el comercio del chicle por la caída de precios de ese producto en los mercados internacionales, época de agitación en las comunidades mayas por el robo de la Cruz santa a raíz de una escisión de los indígenas, y periodo en el que May Pech se exilió temporalmente de la aldea, el último año de la década de 1920 fue poco propicio para la presencia escolar.

Jesús Brambila Oliva, el nuevo inspector, ayudó a reglamentar el funcionamiento de las agrupaciones de chicleros que trataban de sortear los tiempos difíciles con la estrategia de crear cooperativas.¹⁸ La escuela, por su parte, con menos recursos que antes, vio en las sociedades de padres de familia una manera de atender las necesidades más urgentes. Con Brambila Oliva se formó y reglamentó una de las primeras sociedades de padres

¹⁶ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Sara Aguilar, directora de la escuela de Santa Cruz*, Santa Cruz, Quintana Roo, 28 de febrero de 1930, f. 1.

¹⁷ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Jesús Brambila Oliva, inspector de la zona indígena*, Santa Cruz, Quintana Roo, 16 de junio de 1930, f. 3.

¹⁸ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Jesús Brambila Oliva, inspector de la zona indígena*, Santa Cruz, Quintana Roo, 14 de julio de 1930, f. 2.

Xiatil, 1933

Archivo Histórico SEP



La familia giraba en torno
a la autoridad absoluta del padre.

en Santa Cruz: "con la ayuda de la Sociedad de Padres de familia se taparon todas las goteras del techo, que es de zinc, y se instalaron ocho láminas nuevas".¹⁹ En su visita de fin de año, el inspector finalmente inauguró el taller de carpintería que años atrás había proyectado Leónides Ayala.²⁰ Por su parte, el profesor asignado a la población se había integrado a la comunidad, su trabajo comenzaba a tener un ámbito distinto al círculo escolar: recibió el encargo de la comunidad maya de trabajar en un proyecto de mejoras para el parque central de Santa Cruz.²¹

Los nuevos maestros rurales asignados en 1931 a la escuela primaria del lugar fueron Gonzalo Peña Ortega y Fernando Ordóñez Vila. Luego de tantos años de insistencia se logró por fin establecer la costumbre de ir a la escuela en Santa Cruz. A lo largo de 1931, según los informes del inspector, se registraron varios avances: en marzo el inspector encontró un escenario de madera, un teatro al aire libre que inauguró con varias representaciones infantiles y una biblioteca con 102 volúmenes; fue testigo de que el profesor adscrito al lugar reunía dinero para perforar un pozo en la granja escolar; verificó que la comunidad había construido un techo de guano para el ta-

¹⁹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Jesús Brambila Oliva, inspector de la zona indígena*, Santa Cruz, Quintana Roo, 30 de septiembre de 1930, f. 2.

²⁰ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Jesús Brambila Oliva, inspector de la zona indígena*, Santa Cruz, Quintana Roo, 20 de noviembre de 1930, f. 3.

²¹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Jesús Brambila Oliva, inspector de la zona indígena*, Santa Cruz de Bravo, Quintana Roo, 23 de diciembre de 1930, anexo 1.



Construcción de un gallinero en Yokdzonot, 1932

Santiago Pacheco Cruz / Archivo Histórico SEP



Claudio Cortés en 1932, Santiago Pacheco Cruz en 1933 y Florentino Guzmán en 1935, tres inspectores escolares, comprobaron que caminar por las veredas mayas en medio de la selva, de pueblo en pueblo, podía tomar hasta un mes.



ller de carpintería y que el desmonte del campo de cultivo había aumentado considerablemente.²² En la inspección escolar realizada en agosto, encontró reorganizada la escuela nocturna con la asistencia de 16 alumnos,²³ y para el mes de septiembre el pozo estaba preparado para ser utilizado en el riego de la huerta que pertenecía a la escuela.²⁴

Cada nuevo maestro de escuela tenía que comenzar desde el principio, esto es, lograr la confianza de los indígenas y conseguir que los mayas enviaran a sus vástagos al colegio; cada cambio de gobernador en el territorio alteró la buena marcha de los acuerdos educativos entre los jefes indígenas y las autoridades federales; y cada deserción de profesores perjudicó la vida escolar en las aldeas mayas. Sin embargo, a fuerza de insistir, las escuelas se arraigaron sin necesidad de abolir el culto de la Cruz Parlante. Tan accidentada como los acuerdos entre jefes indígenas y gobernadores criollos, la vida escolar en la región maya de Quintana Roo terminó por dispersarse a partir de la vieja Chan Santa Cruz, y se extendió a las comunidades mayas más alejadas, buscando siempre sustituir la fe en la Cruz por la fe en la educación. La Cruz o la escuela resultó un falso dilema, pues hoy en esa región conviven ambas.

²² AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Jesús Brambila Oliva, inspector de la zona indígena*, Santa Cruz, Quintana Roo, 14 de marzo de 1931, f. 3.

²³ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Jesús Brambila Oliva, inspector de la zona indígena*, Santa Cruz, Quintana Roo, 14 de agosto de 1931, f. 2.

²⁴ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Jesús Brambila Oliva, inspector de la zona indígena*, Santa Cruz, Quintana Roo, 17 de septiembre de 1931, f. 3.

Las razones de los indígenas

E

N 1931, A LA CRUZ MISMA DE LA ALDEA de Chunon, al norte de Santa Cruz, los mayas de ese pueblo prometieron no permitir el regreso de ningún maestro de escuela. No estaban dispuestos a soportar que los mentores continuaran remedando sus costumbres. Tampoco querían escuchar los insistentes consejos al comandante de Chunon para cambiar aquello que sus padres y abuelos, sus seres más queridos, les habían legado. No permitirían las crueles burlas de los criollos a su religión ni las amenazas de que los soldados pronto vendrían a quemar la Cruz de la aldea.¹ El comandante del pueblo emprendió un largo viaje para entregar en mano al director local de Educación la carta en la que pedían no enviar más maestros. Con las huellas digitales estampadas en la misiva dejaban claro que esa aldea no quería escuela. El director de Educación Federal archivó la petición y a principios de 1932 envió a un nuevo maestro. Los de Chunon no se atrevieron a rechazarlo abiertamente, pero el gélido recibimiento le auguró una tarea difícil: “me dediqué a la conquista de niños para que asistieran a mis clases, atrayéndolos con cuentecitos narrados primero en su lengua para que les fuese menos aburrida y luego en español, practicando en esa forma la castellanización”.² Con los adultos y jóvenes ocupados en las milpas y en la recolección de chicle y con las madres distraídas en la cocina o acarreado agua, los niños mayas comenzaron a ir con el nuevo maestro. Cuando sus madres los descubrieron, reprendieron con severidad a los infantes. El comandante de la aldea se ocupó de dar un severo regaño al maestro Gabriel Navarrete. Las mujeres dijeron a sus hijos que en ausencia de sus padres no tenían permiso de ir con el nuevo maestro. El comandante mencionó una y otra vez el pa-



¹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Oficio de Gabriel Navarrete, director de la escuela de Chunon dirigido al director de Educación Federal, Chunon, Yucatán, 30 de abril de 1932, f. 2.*

² *Ibid.*, f. 1.

Chumbalché, 1933

Archivo Histórico SEP



Los niños eran los únicos que intentaban hablar español y los adultos se resistían.

pel con las huellas digitales de los adultos de Chunon y Navarrete no se inmutó. Como quien ve llover, dejó que el comandante indígena hablara; después, en su réplica, insistió en la necesidad de contar con un maestro en Chunon.

Desde 1929 la escuela se había establecido en ese lugar. Álvaro Rosado Azcagua, el primer maestro rural en la aldea, sabía que los habitantes de aquel pueblo se negaban desde hacía muchos años a la apertura de la escuela, por lo que consideraba su precursora presencia una victoria “en la campaña de incorporación indígena a la vida nacional”.³ El dominio de la lengua maya del profesor Navarrete y su humilde actitud frente al regaño del comandante le brindó la oportunidad de restablecer la escuela. Consiguó del comandante la promesa de llamar a una junta a los indígenas de la aldea tan pronto como retornaran de la jornada de aquel día. En la reunión los reclamos llovieron sobre Navarrete; “con muchas comparaciones —escribe— desvié la plática de la tempestad que comenzaba a desatarse contra los maestros”. Al final, sólo cinco indígenas aceptaron enviar a la escuela a sus hijos, no sin antes recordarle a Navarrete que los niños eran muy útiles en la milpa, en la caza de venado y pavo de monte, en la recolección de leña y en las tareas de extracción y cocimiento del chicle. Y si aceptaban enviarlos a la escuela era porque los indígenas querían que sus hijos aprendieran a “firmar su nombre” y que no les sucediera lo que, a la comunidad que por poner las huellas digitales y no saber firmar su nombre, el director de Educación no les hacía caso. Finalmente los indígenas dijeron que hacían el sacrificio de privarse de la ayuda de sus hijos para que éstos aprendieran a leer medianamente y no para que el maestro perdiera el tiempo miserablemente “enseñándoles canciones y juegos que nada útil les reportan”.⁴ Con ese frágil permiso, Gabriel Navarrete comenzó de nuevo y después de me-



³ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Comunicado de la Dirección de Educación Federal dirigido al Departamento de Escuelas Rurales Primarias Foráneas*, Payo Obispo, Quintana Roo, 29 de marzo de 1930, f. 1.

⁴ *Idem*.

San Diego, 1933

Archivo Histórico SEP



Fácilmente se comprendió que cualquier programa educativo en la región indígena debería emprenderse después de un intenso trabajo de enseñanza del español.

ses de intenso trabajo logró elevar la asistencia; además, convenció a unos cuantos adultos para que acudieran a la escuela nocturna que él mismo había instalado.

Un inesperado suceso desarticuló la paciente labor del maestro rural: uno de los indígenas que había apoyado la reapertura de la escuela desapareció en la selva, la solitaria mula que retornó sola al pueblo fue la señal que alarmó a los de Chunon. Rápidamente, Navarrete formó un grupo que acudió en búsqueda del indígena desaparecido, y en breve hallaron el cuerpo en una barranca. Había sido asesinado.⁵ El maestro de escuela levantó un acta y personalmente la llevó a otra aldea mayor, a Chumpón, donde vivía el jefe indígena Juan Bautista Vega. Para sorpresa del maestro, Bautista Vega y otros jefes indígenas buscaron impedir que el acta levantada llegara a manos de las autoridades de Santa Cruz, donde residía el delegado gubernamental. Más sorprendido quedó cuando él y los vecinos que lo acompañaban supieron de un insistente rumor "que otra vez que tratemos [el maestro y sus seguidores] de intervenir en asuntos que no nos incumben seguiremos el mismo camino de la víctima".⁶ Navarrete regresó a Chunon y las cosas comenzaron a empeorar, cesaron las clases nocturnas porque ya nadie acudía y en las mañanas los niños poco a poco dejaron de asistir.

Comparado con las dificultades que otros profesores enfrentaron en distintas aldeas indígenas, se puede decir que Navarrete tuvo al menos las condiciones para permanecer en el poblado. En el pueblo de San José, por

⁵ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Oficio de Gabriel Navarrete, director de la escuela de Chunon, dirigido al director de Educación Federal, Chunon, Yucatán, 31 de julio de 1932, f. 1.*

⁶ *Ibid.*, f. 2.



Escolares y maestros en Xiatil, 1933

Archivo Histórico SEP



Educadores criollos para los indígenas mayas pareció ser el incontrovertible principio al que se apegó la conducta gubernamental en el ramo de la instrucción pública.

ejemplo, al maestro de escuela no lo dejaron arraigarse en el lugar; sólo le permitían estancias breves de una o dos semanas. Gaspar García, el mentor asignado a esa aldea, debía marcharse a la menor señal de enfado de los indígenas. En San José, nadie, con excepción del maestro, hablaba español. García fue verdaderamente hábil para sortear la situación, se valió de todos los recursos a su alcance para atraer a los niños mayas en las escasas ocasiones

en que lo dejaron entrar al pueblo: funciones de títeres, juegos de destreza, pequeñas fiestas, reparto de medicinas y hasta proyecciones de cine. Con su teatro de títeres, Gaspar García se plantaba en el lugar más visible del poblado; cuando conseguía que los curiosos indígenas se acercaran iniciaba algún juego de destreza, un truco con monedas, cerillos o dulces, hacía desaparecer objetos a la vista de los indígenas y aprovechaba ese curioso auditorio para enseñar algunas palabras básicas del español. Las pequeñas fiestas eran sólo para los días con mucha suerte; en cambio, la entrega de comprimidos de quinina, la medicina para combatir el paludismo, era para los días de desesperación, en las épocas en las que de plano los adultos le pedían que abandonara el pueblo. El regalo de algunas cápsu-

Instrucción física en Yokdznot, 1932

Santiago Pacheco Cruz/ Archivo Histórico SEP



Los maestros rurales lograron al fin el milagro de erigir escuelas en un trópico arrasado primeramente por la guerra y luego por la miseria.

Escuela Plutarco Elías Calles en Calderitas, 1929

Archivo Histórico SEP



Abrir brechas, tender vías férreas, colocar postes para la comunicación telegráfica y construir modestos edificios públicos, todo como inicial plataforma de la colonización.



las de quinina, siempre escasas, en una tierra donde el paludismo era endémico, le permitían entrar de nuevo a la aldea. Pero lo que nunca falló en su estrategia de acercamiento a la aldea de San José fue el cinematógrafo que compraron entre varios maestros de la región indígena. Todos, adultos y niños, caían en la tentación de ver las películas mudas que el profesor Gaspar García proyectaba. En esas ocasiones, alargaba hasta donde la concurrencia lo permitía una plática previa en la que trataba de castellanizar y de dar consejos útiles para prevenir el paludismo y para conservar fresca la carne de los animales del monte, el pescado o los siempre escasos huevos de gallina. Cuando percibía el hastío de los concurrentes, iniciaba la proyección de la película. A veces, después de la función, los indígenas dejaban que el maestro García les cortara el pelo, "cosa que ya [han] admitido estos ciudadanos y cuando están descontentos se oponen a que los pelen".⁷ Sin embargo, muchas veces debió dormir fuera de la aldea, en la selva, a la intemperie, porque los indígenas se rehusaron a admitirlo en la comunidad. La escuela no pasó de ser una choza en malas condiciones que pocas veces se abrió para impartir clases formales. Además, los indígenas se negaban a venderle alimentos y, cuando los que llevaba se le terminaban, debía comprarlos en Valladolid o en Santa Cruz de Bravo, a muchos kilómetros de distancia de San José.

⁷ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Oficio de Luis G. Ramírez, director de Educación Federal, dirigido a Rafael Ramírez, jefe del Departamento de Escuelas Rurales, Mérida, Yucatán, 17 de octubre de 1933, f. 1.*

Vecinos de Sacalaca, 1933

Archivo Histórico SEP



Las primeras lecciones duraderas aprendidas por los mayas no provinieron de los maestros de escuela, sino de los chicleros que comenzaron a pulular por la selva en busca de la resina de chicozapote.

La aldea de Pom es otro caso ilustrativo: allí los indígenas decidieron no dejar entrar al maestro de escuela. Juan Ávila no pudo apelar a los recursos que utilizó García en San José ni a los argumentos de Navarrete en Chunon. Sencillamente, no pudo entrar, ni siquiera por temporadas. El sargento de Pom, Epifanio Jiménez, ordenó a su comunidad no dar alimentos al maestro Ávila, además amenazó con quemar el local que Ávila pretendía usar como escuela si el maestro insistía en quedarse en la aldea.⁸ El inspector de la región indígena no esperó a comprobar si el sargento de Pom quemaría el local de la escuela, le pidió a Ávila que se cambiara a otra aldea, la de San Ignacio. Allí encontró menos beligerancia, por lo menos hasta que citó a reunión a los pobladores. Bajo la sombra de una frondosa ceiba, los mayas de San Ignacio expusieron lo mismo que los de Chunon: no más escuelas, porque los maestros se cambiaban constantemente y no se adaptaban a la vida de la comunidad. Pusieron como ejemplo al maestro anterior, un mentor de apellido Alpuche, que se contrariaba porque en su alimentación se le daba atole en lugar de chocolate, "eso no les gustaba a ellos porque apenas tenían para medio comer algo y, para no verse en esas situaciones, que mejor no querían más escuela y a ello obedecía el hecho de que ni desearan ya mandar a sus hijos".⁹ Gracias a que Ávila era acompañado por el profesor José A. Xiu, un maestro muy respetado en la región indíge-



⁸ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Juan I. Flores, inspector escolar de la zona, Pom, Campeche*, 7 de noviembre de 1932, f. 1.

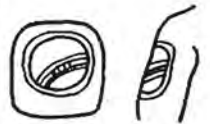
⁹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe de Juan I. Flores, inspector escolar de la zona, San Ignacio, Campeche*, 8 de noviembre de 1932, f. 1.

Cocinando resina de chicle, 1918

Salvador Toscano/Comisión Geográfico-Exploradora



En tanto, por las tardes los mayas atestiguaban cómo bajo la panza de grandes peroles aquel nuevo ejército de trabajadores hacía crepitar un fuego alimentado de ramas y troncos humeantes.



na, el inicial rechazo cedió. Xiu estaba en San Ignacio en calidad de traductor de Ávila y sus sugerencias tuvieron un efecto persuasivo en los indígenas de ese pueblo. El cabo Guadalupe Cab, a cargo de San Ignacio, finalmente accedió, con la condición de que el nuevo maestro no se fuera pronto y que se adaptara a la comunidad.

Datos de los años treinta indican que en la zona central del territorio de Quintana Roo vivían aproximadamente cuatro mil indígenas mayas esparcidos en cincuenta poblados, separados uno de otro en promedio ocho o diez leguas, y sin más caminos que estrechas veredas que sólo los mayas conocían.¹⁰ La comunicación con la región indígena fue prácticamente inexistente; Santa Cruz, el pueblo de mayor importancia, sólo contaba con un correo semanal, por medio de arrias, entre ese lugar y Peto, así como con una estación de radio militar. Santa Cruz fue, según la descripción de 1932 elaborada por el maestro rural Gonzalo Peña, un pueblo con menos de treinta casas y una enorme iglesia en ruinas.¹¹ Delgados, de baja estatura, y muchos de ellos con un color cetrino por la anemia, los indígenas que Peña vio usaban un calzón de manta blanca que apenas llegaba a la rodilla y un sombrero de palma; los domingos y días de fiesta los hombres vestían una camisa calada y bordada en cuyos puños y pecheras se adhería una hilera de botones de hueso. Igualmente, el calzón era más elegante, bajaba hasta el tobillo y se calzaban alpargatas. En los días normales lo común era andar descalzo. Una arracada de oro como de cuatro o cinco centímetros de diámetro en la oreja derecha distinguía a los indígenas de mayor jerarquía y,

¹⁰ "Plan general de trabajo de las escuelas federales del Territorio de Quintana Roo, para desarrollar durante el año escolar de 1936-1937", *Periódico oficial del gobierno del Territorio de Quintana Roo*, núm. 21, 16 de diciembre de 1936, p. 6.

¹¹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe que rinde el profesor Gonzalo Peña Ortega, ayudante de primaria en la escuela de Santa Cruz de Bravo, Yucatán, de conformidad con el cuestionario etnológico que el C. inspector escolar Prof. Juan I. Flores, presentó a los maestros de la Zona Indígena*, 23 de marzo de 1932, f. 1.

El teatro de la escuela de Xiutil, 1933

Archivo Histórico SEP



En todo caso, las primeras lecciones permanentes que los indígenas recibieron de aquellos criollos tenían que ver con la recolección y el cocimiento del chicle, más que con el arte de leer y escribir.



según el maestro Peña, usaban un arete más pequeño en los días de fiesta, pero "de unos años a esta parte, los han estado dejando de usar".¹² Los mayas dormían en hamacas tejidas con hilo de henequén y para cocinar utilizaban cazuelas de barro, vasijas de peltre y comales de hierro o trozos de lámina de zinc. Pequeños molinos de metal movidos a mano comenzaban a sustituir al metate. A los mestizos que comerciaban con los indígenas, además de los molinos de metal, se les demandaba cuchillos, cucharas, machetes, hachas, sembradores de hierro y armas de fuego.¹³ La dieta alimenticia tenía al maíz como base en combinaciones que iban del pozole a la tortilla; se complementaba con frijol, *chaya*, carne de cerdo y de variados animales de monte. Era costumbre que las mujeres se casaran a temprana edad, igual que los hombres. Usualmente el general Francisco May o el teniente Máximo Pech hacían, a petición del interesado, la solicitud de la pareja para el novio. En el festejo de bodas se bebía alcohol con agua o un licor preparado con la corteza de un árbol llamado pitarrilla y fermentado con panela o miel de abeja. Una boda también era propicia para fumar los cigarrillos que previamente se repartían entre los concurrentes y para bailar al ritmo de un violín, una tambora y un cornetín. Según el maestro de escuela de Santa Cruz, "el baile se reduce a puro zapateo".¹⁴ En la muerte, el cadáver se lustraba,¹⁵ y en el nacimiento conducían a la criatura al poblado de Chancáh, cerca de Santa Cruz de Bravo, para que se le bautizara: "esta ceremonia se asemeja al bautizo católico, únicamente degenerado en la mezcla del latín, español y maya que hace el sacerdote al rezar".¹⁶ La familia indígena giraba en torno a la autoridad absoluta del padre; a los hijos se les educaba en el trabajo, en las tareas agrícolas, y a las hijas en las tareas domésticas.¹⁷

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Ibid.*, f. 2.

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ *Idem.*

Una familia de Chunhuás, 1933

Archivo Histórico SEP



Sin maestros rurales que atendieran a niños que sólo hablaban en maya, sin alumnos que voluntariamente quisieran asistir, las escuelas para instrucción pública entre los indígenas no prosperaron.

Internado indígena de Santa Cruz, 1933

Santiago Pacheco Cruz/ Archivo Histórico SEP



La severa evaluación del nuevo inspector general de Educación que llegó con el maderismo dice que los años de 1902 a 1912 fueron, para la educación de Quintana Roo, años perdidos.

Claudio Cortés en 1932, Santiago Pacheco Cruz en 1933 y Florentino Guzmán en 1935, tres inspectores escolares, comprobaron que caminar por las veredas mayas en medio de la selva, de pueblo en pueblo, podía tomar hasta un mes. Los tres inspectores redactaron informes semejantes, llenos de observaciones, peripecias, reflexiones y anécdotas. Cortés visitó comunidad por comunidad, y conmovido escribió: por esos rumbos “aprendí [a] amar y respetar a los maestros”.¹⁸ Con mayor conocimiento de la zona y con la afortunada idea de viajar con una cámara fotográfica, Santiago Pacheco Cruz inspeccionó las mismas aldeas que Cortés; imprimió numerosas fotografías de la región indígena y transcribió añosos cuentos y leyendas que los mayas le relataron.¹⁹ A su vez, Florentino Guzmán, volviendo sobre los pasos de sus antecesores, resumió en sus informes las dificultades que la barrera del idioma ponía entre niños mayas y maestros criollos. Entre abril y mayo de 1935, Guzmán recorrió la región indígena acompañado de Carlos Garfías, empleado de la Secretaría de Agricultura que efectuaba estudios sobre colonización; el médico José Guerrero Villalpando, jefe de la Brigada Sanitaria del Departamento de Salubridad Pública, y Rubén Novelo Gil, inspector educativo, “sin descansar y caminando muchas veces hasta por las noches, empleamos esta expedición del 19 de abril al 15 de mayo, o sean 26 días”.²⁰ Guzmán verificó sobre la marcha lo que los maestros rurales describían en sus informes: exceptuando Santa Cruz, Sacalaca y Petcacab, en la región central de Quintana Roo sólo se habla maya. Los niños eran los únicos que intentaban hablar español y los adultos se resistían,²¹ así que fácilmente comprendió que cualquier programa educativo en la región indígena debería emprenderse después de un intenso trabajo de enseñanza del español.



¹⁸ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe que el director de Educación Federal en el estado de Campeche rinde de su visita al municipio de Quintana Roo*, Campeche, Campeche, 10 de marzo de 1932, f. 2.

¹⁹ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe general de fin de curso*, Campeche, Campeche, 10 de agosto de 1933, 61 folios.

²⁰ AHSEP, Fondo Quintana Roo, *Informe que rinde Florentino Guzmán, director de Educación Federal en el territorio de Quintana Roo*, Payo Obispo, Quintana Roo, 15 de julio de 1935, f. 3.

²¹ *Ibid.*, ff. 5 y 6.

Diario de viajeros, 1932¹

Preparativos

RESOLVÍ HACER EL VIAJE A QUINTANA ROO con el fin de orientar sobre bases firmes mi trabajo y ser un colaborador efectivo de inspectores y maestros. Después de reunir toda la información sobre la región que iba a visitar me trasladé a Mérida, pues el camino más corto para entrar a la región indígena es el de Peto. Adquirí algunas medicinas: quinina, sal de Karlbased, viperol para la mordida de víbora. También compré provisiones de boca: tortillas de harina, queso de bola, mortadela, café en polvo, azúcar, sal. El profesor Fernando Ximello y yo tuvimos la fortuna de conocer en Mérida al joven Pedro Gabriel, vecino de Santa Cruz. Supo que saldríamos para aquella población y se presentó con nosotros para ofrecer sus servicios. Con treinta y tres pesos pagamos el alquiler de las mulas, el guía que necesitábamos y la pastura de los animales.

En Xpichil

El primer lugar que encontramos después de caminar ocho kilómetros fue Progresito, siguió Dzonotchel. Al otro día avanzamos a Sacalaca y a las pocas horas llegamos a Sabán: pasamos unas dos horas tirados en el suelo y

¹ Del amplio informe que escribió Claudio Cortés sobre su visita a la región indígena de Quintana Roo en 1932, nos permitimos transcribir las secciones que nos parecen más significativas. Cortés era inspector federal de Educación en el estado de Campeche en los años en que una parte de Quintana Roo pasó a pertenecer a ese estado. Con ligeros cambios titulamos pasajes y respetamos la redacción en primera persona con objeto de mantener la fidelidad del testimonio. El lector puede encontrar la versión original en el expediente de Cortés que se conserva en el Archivo Histórico de la SEP, sección Quintana Roo, *Informe que el director de Educación Federal en el estado de Campeche rinde de su visita al municipio de Quintana Roo, Campeche, 10 de marzo de 1932, caja 5966*. La novedad de este documento inédito radica en la información de primera mano que el inspector recoge en la región precisamente en el año en que Alfonso Villa Rojas inició su amplio estudio etnográfico, hoy clásico, sobre los mayas de Quintana Roo, titulado *Los elegidos de Dios*.



El inspector Pacheco Cruz, 1933

Archivo Histórico SEP

Santiago Pacheco Cruz, maestro de escuela que trabajaba desde 1914 para el gobierno carrancista en Yucatán como traductor de maya y se convirtió en uno de los que mejor conocieron la región indígena de Quintana Roo.



comimos tarde. Nuevamente salimos muy temprano, con dirección a Santa María, y al atardecer llegamos a Xpichil. En Xpichil se encuentra la primera escuela de la zona indígena. Apenas llegamos y se acercaron a nosotros un grupo de jóvenes indígenas. Balbucearon algunas palabras en castellano y manifestaron ser alumnos de la escuela nocturna. Al poco rato se presentó el sargento y le expusimos el motivo de nuestra visita. Al pasar por una de las casas de la población notamos que un grupo de mujeres estaban arrodilladas delante de una Cruz y decían unos rezos en lengua maya. Me acerqué e inmediatamente todas las mujeres se alejaron, la que dirigía los rezos permaneció impasible y [no] se levantó hasta que concluyó sus plegarias. El profesor Ximello organizó una reunión con los indígenas, y como éstos manifestaron que no tenían lámparas, se hicieron fogatas a la mitad de la plaza. Al pie de unos árboles frondosos y corpulentos se celebró la reunión, Ximello puso nuevos juegos a los indígenas y el profesor Flores tocó la guitarra. Yo seguí con calentura. Al amanecer del día siguiente estaba lloviendo muy fuerte. En estas regiones por lo general llueve todo el año. Como la calentura continuaba compré una cuartita de alcohol con agua que me cos-

Tulum, 1928

Archivo Histórico SEP



El acto revolucionario del general Alvarado fue, sin querer, una revitalización de los viejos antagonismos, así como semilla de futuras escisiones.

Campo agrícola en Santa Cruz, 1933

Archivo Histórico SEP



Para la milicia del gobierno federal, las aldeas de mayas pacíficos eran aliadas valiosas para aislar a los rebeldes.

tó un peso. Me di una fricción, tomé un poco dentro del café caliente que me sirvieron y Ximello me dijo: "tú estás enfermo y necesitas más mi capa que yo". Nos quedaban 45 pesos, con los que debíamos realizar el milagro de llegar a Santa Cruz, en cuatro días, cuatro personas y cinco bestias.

En Xiatil

A las siete de la mañana, bajo un copioso aguacero, salimos con dirección a Xiatil. Qué duro se nos hizo el camino: una vereda estrecha y un piso malo por la gran cantidad de lajas, ¡y de lado! Xiatil tiene una población de 100 habitantes y 28 alumnos en edad escolar. El local construido para la escuela

Escuela de Chunhuás

Santiago Pacheco Cruz / Archivo Histórico SEP



Los mayas pacíficos del sur, como se les conoció, tomaron un camino más sinuoso de resistencia; o, si se prefiere, no tuvieron más remedio que seguir un proceso de aniquilamiento más lento.

Maestros y alumnos del internado indígena de Santa Cruz, 1933

Santiago Pacheco Cruz/ Archivo Histórico SEP



Icaiché fue la única aldea maya en la que De la Vega pudo establecer una escuela a principios de siglo.

es de palmas. Cuando llegamos estaba ocupado por uno de tantos comerciantes que van a vender a los indígenas artículos como jabón, azúcar, pan, sal, cigarros y aguardiente (alcohol rebajado con agua y teñido con pintura vegetal). Los indígenas pagan con maíz, pavos, gallinas o chicle. El sargento de Xiatil es un buen amigo de la escuela, ofreció ayudar decididamente al nuevo mentor. El maestro que llegue aquí tiene que ser abnegado, luchador y valiente, pues a dos leguas se encuentra la rebelde Dzulá que sistemáticamente obstruye la labor de los maestros y de los pueblos comarcanos que admiten la creación de escuelas. Dzulá es una aldea que se mantiene independiente, niega la entrada a cualquier elemento extraño o que no es de su absoluta confianza. Los únicos que son recibidos con agrado son los comerciantes y los de la colonia inglesa de Belice. El camino que conduce de Xiatil a Dzulá es una vereda bastante bien cuidada. Durante el camino el guía nos aconsejaba que nos hiciéramos pasar por colonos de Belice, pero juiciosamente el profesor Juan Flores observó que era una vergüenza despojarnos de nuestra nacionalidad. Ximello y yo fuimos del mismo parecer, así que decididos marchamos en dirección a Dzulá.



La rebelde Dzulá

Apenas nos apeamos de nuestra cabalgaduras y se nos presentaron algunos indígenas haciendo muchas preguntas que nos traducía el maestro Pastor Avilés, a quien llevamos como intérprete. En menos de quince minutos

nos rodearon unos 25 o 30 hombres, preguntaron en su idioma por qué no avisamos de nuestra llegada al pueblo, quién nos otorgó permiso y una serie de preguntas que delataban su desconfianza y descontento. Para tranquilizarlos, Flores tocó unas piezas que hicieron su deleite. Vimos con alegría que muchos rostros torvos se tornaron placenteros. Les pedimos un poco de agua y con toda cortesía nos señalaron el pozo. Les suplicamos nos vendieran unas tortillas y nos dijeron que no tenían. Les rogamos que nos dieran unas de las casas desocupadas para pasar la noche y se negaron. Preguntamos por maíz y ramón para las bestias y nos contestaron que carecían de estos artículos. Al llegar a Dzulá notamos que en la iglesia comenzaron a tocar una campanita. Deseoso de saber lo que allí ocurría, Ximello quiso entrar en ella. Inmediatamente una especie de rugido brotó de todos los indígenas presentes, supimos por el intérprete que no se podía entrar al templo más que descalzo. Como excusa, Ximello dijo que tardaría mucho en quitarse las botas. Temerosos de que nos quedáramos a dormir en la población, empezaron a dar grandes muestras de descontento y nos indicaron el camino de X-hazil, un poblado a dos leguas y media de Dzulá. Dzulá es una población de unos 150 habitantes, sus casas son grandes, de palma, y la mayor parte son de barro. Los moradores son limpios, atrevidos y astutos. Las mujeres poseen grandes collares de cuentas, abalorios y grandes monedas inglesas de plata. Reconocen como jefe a Zuluub, el cual no se deja ver nunca por gente extraña. Este personaje escurridizo es el tipo del verdadero cacique, autoritario y feroz.



Huerto escolar de Isla Mujeres, 1930

Archivo Histórico SEP



La retórica revolucionaria sobre la educación como evangelio
cayó en un campo fértil.

Pesca de leviza en Xcalak, 1930

Archivo Histórico SEP



Sin embargo, en la frontera caribe de México la socialización de la educación no tuvo mayor consecuencia que el arribo de un comisionado de la nueva Secretaría de Educación Pública.

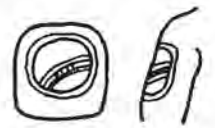
Fiebre en el camino

A X-hazil llegamos antes de anoecer. Al otro día nos dirigimos a Chunyuy, población de 70 habitantes y 16 niños en edad escolar. En esta simpática población sólo encontramos a las mujeres, los hombres habían ido a dar su guardia a Chancáh, uno de los santuarios indígenas de mayor importancia. Seguimos para Xmuluk y después a Chunhuás, donde tuvimos la grata sorpresa de encontrar un maestro muy estimado por los indígenas, seguramente, por su apellido Xiuu, perteneciente a una de las más poderosas dinastías de los mayas. El profesor Xiuu es un hombre agradable en su conversación. Su presencia evocó en mí la llama y el viento; posee de la primera el fuego de su entusiasmo seductor, tiene la intermitencia y el cambio constante del segundo. Bajo la dirección de Xiuu los indígenas construían el local de la nueva escuela. En este lugar me quebró la calentura que me agobiaba desde tres días antes. De todos modos seguimos a Pom, pequeño poblado de 75 habitantes y 23 alumnos en edad escolar. Allí encontramos al profesor Asterio Salazar. Como todas las poblaciones indígenas del territorio, Pom tiene una asistencia de alumnos muy escasa. El sargento del lugar nos dijo que había sacado a la anterior maestra porque los maltrataba de palabra.



Santa Cruz

Para nosotros Santa Cruz de Bravo era tierra de promisión, en ella nos abasteceríamos de provisiones, encontraríamos amigos y dinero (sólo nos quedaban siete pesos). No nos equivocamos: en Santa Cruz nos recibió con todo género de atenciones el presidente municipal, don Eligio Erosa. Fuimos alojados en la casa de Emilio Pacheco, amigo de la infancia, quien con su generosidad acostumbrada nos trató con igual cortesía. En Santa Cruz de Bravo, población de 300 habitantes, el profesor Fernando Ximello reorganizó la escuela, reunió al pueblo e instaló al joven Óscar González, maestro normalista que había traído de Mérida. Con dinero y provisiones salimos a las cinco de la mañana con dirección a Chumbalché. El arriero perdió el maletín donde llevaba los documentos oficiales y en su búsqueda nos retrasamos casi dos horas, hasta que lo encontramos en unos matorrales del camino. Chumbalché es una población de 50 habitantes con 20 niños en edad escolar. Se encuentra a unos 29 kilómetros de Santa Cruz de Bravo. Arribamos después de algunas penalidades. En esta etapa nos faltó un buen guía, el camino era menos transitado y las veredas estaban pésimas. En Chumbalché quedó instalado el maestro Manuel Vázquez Gil. Abandonamos la población para pernoctar en Komchén.



Hombres con arete

Tan pronto llegamos a Komchén, población de 71 habitantes con 22 niños en edad escolar, se reunió el vecindario. Abundan en esta población, más que en ninguna otra, los hombres que llevan en la oreja izquierda un arete. Pudimos observar, tal vez sea una coincidencia, que sólo llevan aretes los jefes o sus hijos. Les expusimos el objeto de nuestra visita y les pedimos ayudaran al maestro en la construcción de los anexos escolares. Tomamos el rumbo de San Ignacio, después para San Antonio y nos perdimos en el camino. Retornamos a un punto donde se bifurcaban por lo menos tres caminos y, aprovechando las indicaciones que nos hicieron en Komchén, descubrimos que el verdadero camino a San Antonio pasaba por el interior de una antigua iglesia del desaparecido pueblo de Yaxché Viejo. San Antonio no es más que un paraje deshabitado donde descansamos momentáneamente, consideramos que aún teníamos luz suficiente para alcanzar el pueblo cercano.

Epidemias

Kopchén es un pueblo de 45 habitantes con 12 niños en edad escolar. En el lugar nos alojamos en la iglesia e invitamos al pueblo para una reunión en la noche, reuniones que eran un éxito rotundo porque el maestro Flores con su mandolina atraía a la gente. Al día siguiente nos encaminamos a

X-hazil II. A tres kilómetros de dicha población encontramos la rancharía de San Pedro, lugar despoblado a causa de una epidemia que había causado la muerte de por lo menos 25 personas en dos meses, según nos había informado el maestro Porfirio Ramírez, quien se nos había presentado en Santa Cruz. El profesor Flores y yo tomamos la conducción de las mulas, habíamos notado que nuestro guía no conocía el camino sino que se guiaba por las trillas de las mulas de arria. Esta misma conducta seguimos nosotros y así fuimos a dar a un pequeño paraje habitado. Preguntamos cuál era el camino a X-hazil y tuvimos la suerte que nos lo indicaran, más tarde supimos que en aquel sitio se vigilaba el camino que conduce al santuario de Chancáh.

De la sepultura a la fiesta

Llegamos a X-hazil II, pueblo de 56 habitantes y 15 alumnos en edad escolar. Encontramos al maestro trabajando en medio de un silencio casi sepulcral. Como llamó mi atención la tierra removida que había en el interior del local de la escuela, pregunté qué era aquello; convenía emparejar aquel pedazo, dije. El maestro me explicó que en su último viaje a Santa Cruz un niño murió en X-hazil y los habitantes lo enterraron en la escuela. A un lado de la escuela había otro niño sepultado; en las calles del pueblo y los patios los indígenas tenían más difuntos. Recomendé al maestro la pronta construcción del cementerio. Nuestra estancia en San Pedro, población de 41 habitantes y 8 niños en edad escolar, produjo en mi ánimo una inquietud y



Alumnos y profesor de Xcalak, 1929

Archivo Histórico SEP



El gobierno enviaba brigadas de salud a algunas aldeas mayas, pero las condiciones de la región y los conflictos con los líderes indígenas impedían el acercamiento a las comunidades.

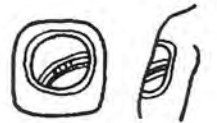
Costura y bordado en Santa Cruz, 1933

Santiago Pacheco Cruz / Archivo Histórico SEP



En las aldeas indígenas del norte de Santa Cruz fue donde los preceptores hicieron acopio de paciencia y gala de tenacidad.

desasosiego plenamente justificados. Tan pronto nos apeamos de nuestras cabalgaduras un grupo de vecinos, entre los que se encontraba el capitán del lugar, nos rodearon invitándonos a pasar la noche y poniendo desde luego a nuestra disposición una casa propiedad del capitán. Lo cordial de la invitación se debió a que los vecinos de Kopchén habían hecho saber a los de San Pedro que el profesor Flores tocaba muy bien y querían escucharlo. Los indígenas planeaban para ese día una fiesta con la que pretendían ahuyentar al espíritu maléfico que tantos daños les causaba y a la vez provocar el regocijo de Dios para que los protegiera. Cuando estábamos rodeados por este grupo de gente, pasó cerca de nosotros una mujer joven, pálida como cera, seca, con las mejillas hundidas, la mirada perdida y los ojos brillantes; caminaba con dificultad y tosía con esa tos de los tísicos. Pusimos atención y entre los circunstantes había tres hombres con la misma huella sombría de similar enfermedad. Comprendimos que esta gente moría víctima de la peste blanca. En la noche estuvimos en la iglesia del lugar, pues los indígenas mandaron llamar al profesor Flores en repetidas ocasiones. Cuando salimos en dirección de la plaza, situada a unos cien metros de nuestro alojamiento, numerosas personas se habían congregado en la iglesia y a la entrada de ella. En la multitud estrechamos la mano de nuestros conocidos, vecinos de Kopchén, y tuvimos el gusto de saludar al capitán de X-hazil II. Nos invitaron a pasar a la iglesia que en todos los pueblos de esta región es una choza de palmas, ancha y chaparra, por lo general la mejor construida del poblado. En el fondo tiene invariablemente una Cruz cristiana y algunos "santos" de madera de diversos tamaños. El "santo patrón", que es el mayor, y otros muchos santuchos pequeñines,



Parque infantil en Santa Cruz, 1933

Archivo Histórico SEP



El beneficio de las concesiones para explotar maderas y resinas en la región era lo suficientemente atractivo para despertar la codicia.

forman el conjunto abigarrado del altar. Pasamos a la iglesia, donde saludamos al capitán Cahuich, que es además uno de los grandes sacerdotes indígenas, quien correspondió a nuestro saludo con la sonrisa ingenua y cortante de los indígenas. Ocupamos nuestro sitio en una de las bancas rústicas a la entrada del templo y los indígenas, de suyo taciturnos e impenetrables, se tornaron comunicativos y alegres. Reían, fumaban y nos hacían multitud de preguntas. El profesor Flores tocó algunas de sus piezas y la alegría sana del hombre feliz, satisfecho de vivir, invadió todos los corazones. De repente se hizo un completo silencio: el capitán Cahuich, el gran sacerdote, se había levantado para colocarse a la entrada de la iglesia. Tenía en la mano derecha un *chuyú*, con una jícara de atole.

La elevada estatura, el cuerpo musculoso, el aspecto gallardo, los ojos negros y brillantes que resaltaban en aquel rostro tostado por el sol y la quietud, hicieron imponente esta ceremonia. Levantó hacia el frente y a la altura de los hombros el brazo con el cual sostenía el *chuyú*, mientras la otra mano permaneció quieta a lo largo del cuerpo. El capitán Cahuich, al mismo tiempo que levantaba el brazo, pronunciaba unas palabras en lengua maya; era una oración dirigida al "Dios", a quien ofrendaba la jícara de atole, para entregarla después a un soldado, quien a su vez la llevaría al Jefe del pueblo como prueba de que aceptaba la invitación. Terminada esta ceremonia, la interrumpida alegría volvió a reinar entre todos los que nos encontrábamos en la iglesia. Como nos llamó la atención la algazara, nos dijeron que allí bailaban muchas veces y jugaban a las cartas. Que en aquella ocasión se proponían contentar a "Dios" que estaba enojado con ellos y era la causa de tantas muertes. Como adquirieron mayor confianza, nos contaron que al día siguiente harían una gran pira frente a la iglesia para alejar al mal viento. Que pensaban cegar el pozo porque el agua era mala. Con precaución les dijimos que el agua del pozo era saludable: nosotros habíamos tomado de esa agua. Con mayor cuidado les dijimos que no existían los malos vientos; lo mejor que podían hacer era curarse el paludismo y aislar a los enfermos de tuberculosis. Ofrecimos enviarles al maestro de Komchén, quien entiende algo de medicina. En cuanto al mal viento, insistimos en que no existía; en todo caso, para evitar que los vientos fueran malos, sugerimos que sus cementerios deberían hacerse en la orilla del poblado, teniendo en cuenta que los vientos dominantes no soplaran en dirección del poblado.

De Petcacab a Bacalar

En la tarde llegamos a Petcacab, población de 65 habitantes con 22 niños en edad escolar. La escuela estaba convertida en casa de huéspedes. Un grupo de soldados al mando de un teniente que conducía haberes a Santa Cruz la ocupaba. Petcacab es una población donde se habla el español por estar habitada por numerosos chicleros procedentes de Veracruz o de algunos estados del interior de la república. El siguiente poblado es Chacchobi, campamento chiclero en donde el único lugar habitable es un estercolero con techo de palmas. Estuvimos barriendo una hora para dar un aspecto decoroso al lugar donde dormiríamos. En este lugar atendimos a un enfermo más de paludismo; con éste eran varios los que tratábamos en el camino y los cuales nos colmaban de bendiciones, pues muchas gentes acudieron a nosotros en busca de medicinas. Proseguimos a Santa Cruz Chico. Este punto era, a nuestro entender, el final de nuestras penalidades, pero en realidad fue el máximo de sufrimientos. En Santa Cruz Chico existen todas las plagas. Los hombres que sin conciencia explotan a otros hombres y se matan por cualquier causa baladí. Falta agua, pues la laguna es salada, y la alimentación es muy escasa. No obstante, los señores Pérez Sandi e Ignacio Flores nos trataron con generosidad. A las diez horas del 22 de febrero la falúa de la aduana de Chetumal vino en nuestra busca, llegando en ella el inspector Medina Avilés. Pasamos a Bacalar, donde llegamos al mediodía; permanecemos hora y media en esta población, que no es ni la sombra de lo que fue. Cuenta actualmente con 85 habitantes y 17 alumnos en edad escolar. La escuela está en lugar bien situado, pero está sucia y fea; la maestra me pareció un tanto descuidada y el trabajo mediano. Sólo había unos nueve niños. Visité el barrio indígena porque tenía informes [de] que en este lugar se habían radicado numerosos vecinos del pueblo rebelde de Dzúlá, que eran los que deseaban que se estableciera la escuela. Chancáh, Tuzik y Señor, al igual que Dzúlá, se niegan a aceptar la escuela porque los comerciantes han propagado la especie de que los maestros son espías del gobierno que sólo van a informarse de los lugares donde viven sus jefes para aniquilarlos. De este lugar nos dirigimos a Payo Obispo.

Dormitorio del internado indígena de Santa Cruz, 1933
Santiago Pacheco Cruz / Archivo Histórico SEP



La Cruz o la escuela resultó un falso dilema, pues hoy en esa región conviven ambas.



Conclusiones

LA VICTORIA DE LOS GENERALES PORFIRISTAS sobre los mayas rebeldes, resumida en la invasión militar de Noh Cah Santa Cruz Balam Nah (1901), fue la derrota indígena que terminó por enmudecer a la Cruz Parlante, el oráculo de los macehuales. Empujados a permanecer en un mundo mudo y después ágrafo, el icono y sus adoradores se dispersaron por la selva en lo que se creía era el término de una insurrección de medio siglo. El levantamiento oficial de la campaña militar contra los mayas insurrectos (1904) supuso el total dominio de la región por la milicia del gobierno del presidente Díaz. A su vez, la creación del territorio de Quintana Roo dio vida al inicial propósito del régimen de controlar permanentemente y repoblar con criollos esa orilla de México.

Familiarizados con las periódicas podas de la vida para abrir paso a nueva vida, como los huracanes que de vez en vez arrasan todo lo que encuentran a su paso en ese trópico indígena, como la siembra misma del maíz con su método de tumbar, rozar y quemar, como las epidemias que desde centurias atrás los diezmaron, así la guerra. La derrota no les era ajena a los indígenas, pero tampoco los mayas vieron en la victoria de las pistolas largas un suceso definitivo. Similares incursiones militares habían padecido con Maximiliano, Santa Anna o Lerdo de Tejada. Todas acababan por abandonar la región, ¿por qué la milicia de Porfirio Díaz no haría lo mismo? Después de todo, los macehuales podían mover sus pueblos de un lado a otro en un santiamén. Las batallas previas, las épocas en que no había maíz y la ubicua presencia del paludismo los tenían acostumbrados a crear nuevos pueblos y a abandonar otros. La cerrada selva de la frontera caribe de México era lo suficientemente extensa para escapar de la educación criolla, del trabajo forzado y de las imposiciones fiscales que habían estado en el origen de la Guerra de Castas. En cualquier esquina del verdor



deslumbrante, los adoradores de la Cruz podían construir su reino. Pero esta vez el presidente Díaz ya había erigido las bases para que los tropicales elegidos de Dios fueran perseguidos hasta lo más recóndito por nuevos evangelizadores: los maestros de escuela, con un credo incontrovertible (“hacerlos entrar al camino de la civilización”) y un dilema que con los años resultó falso (la Cruz Parlante o los libros de escuela).

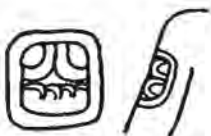
El ferrocarril militar que comunicaba a Santa Cruz con el pequeño puerto de Vigía Chico, el servicio de agua potable, un reloj público y el trazo del parque en Santa Cruz, las casas comerciales que en la capital se abrieron, la apertura de brechas y el tendido de cables telegráficos entre las nacientes poblaciones de Quintana Roo, materializaban el principio expresado por Bravo: “pacificar significa construir”. La tropa federal estacionada en el cuartel y santuario de los macehuales era el augurio de la educación criolla sobre los pueblos mayas. Era el inicio de la siguiente etapa, el “instruir”, la tercera parte del axioma expresado por Bravo respecto a la guerra.

Ciertamente, desde el inicio de la Guerra de Castas (1847), los macehuales jamás habían permitido al estado de Yucatán ejercer jurisdicción más al sur del camino abierto por las tropas federales entre Peto y Santa Cruz, ni más al oriente del camino entre Ixmul, Chemax y Xcan. Pero durante la incursión de Ignacio Bravo y su posterior control, la capital del nuevo territorio federal mexicano se había erigido en lo que fue el santuario de los mayas rebeldes. En el informe de 1904 sobre Quintana Roo, Bravo reconoce que el territorio a su mando no es una entidad floreciente, pero asegura que la pacificación es completa y, por lo tanto, en lo sucesivo “serán prósperos y fructíferos todos los esfuerzos que se emprendan en el bien de la civilización”. Hasta mayo de 1904 la campaña contra los macehuales y la ocupación militar del territorio se mantenían. Pero al mes siguiente, al menos en el papel, se levantó la campaña militar y la vigencia de la vida constitucional tomó curso en Quintana Roo. Se efectuaron elecciones para la renovación de poderes públicos y parte de las tropas regresaron a la ciudad de México.

El servicio de agua potable y el ferrocarril fueron en 1905 la obra criolla en tierras indígenas. Ejemplo de progreso en la propaganda oficial, ambas mejoras merecieron ser mencionadas en los informes presidenciales de Porfirio Díaz. Plataforma de la colonización a mitad de la selva, inicio de una estrategia de largo plazo que socavaría lo que los criollos llamaban barbarie. Era la antesala del ingreso de los maestros rurales a la región maya.

Como a los tuxpeños, a los mayas se les miró cargar a la cintura el “chivo”, esa gruesa bolsa de lona usada para guardar el chicle crudo. La venta de este producto equivalió a la sobrevivencia indígena después del término oficial de la Guerra de Castas (1904). Imperceptible, como el rumor de la misma resina en su forzado descenso por los árboles, el chicle terminó por convertirse en motor de la economía de la región y por obtener victorias más duraderas que las tropas porfiristas en la pacificación de los mayas.

El arribo de los chicleros se originó en las concesiones para la explotación de maderas y resinas en el nuevo territorio federal. Emprendedores



empresarios, cercanos al régimen de Porfirio Díaz, iniciaron la tala y la recolección de la goma apenas decretada la creación del territorio, levantada la campaña de pacificación y refrendadas sus viejas concesiones, algunas de las cuales databan del siglo XIX. La explotación de madera y resina comenzó en el sur y el norte del territorio, en las zonas alejadas de los mayas de Santa Cruz. Por eso los primeros indígenas en incorporarse a esta forma de vida fueron los mayas de Icaiché y los de Kantunilkín, pueblos en los extremos de Santa Cruz. Sin embargo, los mejores árboles de chicozapote pronto quedaron en la región central, donde los macehuales merodeaban y a donde poco a poco los capataces con sus cuadrillas de chicleros entraron con mayor éxito que las milicias porfiristas y los maestros de escuela. En todo caso, las primeras lecciones permanentes que los indígenas recibieron de aquellos criollos tenían que ver con la recolección y el cocimiento del chicle, más que con el arte de leer y escribir.

Los mayas de Chan Santa Cruz, los de Icaiché y Chichanhá en la frontera de México con Belice, los de San Antonio Muxil en la proximidad de Tulum y los de Kantunilkín frente a la isla de Holbox, fueron algo más que empobrecidas aldeas emplazadas en puntos geográficamente opuestos de una misma frontera deshabitada de México. Fueron también percepciones distintas de la militarización y del repoblamiento del territorio de Quintana Roo. Encarnación de añejas y a veces sutiles rivalidades, los pueblos indígenas de la frontera caribe de México fueron en todo caso bastión de resistencia maya en la faja oriental de Yucatán.

Para los indígenas rebeldes y para las tropas del gobierno, las aldeas de mayas pacíficos eran motivo de disputa. Para los macehuales, las aldeas de pacíficos (como Icaiché y Kantunilkín) y las comunidades que poseían su propia Cruz Parlante (San Antonio Chemuyil o Tancáh de Redentor, que estaban bajo la influencia de la Cruz de Tulum) y quienes por su cuenta querían negociar con la autoridad mexicana (como Chemuyil), representaban la vulnerabilidad de los mayas de Chan Santa Cruz en la guerra y eran la pérdida de eventuales refugios durante los asedios de las tropas mexicanas. Para la milicia del gobierno federal, las aldeas de mayas pacíficos eran aliadas valiosas para aislar a los rebeldes. Finalmente, Icaiché y Chichanhá estaban en la ruta de la pólvora y los víveres provenientes de la colonia inglesa (Belice). Chemuyil era una salida al mar Caribe y Kantunilkín lo más próximo, después de la destrucción de Tihosuco, a la frontera de los pueblos criollos de la península.

No es extraño que las aldeas de pacíficos fueran los primeros poblados indígenas en tener y admitir a los maestros de escuela. En Icaiché y Kantunilkín hubo escuela desde 1903. Pero el renacimiento de viejos antagonismos a causa de las concesiones de chicle, así como el recibimiento de Santa Cruz en 1915, mantuvo alejados a los preceptores de las aldeas mayas por varios años más.

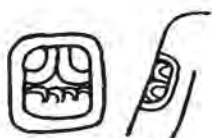
De los siete mil habitantes del territorio de Quintana Roo registrados por el censo de 1921, sólo 8.67% iban a la escuela. Así que la retórica revolucionaria sobre la educación como evangelio cayó en un campo fértil, lo mis-



mo que la creación de la secretaría del ramo en 1921. Sin embargo, en la frontera caribe de México la multiplicación de los locales para instrucción pública tomó más tiempo, se inició con el arribo de un comisionado de la nueva Secretaría de Educación Pública. El establecimiento de escuelas y la permanencia de preceptores en las aldeas mayas fue posible por las negociaciones entre los sucesivos gobernadores del territorio y los jefes mayas. Primero las autoridades mexicanas convencieron a Francisco May de abrir más escuelas. Después, durante varios años, trataron de convencer a Evaristo Zuluub y Florentino Cituk. A las autoridades educativas les costó un mayor esfuerzo establecer escuelas en las aldeas mayas escindidas de Santa Cruz y fuera del dominio de May. Dirigidas por Evaristo Zuluub y Concepción Cituk, las aldeas del norte rivalizaron con Santa Cruz. Los maestros rurales pudieron entrar a esas aldeas apenas en los últimos años de la década de 1930, en el ocaso del cardenismo. El caudillaje de Francisco May y la primacía del santuario de Santa Cruz se pusieron en entredicho en 1929, cuando Evaristo Zuluub y Concepción Cituk se separaron de May. Zuluub se estableció en la aldea de Dzulá, desde donde enfrentó a los militares que quisieron aprehenderlo y a los maestros rurales que quisieron abrir escuela en su comunidad. De la misma manera procedió Cituk en Xmabén. Finalmente, la insistencia gubernamental doblegó la voluntad de las aldeas más tradicionalistas; pero era ya la agonía de los treinta, los años en que finalizaba el periodo del presidente Lázaro Cárdenas, una época dorada para los ejidos y las escuelas. Hasta entonces, las últimas aldeas insumisas de Quintana Roo tuvieron escuela, bajo la misma divisa que pocas veces varió desde el porfiriato: maestros criollos para niños mayas.

Si las brigadas que Felipe Carrillo Puerto envió en 1922 a Payo Obispo para impulsar la educación racionalista fracasaron, no se podría decir lo mismo de las que envió a Santa Cruz para fomentar las cooperativas. Los encendidos discursos de los socialistas yucatecos debieron de llamar la atención del jefe May. Por su propio testimonio, sabemos que el general de Santa Cruz, constituyó en 1922 la Cooperativa Maya para la explotación de resinas y maderas. La cooperativa de May vendía el chicle a Pardío Cámara, el gerente de la Negociación Chiclera Mexicana con oficinas en Cozumel. Después del cierre de esa empresa por una supuesta asociación con el levantamiento delahuertista, May Pech no tuvo más remedio que venderle al concesionario Ramoneda, su contrincante en la concesión del ferrocarril militar y de las tierras que tradicionalmente trabajaban los mayas de Santa Cruz.

El nombre de la Cooperativa Maya, encabezada por el jefe indígena de Santa Cruz, figuró de tiempo en tiempo, durante los litigios o en los reclamos y las solicitudes de tierras que Francisco May mandó al gobierno federal. Se puede decir que la fantasmal cooperativa sintetizó una tenue e incolora influencia de la Revolución Mexicana y un refugio para la sobrevivencia y aprendizaje de los indígenas en los modos de vida del México posrevolucionario.



En la región maya, cada nuevo maestro de escuela tenía que comenzar desde el principio, lograr la confianza de los indígenas y conseguir que los mayas enviaran a sus vástagos al colegio; cada cambio de gobernador en el territorio alteraba la regular marcha de los acuerdos educativos entre los jefes indígenas y las autoridades federales, y cada deserción de profesores perjudicaba la vida escolar en las aldeas. Sin embargo, a fuerza de insistir, las escuelas se arraigaron sin desplazar a la Cruz Parlante. Tan accidentada como los acuerdos entre jefes indígenas y gobernadores criollos, la vida escolar en la región maya de Quintana Roo terminó por dispersarse a partir de la vieja Noh Cah Santa Cruz Balam Nah, y se extendió a las comunidades mayas más alejadas, buscando siempre sustituir la fe en la Cruz Parlante por la fe en la educación. La Cruz o la escuela resultó un falso dilema, pues hoy en la frontera caribe de México conviven ambas.





Epílogo 2001

L

OS MAYAS INSUMISOS DE LA FRONTERA CARIBE de México eligieron un largo itinerario de resistencia. Víctimas de sus propias profecías y del empeño del Estado mexicano para recuperar una frontera rebelde, los mayas de Quintana Roo habitan hoy una selva venida a menos. Las compañías madereras talaron sin misericordia los robustos árboles de la selva que fue refugio de los adoradores de la Cruz Parlante; con mano de obra indígena, extrajeron toda la madera que pudieron, hasta que en 1970 el gobierno federal comenzó sus tibios esfuerzos por vedar la explotación forestal. Para entonces, huracanes e incendios naturales multiplicaron los daños en el área. Aquellos enormes árboles que se ven sobre los campamentos que Pedro Guerra Jordán fotografió en 1901, cuando acompañó a la caravana militar que viajó a Chan Santa Cruz, han desaparecido junto con los más combativos líderes mayas. En la costa, ciudades como Cancún, Playa del Carmen o Tulum, erigidas en medio de la nada, hicieron del sol, la arena y el mar su principal elemento para convertirse en emporios turísticos durante los últimos veinte años. Poco queda de aquellas aldeas costeras de los tiempos de la campaña de pacificación indígena emprendida por Porfirio Díaz, acaso el recuerdo de una fe perdida en la Cruz que hablaba y el eco de oscuras profecías que aún circulan de boca en boca entre los mayas contemporáneos.



El icono de la fe indígena, la Cruz Parlante, no sólo fue empujado a un mundo mudo y ágrafo por las huestes de Porfirio Díaz, como narramos en el capítulo primero. A partir de 1950, el silencioso pero constante trabajo de misiones religiosas logró que un creciente grupo de aldeas indígenas trasladaran su fe a las nuevas iglesias que hicieron su incursión en la región maya de Quintana Roo. Iglesias evangélicas, presbiterianas, adventistas, pentecosteses y bautistas se han establecido en las aldeas durante las últimas décadas. Se puede decir que la victoria del general Bravo, en 1901, sobre los

indios macehuales, no fue el desprestigio mayor de la Cruz Parlante; un siglo después, los nuevos cultos han reemplazado a la Cruz que aglutinó a los indígenas en su guerra.

La vía del ferrocarril entre Santa Cruz y Vigía Chico, que terminó de tenderse en 1905, fue orgullo del porfiriato y objeto del odio indígena, según documentamos en el capítulo dos. La máquina de ese ferrocarril militar y las plataformas que los mayas muchas veces atacaron, ahora son piezas descuidadas de un más descuidado museo al aire libre en Felipe Carrillo Puerto, antes Santa Cruz, y mucho antes, Chan Santa Cruz. Las vías sobre las que corrió el tren quedaron enterradas en la vegetación joven y poco elevada de la deforestada selva. La misma suerte corrió el pequeño puerto de Vigía Chico: abandonado desde hace décadas, hoy día es visitado más por turistas europeos en busca de lo exótico que por nacionales con arrestos de exploradores. El tren fue sustituido por carreteras. Caminos y transportes ejercieron profundos efectos sobre la vida de los indígenas de Quintana Roo (Villa Rojas, 1978, pp. 536-538). Terminada al final de la década de los años cincuenta, la primera carretera asfaltada que se construyó en la región maya fue la que comunicó a Felipe Carrillo Puerto con Peto (población del estado de Yucatán), una amplia avenida de 164 kilómetros, para que pasara "el fuego que corre", los vehículos de motor. En los años sesenta se construyó una segunda carretera asfaltada que hizo posible el tránsito de vehículos entre Carrillo Puerto y Valladolid (población del estado de Yucatán). Apenas hace tres décadas se concluyó otra carretera asfaltada que comunica a Carrillo Puerto con Chetumal, la capital de Quintana Roo. Esta vez, los mayas no atacaron a los trabajadores que abrieron las carreteras, como antaño lo habían hecho con quienes tendieron las vías del ferrocarril; tampoco cortaron las líneas telegráficas ni emboscaron los campamentos donde se depositaban los víveres. Después de una débil oposición, los mayas decidieron que era mejor ganar el alto jornal que el gobierno federal pagaba por abrir las brechas. Pasaron a formar parte del ejército de trabajadores que construyeron una amplia red de caminos vecinales y carreteras asfaltadas en la entidad.

Más que de los maestros rurales, como se argumenta en el capítulo tres, los indígenas recibieron sus primeras lecciones duraderas de los trabajadores que llegaron a la selva durante el primer auge de la explotación del chicle (1917-1929); de ellos, destinatarios de su encono, aprendieron el negocio de la resina, lección útil para la circunstancia de miseria en que los había dejado la prolongada guerra. Y, sin duda, lección más sencilla de asimilar que leer, escribir o sumar en un idioma que no era el suyo, como reclamaban los maestros de escuela. Fascinación y rechazo parecido se repitió posteriormente durante las décadas en que se construyeron las carreteras y los caminos vecinales (1950-1970). Los mayas volvieron a convivir prolongadamente con cientos de trabajadores venidos de muchas partes de México; la conducta y los modos en el vestir cambiaron rápidamente entre los hombres indígenas (las mujeres se quedaban en casa). Más aún, el uso del español, que durante décadas y con tanto empeño los maestros rurales intentaron introducir en las distintas aldeas, tuvo en estos años un uso ex-





tendido entre los indígenas. No fue sólo a causa del repetido trato con otros trabajadores mexicanos: los caminos y los autobuses los llevaron a los naciéntes centros urbanos de la frontera caribe de México, donde su fuerza de trabajo para las obras en construcción fue fundamental; su llegada a las ciudades hizo frecuente el uso del español entre los indígenas. Las prolongadas estancias fuera de sus aldeas terminaron por vencer el rechazo al mundo exterior. Es probable que ahora, en el auge de lugares como Cancún, Cozumel, Isla Mujeres o Playa del Carmen, los mayas estén recibiendo un nuevo aprendizaje que los colocará en el otro extremo: en el olvido de su lengua y de sus aldeas a la vera de las carreteras.

Al mapa de alianzas y disidencias esbozado en el capítulo cuarto deben agregársele nuevos trazos. Las distintas casas comercializadoras de chicle, que en una época constituyeron un factor de división entre los indígenas, fueron reemplazadas por las compañías madereras. Pero en las últimas décadas, las escuelas, el reparto ejidal y las misiones evangélicas continuaron fragmentando, acaso sin proponérselo, la frágil cohesión de la región maya. Algunos indígenas, frente a la obligación de enviar a sus hijos a la escuela del pueblo en el que habitaban, decidieron fundar nuevas aldeas selva adentro, donde la disposición del gobierno de Lázaro Cárdenas no los alcanzara. El reparto ejidal en aldeas acostumbradas a la propiedad comunal cobró su cuota de escisiones. Aunque sin conflictos graves como en otras comunidades indígenas de México, las nuevas iglesias emplazadas en la región maya también dividieron y propiciaron la fundación de nuevos poblados. La rivalidad por el santuario de la Cruz Parlante de otros tiempos, se transformó en rivalidad por el púlpito y por el "evangelio verdadero". Los pocos pueblos macehuales que quedan, sostienen sus tradiciones y ceremonias por la terquedad de una vieja generación que se las arregla para no fenecer; sin embargo, la desintegración de los adoradores de la Cruz y su integración a la economía regional es más bien presente que admonición del futuro.

Un sostenido esfuerzo por llevar escuelas a los mayas de Quintana Roo se desplegó en los gobiernos inmediatos a la Revolución. Como queda anotado en el capítulo quinto, la misiva del joven sonorenses, Librado Abitia, gobernador del territorio de Quintana Roo en 1921, resume el propósito de los revolucionarios respecto a los mayas: "hacerlos entrar en el camino de la civilización". Un propósito semejante no podría tener otro principio que el de maestros criollos para niños mayas, premisa que pocas veces varió en las políticas de instrucción pública para la región indígena. Vista en perspectiva, la época dorada para las escuelas en las aldeas mayas no fue la década que siguió a la Revolución, sino que vino con el cardenismo (1936-1940), cuando los maestros y las escuelas se multiplicaron, cuando el capitán Cituk y el teniente Zuluub, jefes de las aldeas indígenas más rebeldes, cedieron al ingreso de la escuela. Cituk consintió la entrada de los maestros y la construcción de la escuela en su pueblo a cambio de una dotación ejidal para su comunidad; Zuluub permitió lo mismo a cambio de un tácito olvido sobre su último combate con la milicia mexicana, efectuado en 1933, en que varios soldados perecieron. Cuando Alfonso Villa Rojas regresó a

Quintana Roo, varias décadas después del cardenismo, no pudo sino llenarse de sorpresa: los hijos o nietos de aquellos jefes indígenas que solían quemar escuelas eran, en 1977, maestros de escuela o predicadores evangelistas. No sin carencias, la región maya de Quintana Roo es actualmente atendida por un ejército de profesores normalistas que atienden nuevos problemas y que con una actitud de mayor respeto para la otredad discuten las conveniencias de la educación multicultural y plurilingüe. Aunque la pobreza de las comunidades mayas sigue siendo el problema crónico de la región, la cobertura escolar y los índices de alfabetización son radicalmente superiores a los de la época en que se concentró nuestro ensayo (1901-1932).

De la saga del general Francisco May Pech, el más importante jefe indígena de Santa Cruz y de quien escribimos en el capítulo sexto, quedan sólo versiones fragmentarias y contradictorias. Una leyenda rosa lo describe como el último general indígena, defensor de los mayas y víctima del proceso de apertura de esas comunidades al mundo exterior. Una leyenda negra lo acusa de haber traicionado a su pueblo, de enriquecerse con la extracción del chicle, el monopolio del comercio de víveres y la explotación de los trabajadores de su propia tribu. Circula también una leyenda roja que no duda en usar el duro término de asesino, colérico y vengativo, que mandaba azotar sin piedad, en la plaza pública de Santa Cruz, a quienes osaban desafiarlo. Últimamente, de vez en vez, su nombre se pronuncia en los discursos de las épocas electorales; en arrebatos oratorios, en medio de la selva calcinada, futuros funcionarios suelen invocarlo.

La vida doméstica de los maestros rurales en las aldeas mayas que describimos en los capítulos siete y ocho, naturalmente ha cambiado. La convivencia entre mentores y escolares ha tomado la distancia de la convivencia urbana. Los profesores ya no llevan quinina para combatir el paludismo ni viperol para contrarrestar el veneno de las serpientes; brigadas de salud y pequeños hospitales comunitarios se encargan de los nuevos padecimientos. Los modernos educadores tampoco usan pistola al cinto, como el inspector Santiago Pacheco Cruz, ni machete para abrirse paso entre la vegetación que ocultaba a las aldeas; las comunidades suelen vivir en paz y hay caminos de terracería para llegar a casi todos los pueblos mayas de la región. Tampoco es necesario que los educadores entren furtivamente a las aldeas, duermen en la selva y posean un amplio catálogo de trucos para atraer a los niños mayas y enseñarles algunas palabras en español: varios de los modernos maestros nacieron en la región indígena y son vistos con familiaridad; la modesta casa ejidal o la delegación municipal muchas veces son las habitaciones temporales de los mentores, y los niños suelen jugar en lengua maya y aprender sus lecciones escolares en español. Sin aspavientos, transitan con tersura de un idioma a otro, de un mundo a otro; van y regresan. Mirándolos jugar en una nueva escuela de Felipe Carrillo Puerto, los niños mayas dan la impresión de montarse por igual en la corriente de la modernidad (que en Quintana Roo cabalga sobre el auge sin precedentes de la industria turística) que en el invisible *fluir* de las añosas tradiciones de los indios macehuales.



Los inspectores de escuela ya no hacen viajes como el que realizó Claudio Cortés en 1932 y el cual recogemos en el último capítulo del libro. Las inspecciones escolares se multiplicaron y actualmente modestos carros compactos sustituyen el lomo de las mulas de antaño. Las visitas de inspección en las escuelas de la región maya son frecuentes, rutinarias en la mayoría de los casos y alejadas del peligro de las fieras, serpientes, pantanos o paludismo. Ya tampoco los inspectores escriben diarios de viaje, ese linaje desapareció. Quienes ahora escriben diarios de su paso por la región maya son una legión de rubios jóvenes europeos que evitan las carreteras y los caminos vecinales. Con desparpajo se internan en lo que queda de selva, adoran a los pájaros lo mismo que el mangle, respetan a las serpientes y en la costa protegen a las tortugas y al manatí. Deliberadamente buscan la selva y las comunidades mayas, anotan sobre montículos y veredas, bucean en cenotes, recorren yermos trechos de tierra blanca bajo el inclemente sol; después, infatigables, regresan al año siguiente. Sus diarios de viaje no se encuentran en los archivos como en el que encontramos el diario de Claudio Cortés. La nueva legión de expedicionarios coloca sus diarios de viaje en la internet; ahí, otros potenciales arqueocoturistas con destino a la región maya de Quintana Roo, los encontrarán junto con útiles consejos sobre hospedaje, comida y transporte en la zona.

Durante las batallas más crudas entre los indios macehuales y las tropas de Porfirio Díaz, un indígena llamado Florentino Cituk elevó sus plegarias durante muchas horas en la iglesia de Chumpón. Frente al icono de los mayas rebeldes, Cituk no dejó de orar. La historia recogida por Paul Sullivan dice que la actitud de aquel santo y humilde indígena fue compensada con el conocimiento de la "escritura nocturna", con la profecía. Así, en aquella época de guerra contra la milicia de Porfirio Díaz, Florentino Cituk tuvo una visión:

Hoy caminamos de piedra en piedra por caminos ocultos./ Pero habrá, dice Él, el Dios Verdadero./ habrá apertura de todos los caminos./ Comeremos juntos con el extranjero./ Comeremos juntos con nuestro enemigo./ Conversaremos con él./ Vendrá el tiempo/ en que caminos blancos se cruzarán en Noh Cah Santa Cruz./ allí se cruzarán los caminos blancos./ Pasará el fuego que corre [vehículos de motor]./ Pasará el fuego-pájaro [aviones]./ Pasarán corriendo las lianas-entrelazadas [bicicletas]. [Sullivan, 1991, pp. 30, 184, 240-241].

Vecinos de una selva disminuida por la extracción de maderas y resinas, por los cíclicos huracanes y por los incendios. Sostenidos en una fe que se ha trasladado a nuevos cultos. Con una agricultura de supervivencia y un historial de reiterados fracasos en los intentos por comercializar sus productos. Absorbidos por el turismo, la mayor actividad económica de la región, que les asigna un lugar menor, en la construcción y en los servicios. Y próximos a cumplir el primer siglo como convidados forzosos de una entidad que nació, precisamente, como estrategia de pacificación indígena, los mayas de Quintana Roo, lejos del furor de sus antepasados, inician una nueva lección criolla en la era de la globalización.





Mayas notables, 1901-1932

Fermín Cab. Jefe de la aldea de San Antonio Muyil, patrocinó reuniones entre los miembros de su aldea con el general Eguía Lis, gobernador del territorio de Quintana Roo en 1912, cuando aún esa región no estaba totalmente pacificada.

Paulino Caamal. Jefe de la aldea de Tulum durante los años de 1920. En alianza con Juan Bautista Vega, de Chumpón, rivalizó en el negocio de la resina de chicle con el jefe May de Santa Cruz hasta que llegó la debacle de los precios del chicle en 1930.

Concepción Cituk. Jefe de la aldea de Xmabén. Se estableció en ese lugar luego de separarse de los mayas de Santa Cruz en 1929. Se mantuvo en rebeldía hasta los inicios del cardenismo.

Florentino Cituk. Sacerdote de Chumpón en la difícil época de las batallas contra las tropas de Díaz. Se le atribuyen varias profecías recogidas por la historia oral de los mayas de Quintana Roo. Al parecer murió durante la epidemia de viruela de 1915.

Loreto Chan. Procedente de Corozal, Honduras Británica (Belice), fue uno de los primeros maestros indígenas de escuela que los mayas de Santa Cruz tuvieron después de 1915, cuando regresaron a vivir a Chan Santa Cruz, una vez que el general Salvador Alvarado entregó el santuario a los mayas.

Victoriano Ek. Jefe indígena a cargo de Bacalar hasta que fue tomada por el general porfirista José María de la Vega en 1901.

Juan de la Cruz Ke. Jefe de la aldea de Icaiché en la década de 1920. Probablemente él haya organizado el éxodo de los mayas de Icaiché a Botes en 1933.

Francisco May Pech. Jefe de la aldea de Santa Cruz al regreso de los indígenas a ese lugar (1915). Considerado el último jefe de las tribus mayas de Quintana Roo, May murió en 1969. Dirigió muchos de los ataques contra el tren que comunicaba a Santa Cruz con Vigía Chico durante la época en que el general Bravo vivía en Santa Cruz. May conservó su poder hasta finales de la década de 1920.

- Pablo Pat.** Jefe de San Antonio Muyil, sustituyó a Fermín Cab en el mando de Muyil y continuó con las reuniones de pacificación entre miembros de esa aldea con el general Eguía Lis entre 1912 y 1914.
- Máximo Pech.** Subordinado de Francisco May a quien asistía en ceremonias religiosas y civiles. Tenía el grado de teniente y probablemente era el sucesor natural de May en Santa Cruz. Permaneció con May hasta la década de 1920.
- Jefe Pol.** Combatiente indígena que durante las últimas escaramuzas contra el general Bravo había logrado reunir a los indígenas dispersos. No se sabe su nombre de pila; murió después de una larga agonía a causa de una herida de bala recibida en batalla en 1901.
- Gabriel Tamay.** Jefe de la aldea de Icaiché durante la época de la campaña de pacificación maya emprendida por Porfirio Díaz. En 1903 aceptó que el general José María de la Vega estableciera una escuela en su aldea.
- Juan Bautista Vega.** Jefe de la aldea de Chumpón. Nacido en Cozumel y secuestrado desde niño por los mayas, Vega creció en tierra continental entre los indígenas. Fue secretario de Florentino Cituk y de él heredó el mando de la aldea. Mantuvo a Chumpón independiente del influjo de los mayas de Santa Cruz y durante décadas fue opositor, comercial y político, del general May.
- Evaristo Zuluub.** Jefe de la aldea de Dzulá. Se mantuvo en rebeldía hasta los años de 1930. Apenas en los inicios del cardenismo permitió el ingreso de maestros de escuela y otros representantes gubernamentales en su comunidad. Ganó una última escaramuza en 1933 contra soldados federales que buscaban atraparlo.



Toponimia y otras voces indígenas¹

Balam Nah. Casa de Dios. Iglesia para el culto de la Cruz Parlante en Chan Santa Cruz.

Cenote. Abismo de agua (*ts'onot*), depósito de agua subterráneo.

Chacchoben. Sitio de tierra roja. Ranchería en el área de Chetumal.

Chacchobi. Lugar de tierra limpia. Campamento chiclero que estuvo en las inmediaciones de la laguna de Bacalar.

Chachalal. Donde el mar se hace pequeño; de la voz *chanchanhal*, es decir, caleta. Paraje en la costa cercano a Tulum.

Chan Santa Cruz. Pequeña Cruz Santa. Su nombre completo era Noh Cah Santa Cruz Balam Nah, que literalmente quiere decir "gran ciudad de la casa del jaguar de la Santa Cruz". Antiguo santuario de los mayas rebeldes que el 30 de julio de 1847 se levantaron en armas. Según el historiador Eligio Ancona, Chan Santa Cruz se funda en 1850 con aproximadamente dos mil indígenas. Cuando el santuario fue tomado en 1901 por las tropas de Bravo, el lugar recibió el nombre de Santa Cruz de Bravo. En 1932 recibió su actual nombre, Felipe Carrillo Puerto, cabecera del municipio del mismo nombre.

Chancáh. Pequeño pueblo. Aldea fundada por mayas escindidos de Santa Cruz a principios de los años treinta. Se conoció como Chancáh Derrepente (pequeño pueblo surgido repentinamente). Una década después, una nueva separación en esa aldea hace que un grupo se traslade a Chancáh Veracruz, lugar que actualmente es uno de los cuatro centros ceremoniales más importantes de los mayas de la frontera caribe de México.

Chanchén. Pequeño pozo. Localidad en el área del municipio de Felipe Carrillo Puerto, mejor conocida como Chanchén Comandante.

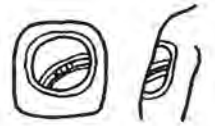
Chaya. Nombre españolizado derivado del maya Chaay, un arbusto nativo de

¹ Fuentes utilizadas para este glosario: *Calepino de Motul. Diccionario Maya Español* (Ramón Arzápalo Marín, UNAM, 1995, 3 vols.); *Diccionario Maya* (Alfredo Barrera Vázquez, Porrúa, 1991); *Enciclopedia de Quintana Roo* (Juan Ángel Xacur Maiza, Chetumal, Quintana Roo, 1999, 10 vols.); *Yucatán en el tiempo. Enciclopedia alfabética* (Raúl E. Casares, Mérida, Yucatán, Inversiones Cares, S. A., 1998, 6 vols.)

Yucatán cuyas hojas tienen un sabor agradable. Es consumido por la población local. Para los españoles que llegaron a la región, la chaya fue el sustituto de la acelga y de la espinaca.

- Chankik.** Lugar de una choza en donde hubo un gran pleito de familia. Paraje.
- Chendzul.** Donde los hombres blancos espían. Paraje.
- Chemax.** Árbol de los monos. Municipio del oriente de Yucatán, en los linderos de Quintana Roo. Antes de la conquista perteneció al cacicazgo de los Cupules. Durante las luchas iniciales de la Guerra de Castas (1847) el lugar fue atacado por los indígenas. De ese lugar, abandonado por sus pobladores en la guerra, vinieron numerosos grupos de colonos que se establecieron en la isla de Cozumel, donde fundaron San Miguel de Cozumel (1848).
- Chemuyil.** Lugar de navegación. Punto costero próximo a la aldea de San Antonio Muyil.
- Chichanhá.** Pequeño mar o laguna. Población indígena que existió por el rumbo de la laguna de Bacalar. Fundada en 1636 por los mayas que abandonaron una comunidad llamada Sacluum, Chichanhá fue sitio de un convento. En 1820 el convento de Santa Clara de Chichanhá estaba registrado como el vigesimoquinto claustro de la orden de San Francisco de Asís.
- Chumpón.** Tronco del copal. Pueblo indígena que existe desde la Guerra de Castas. En 1896 un grupo de taladores negros y chinos se quedaron en el lugar y contrajeron matrimonio con mujeres mayas. Uno de sus jefes fue Florentino Cituk, al que le sucedió Juan Bautista Vega. Por muchos años contrarrestaron el poder religioso y político de Santa Cruz a cargo de Francisco May. Chumpón es uno de los cuatro centros ceremoniales más importantes de los mayas de la frontera caribe de México.
- Chun Kulché.** Tronco del *kulché*, un árbol. Paraje en el ejido de Xmabén (mamá Benita).
- Chun On.** Tronco del aguacate. Localidad en el municipio de Felipe Carrillo Puerto.
- Chun Ox.** Tronco del *ox*, un árbol. Aldea indígena que existió en la región maya de Quintana Roo.
- Chunbalché.** Tronco del *balché*, un árbol. Paraje en el área de Felipe Carrillo Puerto.
- Chunhuás.** Tronco del *huás*, un árbol. Ranchería en el municipio de Felipe Carrillo Puerto.
- Chunyuy.** Tronco del *un'*, un árbol. Localidad del ejido de Chunyaxché (tronco del ceibo).
- Cobá.** Chachalaca de agua. Sitio arqueológico.
- Cozumel.** Lugar de las golondrinas. Isla mexicana en el mar Caribe.
- Dzonotchel.** Pozo de la urraca. Pueblo.
- Dzulá.** Agua del amo. Ranchería al norte de Carrillo Puerto. Aldea que formó parte de un grupo de mayas separados de Santa Cruz. Dirigida por el teniente Zuluub, en esa aldea se registraron todavía algunas escaramuzas con las tropas federales en la década de 1930.
- Hobompich.** Literalmente, cueva del zanate (pájaro); un árbol hueco. Localidad del ejido de X-Pichil (sitio del *piich*, un árbol).
- Holbox.** Cabeza negra. Isla mexicana en el mar Caribe frente a la costa norte de Quintana Roo.
- Huacho'ob.** Soldados de las tropas federales en la región maya. El término *huach* se aplica en Yucatán a las personas nacidas fuera de la península. Según la enciclopedia *Yucatán en el tiempo*, la palabra *huach* comenzó a usarse a partir de





1915, después de la entrada de las fuerzas carrancistas, constituidas por soldados provenientes de varias entidades, sobre todo de Michoacán, en donde ese nombre se aplica a los niños en general como trato familiar.

Icaiché. Aldea indígena fundada por los mayas de Chichanhá en un intento por alejarse de los ataques de los mayas de Santa Cruz. Icaiché estuvo al sur de Bacalar en dirección al río Hondo, la frontera entre México y Belice.

Ichmul. El lugar de los cerros. Pueblo de Yucatán en las cercanías de Quintana Roo.

Kantunilkín. El lugar del sacerdote; el lugar de la piedra preciosa, amarilla como el sol. Cabecera del municipio Lázaro Cárdenas de Quintana Roo.

Komchén. Pozo hondo. Caserío del ejido Chancáh Derrepente.

Kopchén. Enrollar la cuerda del pozo. Localidad en el municipio de Felipe Carrillo Puerto.

Macehual. Término con el que se autodenominaron los mayas rebeldes del oriente de Yucatán. Significa hombre común, plebeyo. El *Diccionario maya* Porrúa lo registra como *masewal* y dice que es un término náhuatl introducido por los españoles. José González Avilés, en su artículo "Aztequismos en la lengua maya" (1970), dice que en Yucatán, para indicar que una persona es de raza maya pura, se le llama *macehual*, incurriendo en uno de los varios aztequismos introducidos antes y después de la conquista.

Muyil. Navegación. Fue una aldea indígena próxima a la costa de Quintana Roo, entre Tulum y Playa del Carmen. San Antonio Muyil fue su nombre completo. Estuvo cerca de la zona arqueológica que hoy se conoce con ese nombre.

Noh Cah Santa Cruz Balam Nah. Literalmente: gran ciudad de la casa del jaguar de la Santa Cruz. Más conocida como Chan Santa Cruz. Después de ser tomada por el general Ignacio Bravo en 1901, pasó a llamarse Santa Cruz de Bravo. En 1932 se le cambió nuevamente el nombre: a partir de entonces lleva el del revolucionario yucateco Felipe Carrillo Puerto. Actualmente es cabecera del municipio del mismo nombre.

Nohaltún. Piedra que se hizo grande. Paraje.

Nohpop. Donde hubo una enfermedad en la que se hinchan la garganta y la cabeza, acompañada de altas fiebres. Paraje.

Okop. Lugar de polillas y gorgojos. Paraje en el que se levantó un campamento militar de las tropas de Porfirio Díaz. Cercano a la actual zona arqueológica del mismo nombre.

Petcacab. Área de tierra fértil. Ranchería del municipio de Felipe Carrillo Puerto.

Peto, Villa de. Llano y redondo. Pueblo de Yucatán en los límites con Quintana Roo. Antes de la conquista perteneció a la provincia de Tutul Xiu y en 1549 fue poblado por los españoles. Antes de que hubiera carreteras asfaltadas o de terracería fue un lugar de abasto muy importante para la región maya de Quintana Roo.

Pom. Árbol de copal, incienso. Aldea indígena que estuvo cerca de Chumpón.

Sabán. Ponzóna de víbora. Ranchería del municipio de José María Morelos. Fue un importante lugar a fines de la época colonial. Conserva los vestigios de una enorme iglesia y un cuartel.

Sacalaca. Lugar de zacate blanco. Ranchería del municipio José María Morelos, fue un asentamiento entre Tihosuco (cinco cerros) y Tepich (árbol del *piich*). Tiene vestigios de dos iglesias, las más antiguas que se conocen hasta ahora en Quintana Roo.

Santo Cah Veracruz. Pueblo donde vive el santo. Lugar próximo a Chan Santa Cruz donde vivía el sacerdote de la Cruz Parlante.

- Sobché.** Paraje cuyo nombre viene probablemente de *sohbakche'*, ocasional mata trepadora en terrenos secos.
- Tabi.** Lugar de un tipo de maleza al que los indígenas denominaban *tabi* (*Trixis inula Crantz Compositae*). Localidad del municipio de Felipe Carrillo Puerto.
- Tancáh.** En medio del pueblo (Tan Kah). Aldea indígena que estuvo al norte de Tulum. Después de la incursión religiosa de José Peón Contreras en 1887, ese lugar se conoció como Tancáh de Redentor. Situado al norte de Tulum, sobre la costa. Es ahora una localidad del municipio de Solidaridad.
- Tatich.** Jefe importante.
- Tepich.** Árbol del *piich*. Ranchería del municipio de Felipe Carrillo Puerto.
- Tihosuco.** Cinco cerros. Existe desde la época prehispánica, fue una importante población de la región de los confines durante la época colonial. El pueblo fue abandonado durante la Guerra de Castas, se repobló apenas en 1932, cuando un grupo de 42 personas provenientes de Yucatán, en busca de mejores tierras, iniciaron la limpieza del pueblo y usaron las ruinas de las casas.
- Tulum.** Muralla, trinchera. Pueblo en la costa, cuyos vestigios arqueológicos se caracterizan por tener murallas y estar sobre un acantilado. Es uno de los cuatro centros ceremoniales de los mayas de Quintana Roo.
- Tuzik.** Alentar y resolver. Pueblo colonial, habitado después por los mayas rebeldes y actualmente uno de los santuarios mayas.
- Xcacal.** Dos gargantas. No todos los indígenas regresaron a Chan Santa Cruz en 1915 cuando Salvador Alvarado regresó el santuario a los indígenas. Los grupos más tradicionalistas no siguieron a May en el repoblamiento de Chan Santa Cruz porque consideraban que su ciudad había sido mancillada por tantos años de ocupación militar. Ese grupo, conocido como los separados, decidió establecer el culto y el sitio de la Cruz en Xcacal.
- Xcalak.** Lugar de las dos cosas juntas. Puerto fundado durante los años de la campaña de pacificación de los mayas rebeldes emprendida por Porfirio Díaz. El puerto tomó forma a partir de la apertura del canal Boca Bacalar Chico y se considera que la fecha de su fundación es el año 1900, cuando un grupo de soldados, operarios y marineros enviados por Porfirio Díaz, se establecieron en ese punto. Sede de la Flotilla del Sur, el puerto fue muy importante para los trabajos de recolonización del territorio de Quintana Roo. Colindante con Cayo Ambergris, territorio de Belice, Xcalak es actualmente parte de un corredor turístico llamado Costa Maya.
- Xcán.** Montículo. Paraje en el municipio de Lázaro Cárdenas.
- X-hazil.** Ladeado. Localidad del municipio de Felipe Carrillo Puerto.
- Xiatil.** Palma. Aldea indígena que estuvo cerca de la aldea de Dzulá.
- Xmabén.** Mamá Benita. Ejido del municipio de Felipe Carrillo Puerto.
- Xmuluk.** Hombre voluntarioso. Localidad del ejido de Dzulá.
- Xpichil.** Sitio del *piich* (un tipo de árbol). Ranchería del municipio de Felipe Carrillo Puerto.
- Yaakak.** Un tipo de árbol alto. Paraje en algún lugar de la región indígena.
- Yalahau.** El agua del rey. Puerto ubicado frente a isla de Holbox.
- Yaxché.** Ceiba. Antigua aldea indígena.
- Yaxley.** Lugar de hojas verdes. Ranchería del municipio de Felipe Carrillo Puerto.
- Yoactún.** Encima de la cueva. Ranchería del ejido de Tihosuco.
- Yodzonot.** Sobre el cenote. Aldea indígena donde nació Francisco May Pech.

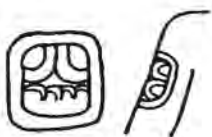


Cronología, 1847-1974¹

- 1847 Se descubre una rebelión planeada por los mayas en los confines de Yucatán, es decir, la parte oriental de la península. Manuel Antonio Ay, el indígena a quien se le encontró el documento que delataba la revuelta, es ejecutado por la autoridad provincial. Comienza la Guerra de Castas.
- 1848 Los indígenas combaten con ferocidad y ocupan varios pueblos importantes de la región de los confines. Tihosuco y Bacalar, emplazadas en parajes del actual estado de Quintana Roo, quedan sujetas a la autoridad de los mayas en guerra.
- 1849 Las tropas yucatecas se reorganizan, logran recuperar algunas poblaciones. En represalia, venden como esclavos en las fincas azucareras de la isla de Cuba a los indios capturados.
- 1850 Replegados en la región selvática de los confines, los mayas coinciden en refugiarse en una hondonada con un cenote. En ese refugio nace el culto a la Cruz Parlante. Chan Santa Cruz, como se conocerá a ese campamento rebelde, adquiere importancia. La Cruz comienza a hablar a los indígenas.
- 1851 Tropas peninsulares ingresan a los confines, destruyen el santuario y matan al ventrílocuo de la Cruz maya, Manuel Nauat. Sin embargo, el culto al ícono sigue creciendo. Por su parte, el gobierno local logra firmar un tratado con los rebeldes de Chichanhá, una aldea indígena de la región de los confines ubicada entre Bacalar y el río Hondo (la actual frontera entre México y Belice), lo cual provoca que los mayas de Chichanhá sean atacados por los mayas de Chan Santa Cruz.
- 1852 En medio de una hambruna, los mayas continúan sus ataques a los pueblos mestizos. Muere José María Barrera, precursor del culto indígena a la Cruz Parlante.
- 1853 Se firma en Belice un segundo tratado con Chichanhá. Revive el comercio de esclavos mayas.
- 1854 Las tropas gubernamentales que ingresan al santuario son diezgadas por el cólera. Los indígenas degüellan a los sobrevivientes.

¹ En su mayor parte, este cuadro cronológico fue confeccionado con información de Bricker (1989, 173-175), Careaga (1990, 245-391) y Reed (1987, 282-286).

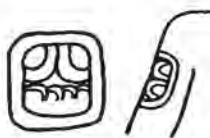
- 1858 Se inicia la construcción de la iglesia (Balam Nah) en Chan Santa Cruz, y ahí colocarán la Cruz Parlante.
- 1859 Los indígenas de Kantunilkín, una aldea en la proximidad de la costa del mar Caribe, frente a la isla de Holbox, firman un tratado con el gobierno mexicano.
- 1860 Los indígenas de Chichanhá, atacados frecuentemente por los de Chan Santa Cruz, terminan por trasladarse a otra aldea más alejada, a Icaiché, rumbo al río Hondo. Una nueva expedición punitiva del gobierno local sale hacia Chan Santa Cruz; regresa derrotada y con muchas bajas.
- 1861 Los indígenas de Yodzonot firman un tratado con el gobierno mexicano.
- 1863 En Chan Santa Cruz se inicia una sucesión violenta por la jefatura de la aldea. Dionisio Zapata y Leandro Santos destituyen y dan muerte a Venancio, Leandro y Braulio Puc.
- 1864 Zapata y Santos son a su vez destituidos y muertos por Bonifacio Novelo, Bernardino Cen y Crescencio Poot.
- 1865 La emperatriz Carlota visita Yucatán. El general José María Gálvez, de las tropas de Maximiliano de Habsburgo, lanza un ataque contra los mayas de Chan Santa Cruz; sufre una derrota vergonzosa que los mayas perpetúan en su historia oral. Desde otro frente, un aventurero, José María Arredondo, convence a los indígenas de Chichanhá para que se presenten en el Castillo de Chapultepec frente al emperador Maximiliano de Habsburgo; lo logra, pero a su regreso a Chichanhá es destrozado a machetazos.
- 1867 Cae el imperio. Los mayas de Icaiché invaden la parte occidental de Belice. Guerra entre Chan Santa Cruz e Icaiché.
- 1871 Surge una mujer indígena como intérprete de la Cruz Parlante en el santuario de Tulum. El coronel Traconis marcha al frente de una expedición punitiva contra los indígenas de Tulum.
- 1876 Victoria del partido de Porfirio Díaz en Yucatán, con la que termina un largo periodo de anarquía en los gobiernos peninsulares.
- 1886 En Chan Santa Cruz se desarrolla un nuevo enfrentamiento entre los jefes indígenas. Aniceto Dzul destituye y mata a Poot.
- 1887 José Peón Contreras se interna en territorio indígena en las inmediaciones de Tulum. Sorprendentemente, se integra a la comunidad indígena rebelde, predica en maya y se convierte en aliado de los adoradores de la Cruz Parlante en esa región costera.
- 1893 La firma del tratado Spencer-Mariscal resuelve un añejo litigio fronterizo entre México y Honduras Británica.
- 1897 El pontón *Chetumal* llega al río Hondo para ejercer vigilancia en la frontera de México con Belice, definida por el tratado Spencer-Mariscal. Comienza la colonización de esa frontera de México. Se inician los trabajos para la fundación de Payo Obispo, hoy Chetumal, capital de Quintana Roo.
- 1901 El general Ignacio Bravo ocupa Chan Santa Cruz. El santuario indígena deja de llamarse de esa forma y por decreto se le otorga un nuevo nombre: Santa Cruz de Bravo. El general Cantón, gobernador de Yucatán, viaja a Santa Cruz; en la comitiva viaja Pedro Guerra Jordán, el fotógrafo que retrata la expedición y toma las primeras fotos del santuario.
- 1902 La región de los confines se convierte en el territorio federal de Quintana Roo; Porfirio Díaz decreta la creación de la nueva entidad. Comienza la construcción de diversas obras de infraestructura en Santa Cruz de Bravo y en Vigía Chico (un pequeño puerto en el mar Caribe que en los años siguientes habría de comunicar a Santa Cruz con el resto de los puertos de la costa de Yucatán).
- 1903 El general Ignacio Bravo es nombrado jefe político de la entidad. Convierte la región de los confines, especialmente Santa Cruz, en una colonia penal





- llamada Cuerpo de Operarios, a la que el gobierno de Porfirio Díaz deporta a los disidentes.
- 1904 Concluye oficialmente la campaña de Porfirio Díaz contra los mayas rebeldes. El Congreso de la Unión otorga al presidente una condecoración por su victoria.
- 1905 Se termina el tendido de la vía de tren entre Santa Cruz y Vigía Chico. Se inaugura el servicio de agua potable en Santa Cruz. En Icaiché, Miguel Tun sustituye al anterior jefe, Gabriel Tamay.
- 1906 Enviado por la Sociedad de Americanistas de París, Maurice de Perigny, un conde francés, visita la región. Describe, entre otras comunidades, a Icaiché.
- 1907 Llega a Santa Cruz un grupo de obreros deportados a causa de la huelga textil en Veracruz.
- 1908 John Kenneth Turner, periodista norteamericano, visita el territorio de Quintana Roo y difunde, en uno de los capítulos de *México bárbaro*, las condiciones de vida en la Colonia de Operarios.
- 1911 La Secretaría de Guerra recibe frecuentes informes de nuevos ataques mayas en Santa Cruz. Un grupo de campesinos zapatistas llegan deportados a la Colonia de Operarios.
- 1912 Manuel Sánchez Rivera, un general maderista, libera a los presos políticos de Colonia de Operarios y trata de hacer una tregua con los mayas que de cuando en cuando emboscan lo mismo a las tropas del gobierno que a los deportados. Los mayas de la aldea de San Antonio Muyil, por el rumbo de Tulum, inician negociaciones de paz con el gobierno local.
- 1913 Pasa por Icaiché el sacerdote católico Francisco Palau y recoge un cuadro desconsolador sobre las condiciones de los indígenas en esa aldea. Un numeroso grupo de campesinos del estado de Morelos son deportados a Quintana Roo a causa de un ataque zapatista a un tren militar de Cuernavaca. Se decreta la desaparición del territorio de Quintana Roo; la región de los confines, con sus insumisos indígenas, vuelve a ser parte del estado de Yucatán.
- 1914 Arturo Gracilazo, general constitucionalista, repara las vías del tren y termina de construir el mercado de Santa Cruz.
- 1915 Salvador Alvarado, general constitucionalista a cargo del gobierno de Yucatán, ordena entregar el pueblo de Santa Cruz de Bravo a sus antiguos dueños: los mayas adoradores de la Cruz. Las tropas civiles y militares se trasladan a Payo Obispo y dejan Santa Cruz en manos de los indígenas. Un nuevo decreto crea el territorio de Quintana Roo.
- 1916 Una epidemia de viruela diezma a los mayas, principalmente a los viejos y a los niños. Los principales jefes rebeldes mueren en la epidemia y se inicia el ascenso del joven Francisco May como jefe de los mayas insumisos.
- 1917 Inicio del primer auge del chicle.
- 1918 Francisco May Pech, el jefe de los mayas insumisos, es convencido por el gobernador Solís para que se entrevistara con Carranza. May viaja a la ciudad de México y en el Castillo de Chapultepec recibe de Carranza una concesión de 20 mil hectáreas de selva para que sean explotadas por su tribu. El presidente Carranza le otorga también el derecho de usar la vía férrea a Vigía Chico y le reconoce el grado de general de brigada. Los indígenas más conservadores de Santa Cruz ven con recelo los tratos de May con Carranza.
- 1922 Se constituye la Cooperativa Maya en Santa Cruz.
- 1929 Máximo auge del chicle. Los mayas de Santa Cruz se escinden. Francisco May es depuesto y un grupo de ellos se interna en la selva y lleva consigo a la Cruz Parlante. Se establecen en Xcacal, bajo la férula del capitán Concepción Cituk.
- 1931 El presidente Pascual Ortiz Rubio decreta, por segunda vez en la historia de

- Quintana Roo, la desaparición del territorio. La antigua región de los confines se divide entre los estados de Campeche y Yucatán.
- 1932 Por decreto, Santa Cruz de Bravo cambia de nombre. El santuario maya recibe el nuevo nombre de Felipe Carrillo Puerto.
- 1933 En la aldea de Dzulá, al norte de Carrillo Puerto, el jefe indígena, teniente Evaristo Zuluub, inicia una serie de escaramuzas con los soldados federales. En Icaiché, los pocos indígenas que quedan deciden emigrar nuevamente en dirección al río Hondo; esta vez se establecen en el poblado de Botes, justo en la ribera mexicana del río, en la frontera de México con Belice.
- 1935 El presidente Cárdenas decreta la creación del territorio de Quintana Roo.
- 1936 Helga Larsen, del grupo de trabajo del arqueólogo Sylvanus Morley, viaja a Xacal y describe las fiestas en honor de la Cruz. En México, el presidente Cárdenas da a conocer su plan sobre la reconstrucción de los territorios de Quintana Roo y Baja California Sur.
- 1939 Cárdenas visita el territorio y, entre otros pueblos, pasa por Tulum. Es la primera visita de un presidente a la región.
- 1945 En Carrillo Puerto, la iglesia que había sido el sitio de la Cruz Parlante pasa a ser una iglesia católica.
- 1950 Se inician los trabajos de construcción de la carretera entre Chetumal y Carrillo Puerto.
- 1960 Se inician proyectos de colonización dirigida con campesinos de otras regiones del país.
- 1967 La población del territorio alcanza los 88 000 habitantes.
- 1968 El gobierno propone un proyecto de desarrollo turístico en la zona de Cancún.
- 1969 Francisco May Pech muere en Felipe Carrillo Puerto.
- 1970 Se inician las obras de infraestructura turística en Cancún. Comienza el desarrollo de la región. Se abre un camino de terracería entre Tulum y Carrillo Puerto.
- 1974 El presidente Luis Echeverría decreta la creación del estado de Quintana Roo. Cancún comienza sus operaciones como centro turístico. Para entonces, las aldeas mayas de la frontera caribe de México han experimentado una drástica transformación.



Archivos consultados

- AGN Archivo General de la Nación (México, D.F.)
Fondo Dirección General de Gobierno
Fondo Gobernación
Fondo Obregón-Calles
Fondo Ortiz Rubio
Fondo Lázaro Cárdenas
- AHFST Archivo Histórico Fundación Salvador Toscano (México, D.F.)
- AHMM Archivo Histórico Militar de México, Secretaría de la Defensa Nacional (México, D.F.)
Fondo Cancelados
Serie Revolución
- AHSEP Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública (México, D.F.)
Fondo Inspecciones Federales
Fondo Departamento de Estadística
Fondo Dirección General de Primarias
Fondo Territorio Quintana Roo
Fototeca
Serie Boletín de Instrucción Pública, 1903-1929
- AHSRE Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (México, D.F.)
- APDUJA Archivo Porfirio Díaz de la Universidad Iberoamericana (México, D.F.)
- BPCRM Biblioteca Privada Carlos R. Menéndez (Mérida, Yuc.)
Serie Periódicos de Yucatán, colección siglos XIX y XX
- CAIHY Centro de Apoyo a la Investigación Histórica de Yucatán (Mérida, Yuc.)
Fondo Publicaciones Periódicas de Yucatán, colección siglos XIX y XX
Fondo Fotografías y Grabados, colección fotográfica Pedro Guerra Jordán
Fondo Manuscritos, colección de cartas de la Guerra de Castas
Fondo Impresos, colección siglo XIX

Bibliografía

- Ávila Zapata, Felipe Nery
1974 *El general May, el último jefe de las tribus mayas*, Mérida, Ediciones del Gobierno del Estado de Yucatán.
- Baqueiro Preve, Serapio
1990 *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán. Desde el año de 1840 hasta 1864*, 5 tomos, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán.
- Bartolomé, Miguel Alberto y Alicia Mabel Barabas
1977 *La resistencia maya. Relaciones interétnicas en el oriente de la península de Yucatán*, México, INAH (Colección científica, Etnología, 53).
- Bricker, Victoria
1989 *El cristo indígena, el rey nativo. El sustrato histórico de la mitología del ritual de los mayas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Campos García, Melchor (ed.)
1997 *Guerra de Castas de Yucatán. Su origen, sus consecuencias y su estado actual, 1866*, Mérida, Universidad Autónoma del Estado de Yucatán.
- Careaga Viliesid, Lorena
1981 *Chan Santa Cruz. Historia de una comunidad cimarrona de Quintana Roo*, México, UIA, tesis de licenciatura en antropología social.
- Careaga Viliesid, Lorena (comp.)
1990 *Quintana Roo. Textos de su historia*, 2 tomos, México, Instituto Mora.
- Dávalos, Marcelino
1913 *Carne de cañón. Cuentos*, México, D.F.
- Escoffié, Lizama
1927 *En las riberas del Caribe. Bosquejo histórico-geográfico del territorio federal Quintana Roo, 1920-1923*, Mérida, Imprenta Oriente.
- González Navarro, Moisés
1979 *Raza y tierra. La Guerra de Castas y el henequén*, 2a. ed., México, El Colegio de México (Nueva Serie, 10).
- Hostettler, Ueli
1996 *Milpa Agriculture and Economic Diversification. Socioeconomic Change in Maya*

- Peasant Society of Central Quintana Roo, 1900-1990s*, Berna, Suiza, Institut für Ethnologie, University of Berne.
- 1998 "Maestros y escuelas rurales en comunidades mayas del centro de Quintana Roo", en Andreas Koechert y Barbara Pfeiler (eds.), *Interculturalidad e identidad indígena. Preguntas abiertas a la globalización en México*, Alemania, Universität Bremen (Colección Americana, 4).
- Jaramillo Botero, Fernanda
 1988 *La historia oral de los mayas de Quintana Roo*, México, tesis de licenciatura en etnología, México, INAH, 1988.
- Macías Richard, Carlos
 1993 *Plutarco Elías Calles. Correspondencia personal*, 2 tomos, México, FCE.
 1997 *Nueva frontera mexicana. Milicia, burocracia y ocupación territorial en Quintana Roo (1902-1927)*, México, Universidad de Quintana Roo, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Pacheco Cruz, Santiago
 1953 *Recuerdos de la propaganda constitucionalista de Yucatán*, Mérida.
 1956 *Campaña alfabetizante y la educación indígena en el Territorio de Quintana Roo. Bosquejo de una labor*, Chetumal, Quintana Roo.
- Quintal Marín, Fidelio
 1992 *Correspondencia de la Guerra de Castas: epistolario documental, 1843-1866*, Mérida, Universidad Autónoma del Estado de Yucatán.
- Ramos Díaz, Martín
 1997 *La diáspora de los letrados. Educadores, poetas y clérigos en la frontera caribe de México*, México, Universidad de Quintana Roo/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
 1999 *Cozumel. Vida porteña, 1920*, México, Universidad de Quintana Roo/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Reed, Nelson
 1987 *La Guerra de Castas de Yucatán*, México, ERA.
- Sáenz, Moisés
 1939 *México íntegro*, Lima, Torres Aguirre.
- Sullivan, Paul
 1991 *Conversaciones inconclusas. Mayas y extranjeros entre dos guerras*, México, Gedisa.
 1999 *¿Por qué lucharon los mayas? Vida y muerte de Bernardino Cen*, Chetumal, Universidad de Quintana Roo.
- Villa Rojas, Alfonso
 1978 *Los elegidos de Dios. Etnografía de los mayas de Quintana Roo*, México, Instituto Nacional Indigenista.
- Villalobos González, Martha H.
 1998 "Chan Santa Cruz: de ciudad sagrada a cabecera municipal", en *Ciudades provincianas de México. Historia, modernización y cambio cultural*, Zamora, El Colegio de Michoacán.



Índice analítico

- Abitia, Librado: 63, 74
Alvarado, Salvador: 13, 25, 51, 52, 53, 63, 74
Agua, abasto de: 34, 35, 40, 41, 91, 116
Aguirre, Amado: 66, 67
Ancona Albertos, Antonio: 78
Ancona, Eligio: 28
Arete: 99, 100, 109
Arredondo, José María: 61
Ávila, Juan: 98, 99
Ayala, Leónides: 83-86
- Bacalar: 23, 47, 60, 80, 81, 113
Baduy, comerciante: 78, 81
Balam Nah: 37
Baqueiro, Serapio: 28
Barrera, José María: 37
Bass, Mauricio: 73
Bautista Vega, Juan: 66, 67, 76, 77, 81
Belice: 23, 47, 53, 55, 64, 80, 106, 117
Blanquet, Aureliano: 17, 19, 35
Bonilla, Manuel: 23
Botes: 55, 56
Brasseur de Bourbonnais, Charles E.: 27
Bravo, Ignacio: 11, 15-21, 23, 27, 33, 34, 40, 47, 73, 116
- Caamal, Paulino: 76
Cab, Fermín: 57, 58, 99
Calderón, Lisandro: 64
Cámara Vales, Alfredo: 78
- Campaña militar: 41
Campamento Vega: 25, 49
Campeche: 77, 81
Cantón, Francisco: 24
Cárdenas, Lázaro: 12, 67, 72, 117
Carranza, Venustiano: 59, 78-80
Carrillo Puerto, Felipe: 11, 71, 118
Castillo de Chapultepec: 59, 61
Castillo, Severo del: 24, 28
Ceiba, árbol: 19
Cen, Bernardino: 33
Censo: 63
Chacchoben: 47
Chacchobi: 113
Chachalal: 58, 59
Chan Santa Cruz: 11, 21, 23, 25, 27, 55, 57, 63, 74, 92, 104
Chancáh: 67, 100, 108, 110, 113
Chanchén: 71
Chankik: 23
Chemax: 40, 116
Chemuyil: 15, 16, 53, 59
Chicle: 12, 13, 43, 45, 46, 56, 60, 63, 74, 77, 80, 90, 116
Chichanhá: 53, 55, 60, 61, 117
Chumbalché: 109
Chumpón: 59, 66, 67, 95
Chun Ox: 59
Chuncunché: 73
Chunhuás: 70, 89, 108
Chunon: 93-95, 98

- Cinematógrafo: 97
 Cituk, Concepción: 66-68, 72, 118
 Ciudad escolar de los mayas: 52
 Compañía del Banco de Londres y México: 59, 60
 Comunicaciones: 99
 Confines, región de los: 11
 Contreras Elizalde, José: 62
 Coral, Pascual: 74, 77, 78
 Cortés, Claudio: 102
 Cozumel: 15, 37, 38, 45, 47, 50, 77, 80, 86
 Curiel, Luis: 37
 Cruz Parlante: 11, 21, 23, 29, 35, 37, 49, 57, 59, 73, 76, 83, 87, 89, 90, 93, 115-117, 119
 Cruz Ke, Juan de la: 76, 77, 92

 Dávalos, Marcelino: 35
 De la Vega, José María: 21, 23, 26, 27, 28, 40, 49, 53, 55, 56
 Departamento de Guerra: 21
 Díaz, Porfirio: 11, 15, 16, 20, 21, 23, 27, 32, 33, 41, 46, 49, 61, 115, 117
 Dzonotchel: 103
 Dzúlá: 66, 68-70, 106, 107, 113, 117

 Eguía Lis, Rafael: 57, 59

 Ferrocarril: 31, 37, 39, 40, 41, 53, 73, 78, 80, 81, 116, 118
 Flores, Juan: 106, 107, 109, 111

 Gálvez, José: 24, 25, 27, 33
 García, Gaspar: 96-98
 Guerra de Castas: 11, 24, 26, 46, 115, 116
 Guerra, Jordán: 24
 Guzmán, Florentino: 102

 Hamacas: 100
 Hobompich: 23
 Holbox: 47, 53, 117
 Honduras Británica: 23, 32, 46, 48, 68, 77
 Huerta, Victoriano: 31, 37, 59
 Huracanes: 47

 Icaiché: 46, 49, 55, 56, 57, 60, 76, 77, 117
 Isla Mujeres: 45, 47
 Islas, partido de las: 38

 Jiménez, Epifanio: 98

 Kantunilkín: 46, 49, 53, 55, 60, 117
 Knox, David: 20

 Komchén: 67, 71, 109, 112
 Kopchén: 109, 111

 Licor: 100

 Macehuales: 12, 13, 19, 20, 24, 53, 74, 115-117
 Madero, Francisco I.: 57
 Maíz: 100, 115
 Martínez, Faustino: 46, 47
 Maximiliano, emperador: 24, 26, 61, 115
 May Pech, Francisco: 59, 60, 63, 66-68, 73-80, 85, 86, 89, 100, 118
 Mayas: 12
 Máuser, rifles: 19, 33
 Mérida: 77, 103
 Morón, coronel: 52
 Muyil, San Antonio: 53, 57, 58, 59, 60, 61, 66, 117

 Navarrete, Gabriel: 93-95, 98
 Noh Cah Santa Cruz Balam Nah: 52, 115
 Nohaltún: 66
 Nohpop: 23
 Novelo Gil, Rubén: 71

 Okop: 16, 17, 18, 19, 21, 33, 39
 Olivier, Jesús: 23

 Pacheco Cruz, Santiago: 50, 70, 102
 Palau, Francisco: 55, 57
 Paludismo: 29, 64-66, 97
 Pardío Cámara, Carlos: 74, 76, 79, 118
 Pat, Ponciano Pablo: 57
 Payo Obispo: 64, 80
 Pech, Máximo: 100
 Peña, Gonzalo: 99, 100
 Petcacab: 102, 113
 Peto: 17, 18, 21, 99, 103, 116
 Pol, jefe indígena: 19
 Pom: 57, 98, 108
 Progresito: 103
 Puerto Morelos: 59
 Punta Allen: 49

 Quinina: 97, 103
 Quintana Roo, territorio: 12, 13, 23, 25, 29, 37, 41, 47, 48, 63, 99, 102, 103, 115, 116, 117

 Ramoneda, Miguel: 77, 79, 80, 81, 118
 Repoblamiento: 65

- Revolución Mexicana: 15, 29, 33, 47, 51, 52, 63, 118
 Reyes, Bernardo: 31
 Río Hondo: 56, 64

 Sabán: 18, 103
 Sacalaca: 102, 103
 Sáñez, Moisés: 74, 75
 Salazar, Asterio: 108
 San Ignacio: 98, 99, 109
 San José: 95-98
 San Pedro: 65, 110, 111
 Santa Cruz Chico: 113
 Santa Cruz de Bravo: 11, 18, 19, 27, 31, 33, 34, 39, 52, 53,
 55, 58, 60, 63, 65, 67, 75, 79, 80, 83, 86, 90, 91, 95, 97,
 99, 103, 105, 109, 110, 117
 Santa María: 21, 23, 59, 67, 104
 Santana, Ramón: 83-86
 Santo Cah Veracruz: 23
 Señor: 113
 Siurob: 67, 79
 Sobché: 23
 Solís, Octaviano: 74

 Tabi: 23
 Tamay, general: 55
 Tancáh de Redentor: 55, 57, 61, 117
 Telégrafo: 31, 39, 40, 41, 79, 86, 116
 Texas: 33
 Tihosuco: 33, 55
 Tinal, Tomás: 57
 Torres, Francisco: 49
 Torres Quintero, Gregorio: 85

 Toscano, Salvador: 38
 Trinchán, profesor: 50
 Tulum: 53, 55, 57, 58, 66, 76, 117
 Turton, comerciante: 77
 Tuzik: 113

 Uacho'ob: 20, 32, 33

 Valladolid: 97
 Veracruz: 37
 Vigía Chico: 31, 49, 80, 116
 Villa, José: 56
 Villa Rojas, Alfonso: 37

 X-hazil: 71, 107-110
 X-hazil II: 110, 111
 Xcalak: 45
 Xcan: 40, 116
 Xiatil: 69, 70, 105, 106
 Ximello, Fernando: 103-106, 109
 Xiu, José A.: 72, 98, 99, 108
 Xmabén: 68, 72
 Xmuluk: 108
 Xpichil: 69, 70, 104
 Yaaxkak: 73
 Yaxché Viejo: 109
 Yoactún: 66
 Yokdzonot: 71, 74

 Zapatistas: 52
 Zuluub, Evaristo: 65, 67, 68, 69, 71, 72, 107, 118

Índice general

<i>Presentación</i>	7
<i>Introducción</i>	11
<i>Capítulo I. La victoria de las pistolas largas, 1901</i>	15
<i>Capítulo II. Cavernas de agua y ferrocarril a tiro de mula</i>	31
<i>Capítulo III. Educación en la selva del chicle</i>	43
<i>Capítulo IV. Alianzas y disidencias</i>	53
<i>Capítulo V. El arribo de los preceptores</i>	63
<i>Capítulo VI. La Cooperativa Maya</i>	73
<i>Capítulo VII. Entre la lealtad y la apertura</i>	83
<i>Capítulo VIII. Las razones de los indígenas</i>	93
<i>Capítulo IX. Diario de viajeros, 1932</i>	103
<i>Conclusiones</i>	115

<i>Epílogo 2001</i>	121
<i>Mayas notables , 1901-1932</i>	127
<i>Toponimia y otras voces indígenas</i>	129
<i>Cronología, 1847-1974</i>	133
<i>Archivos consultados</i>	137
<i>Bibliografía</i>	139
<i>Índice analítico</i>	141

Niños mayas, maestros criollos:
rebeldía indígena y educación en los confines del trópico
se terminó de imprimir en agosto de 2001
en los talleres de Sans Serif Editores, S.A. de C.V.,
Leonardo da Vinci 199, col. Mixcoac, 03910 México, D.F.
El tiro fue de 1 000 ejemplares
más sobrantes para reposición.
La encuadernación se hizo
en Libros y Encuadernaciones
Finas, S.A. de C.V.
La composición tipográfica, el diseño,
la producción y el cuidado editorial
estuvieron a cargo de Sans Serif Editores,
S.A. de C.V., tel. 5611 37 30, telfax 5611 37 37.
serifed@prodigy.net.mx



FUNDACIÓN OASIS
UNIVERSIDAD DE QUINTANA ROO
GOBIERNO DEL ESTADO DE QUINTANA ROO